This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07586572 9

Morales

NPS

BERNARDO MORALES SAN MARTÍN

LA RULLA

DOS Pesetas

LIBRERÍA de
ANGEL AGUILAR
VALENCIA

B. MORALES SAN MARTIN
Plaza del Angel, 7
VALENCIA

m

Fiction, Spanish.

LA RULLA

B. MORALES SAN MARTIN
Plaza del Angel, 7
VALENCIA

OBRAS DEL AUTOR

La alcaldesa. (Novela).

EN PREPARACIÓN

Juan Bragazas; (la novela de un carácter).
Tierra levantina. (Novela).
La tonta de los Cerezos. (Novela).
Solución... (Novela).
Aguas muertas... (Cuentos y novelas cortas).

Retratos al carbón. (Semblanzas de poetas, músicos, periodistas, etc., contemporáneos).

B. Morales San Martín

LA RULLA

VALENCIA—1905
Librería de Angel Aguilar
CABALLEROS, 1

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
101975B
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1941 L

Reservados todos los derechos.

Imp. Doménech y Taroncher, D. Juan de Austria, 9.—Valencia.

LA RULLA

CAPÍTULO PRIMERO

La trilla.

Entre la alquería y el camino de Algirós habían dispuesto la era: un campo recién segado, donde los montones de haces formaban un extenso é irregular anfiteatro, en el centro del cual el tío «Pelegrí Chenovés» y el novio de su hija mayor, «Tonet Albors», trillaban sin descanso las rubias mieses.

Aquel año la gente del campo estaba contenta; la primavera había sido calurosa y maduró pronto la mies. Mucho antes de San Juan comenzaron las espigas á desgranarse y hubo que anticipar la siega.

Al amanecer ya estaba la hoz en las rudas manos de aquellos hombres, que aprovechaban las primeras horas de la mañana para formar los haces y reunirlos en gavillas cuidadosamente para evitar que se perdiera mucho grano; tan madura y reseca estaba ya la espiga.

Esparcían los haces por el suelo en forma de abanico y sobre ellos pasaban el tío Pelegrí y

Tonet arreando las jacas que, cansadas y sudorosas, arrastraban los pesados trillos, mientras otro hombre iba recogiendo las espigas que se escapaban hacia la orilla ó removía con un bieldo las que arremolinaba el trillo, para que éste y las bestias las volvieran á pisar.

De toda la era levantábase un polvillo asfixiante que hacía toser al viejo, interrumpiendo el canto monótono con que distraía el fastidio que le causaba aquel modo de dar vueltas sin fin ni sosiego. A una copla sucedía otra y aunque el tío Pelegrí tuvo fama de buen cantador en su juventud, el tonillo quejumbroso que imprimía á su canto, más tenía el carácter de una balada melancólica del Norte, que el de los alegres y picarescos aires valencianos. A los oídos de sus compañeros no llegaba más que el sonsonete; la letra se perdía entre el ruido que producían las bestias y los trillos al hollar la mies.

Derribaban nuevos haces; esparcíanlos, metiendo entre ellos los corvos y amarillentos dedos del bieldo y á dar vueltas otra vez. De pronto el tío Pelegrí cesó en su canturia y dijo, sin dejar de arrear su jaca ni de mirar á la faena:

—¡Mal año para los melones, Tonet!

—¿Y eso, tío?—contestó el joven.

—¡Hombre... casi todos los melonares están arrancándolos y tirándolos á las aceqnias. La oruga se come las matas y los pocos melones que quedan están raquíticos, fofos...—A estas palabras de su

tío, replicó tan sólo Tonet,—Pues... cosecha perdida.

—Y tan perdida,—siguió el viejo;—yo, si Dios no lo remedia, también tendré que arrancar los míos y echarlos á la acequia... y al mar. ¿No había de ir allá, esa riqueza que Dios nos quita? ¿No los habíamos de embarcar? Pues ya está... y menos quebraderos... hombre... Aun debíamos agradecerlo—terminó con acento de amargura y despecho.

Tonet no contestó esta vez; además de que era hombre de pocas palabras y poco diestro en el arte de iniciar y seguir una conversación, pensaba, mientras daba vueltas erguido sobre el trillo y tirando de los cordeles á su jaca, en los melonares de su padre á los que comenzaba á invadir la oruga... y aunque ya tenían ellos hecha la trilla y guardado el grano, temía por la otra cosecha, que podía desgraciarse, perderse é ir á parar al mar, como decía el tío Pelegrí tristemente, olvidándose de que la principal y mejor era aquella que ya tenía en la mano, segura, libre de todo riesgo.

Aquella gente era así. Nunca estaba contenta del todo; cuando no gemían suspiraban; aun no tenían en la «cambra» todo el trigo y ya lloriqueaban por el maíz que podía perderse. Algo de esto pensaría para sus adentros el mozo que tenía á jornal el tío Chenovés, porque en cuanto vió ocasión de meter baza dijo socarronamente:

—No se queje... no se queje, tío Pelegrí; y acuérdese de aquel año en que un pedrisco, allá por la Ascensión, arrambló con todo lo que encontró en

pie y ni fruta ni hortalizas ni trigo hubo aquel año...

Arrugó el entrecejo el anciano y murmuró:

—Hum, hum...—y no habló más. Al poco rato seguía con su canto monótono y triste, mirando de vez en cuando de reojo á su jornalero con expresión de rencor, como si el pobre mozo fuera quien antaño hizo caer aquel pedrisco sobre la fértil vega, arruinándola.

Paraba á veces el tío Pelegrí su jaco con un enérgico: «¡Xó!» al que seguía un brutal tirón de riendas, é invitaba á sus compañeros á echar un cigarro. Sin levantarse de su asiento,—una gran piedra blanca prismática, atada al trillo,—echaba mano á la faja, sacaba de ella una mugrienta y sobada bolsa y después de liar torpemente un cigarro, ofrecía á Tonet primero y después al otro, tabaco y papel. Terminada aquella importantísima operación y echando bocanadas de un humo que apestaba, volvían á moverse los trillos dando vueltas en una misma dirección; cruzándose á veces con movimiento contrario; describiendo espirales, líneas transversas, yendo del centro á la orilla... siendo este prurito de hacer variantes en su marcha, la única muestra de aburrimiento que daban aquellos incansables obreros. El viejo, sentado sobre la piedra de su trillo, grave y sereno, como un magistrado en su sitial, iba y venía triturando espigas, desmenuzando la paja sin interrumpir su eterna melodía, desmayada y melancólica, de ritmo

siempre igual; diríase que era un canto litúrgico, propio del culto de alguna divinidad agrícola. Sólo interrumpía el trillador su letanía para dar una chupada á su cigarro ó para arrear á la jaca siempre con el mismo grito:

—¡Arre, jaca! ¡Arre, mala bestia!

El pobre animal avivaba el paso; pero pronto volvía á su marcha perezosa y tarda, agitando acompasadamente el rabo para ahuyentar las terribles moscas cuya picadura hacía estremecer violentamente su piel.

El día era uno de Junio bochornoso y pesado. El sol, que estaba ya bastante alto, al aparecer por la mañana en el horizonte anunciando un día espléndido, se envolvió en unas nubecillas blancas y cenicientas que ascendieron con él, acompañándole en su carrera; permitiéndole brillar un momento para ocultarlo otra vez; y la calma fué ardorosa, absoluta.

No soplaba ni la más tenue brisa; toda la huerta era un inmenso horno en el cual se tostaban los árboles y los hombres, se calcinaban las piedras y la tierra ardía. Fuera de aquel cuadro de vida que ofrecía la era, en la huerta no se oía más ruido que el estridente chirrido de las cigarras escondidas en el ramaje de los chopos, á los cuales parecía que una llamarada iba á envolver y reducir á cenizas. Pero tan fatigosa calma no sugería la idea de muerte; al contrario: la naturaleza, que estremecida de placer recibió los fecundantes besos de la

Primavera, aparecía en el máximum de su fuerza y de su vida después de fecundada, al regalar al hombre sus frutos; y dormía en el regazo del Verano, embriagada por sus ardorosas caricias.

Cuando las nubes se rasgaban y batía el sol despiadadamente, de las resquebrajaduras de la caldeada tierra, salía un hálito sofocante, cálido, que dificultaba la respiración, abrasaba la boca y producía escozor en los párpados.

En la era no se podía vivir; el calor y el polvillo que levantaban los trillos asfixiaban; y sin embargo aquellos tres hombres, abrasándose, firmes en su puesto, incansables, ni se rendían ni protestaban; sin una mueca de disgusto «hacían su obligación», como si en aquella ruda faena no hubiera mérito ninguno.

Cubrían la cabeza con sombreros de palma que les resguardaban algo del sol; pero éste caía sobre sus espaldas quemándoles la piel y haciendo hervir su sangre. El sudor empapaba la gruesa camisa y llegaba á humedecer la negra faja de estambre con que ceñían su cintura. Sus pies, calzados con alpargatas de esparto, se requemaban al sol como sus desnudos brazos, nervudos y vellosos.

Y así pasaban las horas y paulatinamente disminuía la altura de los haces que rodeaban la era y engrosaba la alfombra de grano y paja en el centro. A veces cambiaba Tonet con el otro mozo, el trillo por el bieldo; pero antes de comenzar á remover la paja, sacaba de entre los haces un bo-

tijo, lo levantaba con sus manazas y dejaba caer sobre sus abrasadas fauces un chorro de agua fresca. Lo ofrecía luego al tío Pelegrí y bebían todos. Volvían á esconder el botijo entre las gavillas y ¡á la faena!

Tonet, alguna que otra vez, salía al camino, echaba una rápida mirada hacia el caserío del vecino poblado del Cabañal y volvía presuroso á la era. Tal vez esperaba á alguien y quería ser el primero en verle llegar.

Cuando más atareados estaban derribando una gavilla y esparciéndola profusamente, salió de la alquería una joven, airosa y linda, que vestía el pintoresco traje de las labradoras valencianas algo modernizado ya. Fué hacia la era, entró en ella y después de preguntar cómo iba la trilla, dijo:

—Padre; son las doce dadas... y la comida está lista...—El tío Pelegrí contestó de allí á un momento, viendo que su hija no se marchaba:

—Bien, bien. Ya vamos, hija.

—No tarden que la madre se enfadará.—Y al marcharse cruzó con Tonet su mirada y sonrió bondadosamente. El joven sonrió también y continuó derribando haces. El silencio de aquella calma bochornosa lo turbó un traqueteo característico que venía en crescendo por la parte del camino. Una nube de polvo se levantaba al paso de un carro conducido por un potro fogoso que regía un joven arrogante, erguido gallardamente sobre el vehículo que rodaba vertiginosamente. Los tres

hombres volvieron la cabeza. Tonet sonrió al conocer al mozo que en tal día y á tales horas se iba por los caminos desbravando potros, restallando el látigo sobre los lomos del fogoso animal y jugándose la vida á cada momento. Era su hermano menor y único. Tonet le gritó.

—*¡Ché, Rafel!*—Este paró en seco y

—¿Qué quieres?—contestó.

—¿Vas al pueblo?

—A la playa; pero pasaré por él.

—Pues si ves á... Carmela, dile que aquí van á comer... que la esperan...

—¿Nada más?

—¿Qué más?

—Que tú no comerás hasta que ella venga. ¿No es eso?

Tonet no contestó. Era hombre que en las situaciones comprometidas no encontraba nunca palabras para contestar á una alusión atrevida. Ideas sí tenía; pero no sabía cómo vestirlas para darlas á luz. Rafel, que sabía en cuán poca agua solía ahogarse su hermano, volvió la hoja.

—¿Cómo va eso? ¿Y el tío? Dale un pellizco á Huisa... Adiós...; hasta la noche. ¡¡Arre, *Lusero!!* ¡Huí, huí!—Y castañeteando la lengua y dando chasquidos en el aire con su látigo, desapareció como una exhalación camino abajo. Pasaron unos instantes, muy breves; seguían los trillos dando vueltas y volvió á salir de la alquería la hija del tío Pelegrí, llegó á la era y haciendo un gracioso mohín

de enojo y golpeando el suelo con el pie, gritó:

—Padre, que se enfría!

Volvió el viejo la cabeza, sonrió al verla, paró el trillo y dijo bajando de él:

—Vamos, Tonet... que las mujeres se enfadan.

Tonet, notó que el rostro de la joven, antes risueño, lo velaba ahora una nube tormentosa y le dijo cariñosamente:

—Huisa. ¿No le has oído? ¿Por qué no has salido?

—No me hables de ese pillo. ¡Ni quiero verle ni saber de él!—contestó.

—¿Qué es eso? ¡Siempre estáis así!

La joven, viendo que su padre se alejaba y entraba en la alquería, acercóse á Tonet y en tono confidencial murmuró casi á su oído.

—Ya te contaré, ya; y sabrás quién es tu hermano. Pero ahora... ni tú ni Carmela, aunque os pongáis en cruz, lograréis que le perdone.—Tonet, sonriendo burlonamente, le replicó:

—Como si él necesitara ayuda para desenojarte...

—¡Sí; lo que es ahora!

—Calla, calla. Si yo no supiera que en cuanto viene á tu reja con su guitarra y te canta que se muere si no la abres... ya no tenemos á nadie.

—¿Sí?—respondió Huisa, roja como la grana;—pues que pruebe. Le he de escarmentar...

—Sí, que pruebe; eso quieres tú...

—¿Yo?—balbuceó confusa la enamorada joven, viendo que Tonet leía en sus ojos.

—¡Ah! Me dió una cosa... un encargo para tí...—exclamó el mozo.

—Sí, sí; ya lo oí. Devuélveselo; no lo quiero,—respondió Huisa apresuradamente.

—¿Cómo? ¿Lo sabías?

—Vaya, Tonet. ¿Entras á comer?

—Que entre Sento. Yo... después,—dijo, titubeando un poco y poniéndose serio de repente. Y se trocaron los papeles. Huisa esperó á que se alejara Sento y con cierto retintín replicó:

—Vamos; ya. Guardaré comida para dos..., para dos que se quieren bien...

—No, Huisa, no,—interrumpió Tonet, avergonzado porque su prima también sabía leer en sus ojos.—Es que ya falta poco... y hay que acabar pronto para aventar el grano y guardarlo hoy mismo...—Y añadió, al ver en los labios de Huisa una sonrisa de incredulidad:—Es peligroso, aun en este tiempo, dejar el trigo en la era; á veces... de una de esas nubes...—Sí, hombre, sí;—exclamó su interlocutora ahogando sus risas y yéndose hacia la alquería.—Entendido...; hay que estar aquí, aguantando ese sol... por lo menos, hasta que venga Carmela. Sí, sí. Apartaré comida para dos...—y entró en la casa, dentro de la cual resonó su risa un instante todavía.

Tonet descargó su mal humor sobre la sufrida jaca, que al sentir en su lomo un tremendo latigazo salió de su paso tardo y emprendió un ligero trotecillo, arrastrando á duras penas al trillo y á

Tonet, coceando y lanzando resoplidos de fuego. ¿Qué culpa tenía ella, la pobre bestia, de que Carmela tardara y estuviera aún en el mercado del Cabañal, siendo las doce dadas?

Tonet bajó del trillo unas cuantas veces, salió al camino y miró hacia el poblado. Al no ver á nadie con el ceño fruncido, contrariado y hosco volvía á la labor. Carmela no venía. «Tal vez Rafel la habría visto ya...» Y una ligerísima nube empañaba su cielo. Aun siendo su hermano, le dolía que la viera antes que él... La jaca al sentirle saltar sobre el trillo, emprendía el trote otra vez, temiendo el inevitable y brutal latigazo. ¡Claro! Aun no venía Carmela...

Una de las veces que dejó la faena fué á buscar el botijo y, levantándolo en alto, dejó caer en su boca un grueso chorro de agua... y bebió sin cansarse. Estando así, una voz dulce y sonora, sobrado conocida de él, le gritó desde el camino:

—¡*Ché,* Tonet... déjame una poca... si está fresca...

A Tonet se le atragantó el agua; tosió, bajó el botijo y corrió al encuentro de la persona que hablaba, con el rostro transfigurado por la alegría, diciendo con acento emocionado, que no podía ocultar con su fingido enojo:

—¡Carmela! Hace dos horas que te espero y que te guardo agua más fresca que la nieve... y tú parece que adrede...

—¡Calla... tonto, y dame agua; vengo abrasada, —contestó la misma voz; y de tras el seto de olivos

jóvenes y aromos en flor, que separaba la era del camino, surgió una esbelta figura de mujer, una labradora que traía un capazo sobre la cabeza y una cesta en cada brazo.

Al encontrarse con él, con voz vibrante, como si diera una orden, dijo: «Buenas tardes,» se detuvo, dejó en el suelo cestas y capazo y bebió con ansia el agua que le ofrecía Tonet, quien murmuraba entre tanto á su oído como amoroso reproche:

—¿Por qué has tardado tanto?

Sació su sed Carmela y limpiándose los húmedos labios con una punta del delantal, exclamó haciendo la distraída:

—¡Qué calor! Parece que cae fuego del cielo... ¿Cómo va eso? ¿De remate? ¿Ya habrás comido? —Tonet que miraba con embeleso una rosa, marchita, que su prometida traía prendida en el pecho, la atajó diciendo:

—No; no he comido aún... No tengo gana...

El tío Pelegrí salió de la alquería liando un cigarro; mirando complacido á la enamorada pareja exclamó:

—¡Pero, chica! ¿Cómo vienes tan tarde?

—Hubo mala venta, padre; ha costado mucho vender lo poco que llevé.

—Por aquí no decíamos nada,—siguió el viejo, quitándole un ojo á Carmela;—pero se conocía en el humor que teníamos... Si la jaca hablara, ella te diría...

—Vaya, vaya,—dijo la joven viendo á Tonet

confuso.—No sabía que tanto se me echaba de menos por aquí; pero lo primero es lo primero.

—Id, id á comer,—gruñó el viejo empujándoles hacia la casa.—Ya viene Sento; él y yo seguiremos... Cuando vengas, trae las palas y las cribas. Huisa te dará los sacos. Esto ya va de vencida. Id.

Carmela y Tonet entraron en la casa y el tío Pelegrí y Sento subieron á los trillos. La jaca que había descansado á un lado de la era trotaba más ligera que la otra y hubo que retirar á ésta al establo. Cuando Sento, llevándola del ronzal, entró en la alquería, vió á los dos prometidos sentados ante una mesita baja, comiendo en el mismo plato. Al pasar junto á ellos oyó que Tonet decía en voz baja:

—¡Carmela! ¿Cuándo dejarás de ir al mercado? —Pero ya no oyó como contestaba Carmela en voz queda:

—Cuando... nos casemos... ¡celoso!

II

A media tarde se levantaba en el centro de la era un gran montón de grano dorado, grueso, sano y limpio. A los lados habían enormes montañas de paja... Sólo faltaba medir el trigo, meterlo en las talegas y á la «cambra». En esto andaban los tres hombres, cuando salió Carmela, llegó hasta

ellos y seria y grave, sin decir palabra, terció en la tarea. Ella y Tonet sostenían los sacos, en los cuales arrojaba el tío Pelegrí el trigo, después de medirlo, y todos iban contando en alta voz las barchillas que metían. Tonet devoraba con los ojos aquella flor de color de fuego, que aun llevaba prendida sobre el arrogante busto la hija mayor del tío Chenovés. Carmela lo notó y dando un fuerte tirón al saco, dijo riendo:

—Tonet... que te descuentas.

Cuando estaban llenos, Carmela los ataba, Tonet los sostenía y ella exageraba el esfuerzo que hacía para apretar el nudo; al sonreir enseñaba sus dientes blancos y pequeños.

Un ligero soplo de brisa fresca y húmeda que venía de levante agitó levemente las ropas de Carmela marcando mejor el contorno de su figura esbelta y graciosa. El viejo exclamó, pasándose una mano por la frente:

—¡Gracias á Dios!

Poco á poco fué cediendo el calor. El cielo se despejó: disolviéronse los nubarrones que envolvían al sol; brilló éste otra vez en todo su esplendor descendiendo hacia el ocaso y la brisa levantina oreó el paisaje, moviendo los ramajes de los árboles, refrescando el caldeado suelo, llevando aire nuevo á los pulmones de aquellos hombres rudos, fuertes y sufridos...

Tonet y Sento entraron los sacos repletos de trigo, cargándolos sobre sus espaldas. Cuando el

primero de ellos cruzaba por delante de Carmela con paso ligero y encorvado bajo la enorme talega, sonreía. Sabía que aquel trigo que gravitaba sobre sus hombros lo comerían los dos, convertido en blanquísimo y sabroso pan aquel invierno, juntos ya para siempre. Y Tonet transportaba los sacos velozmente como si fueran de pluma; que á tanto llega el poder de la ilusión...

Terminada la faena, entraron todos en la alquería. Tonet y Sento dieron un vistazo á las bestias y luego se sentaron junto al tío Pelegrí, bajo el emparrado, comentando la labor realizada, calculando el valor de la cosecha de aquel año, no sólo de la propia sino la de toda la vega, mientras las mujeres aderezaban la cena dentro.

Hermoso atardecer fué el de aquel día... Después de ponerse el sol, un rojo resplandor invadió el horizonte por toda la parte de poniente, como si fuera el de un lejano incendio. Un poco á la izquierda, y cerca de la línea del horizonte, fulguraba un astro con potente y movible luz sobre aquel fondo de encendida púrpura, semejando un enorme diamante al que una luz misteriosa arrancara mágicas irisaciones... La brisa continuaba soplando cada vez más fresca y con más fuerza... Pronto vino la noche serena y estrellada, fresca y apacible...

Bajo un enorme candil que pendía de la parra, cenaban en torno de una mesita el tío Pelegrí, su mujer,—una anciana en cuyo rostro, hermoso aún, brillaba una mirada apacible y una expresión de

dulce bondad,—sus dos hijas, Carmela y Huisa, Tonet y Sento; todos ellos parecían satisfechos y contentos. Comían con gana; los jóvenes casi con avidez, pero sin avaricia; con la tranquilidad de quien se come el pedazo de pan que ha ganado aquel día. Apenas hablaban. Tonet y Carmela cruzaban algunas palabras, cuando empujando con un trozo de pan una buena magra, se la ponía delante el uno al otro:

—Toma, eso...

—Pero si ya...

—Anda, tonta.

El tío Pelegrí animaba á todos y después de echar un trago ofrecía á los demás «el barral». Bebían Tonet y Sento, limpiábanse los labios con el revés de la mano y dejaban en el suelo junto al viejo la redonda vasija que guardaba el vino. Ya comenzaba á verse el fondo del pintarrajeado plato de Manises, en el que todos metían la cuchara y mojaban su pan, cuando se oyó una voz que daba las buenas noches y los pasos de una persona que se acercaba...

De la sombra salió como una aparición, una figura juvenil y simpática, que alumbró de lleno la luz del candil. Era el mozo que por la mañana, durante la trilla, pasó por el camino guiando un carro.

—Vamos á cenar, Rafel,—exclamó á una aquella gente, suspendiendo la importantísima operación que tan ocupados les tenía.

—Gracias... ya coné—respondió el recién llegado á la cariñosa invitación.

—Pues siéntate y bebe,—replicó el tío Pelegrí.

—Déjelo... tío. No tengo sed apenas.

—Venga, hombre; de este vinillo nunca viene mal un trago,—insistió el viejo. Sento cedió su silla á Rafel, y Huisa al ver que se sentaba junto á ella se levantó, como si le hubiera picado una avispa y se puso á recoger platos y cucharas yendo y viniendo de la pila al pozo. Sacó agua y se puso á fregar la loza con coraje, como si con aquella vajilla, obra maestra de Manises, tuviera algún resentimiento. Rafel, mientras bebía, la miraba á través del vidrio verdoso del clásico «barral» y sonreía dejando caer sobre su entreabierta boca un hilillo de aquel vino, que con justicia alababa el amo de casa. Cuando acabó, castañeteó la lengua varias veces, dándose aire de consumado catavinos y devolvió el barral, asintiendo con la cabeza á las últimas palabras del tío Chenovés.

Apartóse Tonet de la mesa y fué á sentarse recostando la silla sobre un pilar del emparrado. Retiró Carmela la mesita y fué á sentarse junto á su novio. Quedaron los dos viejos bajo el candil y cerca de ellos Rafel. Sento, el jornalero, se despidió: tenía que madrugar, pues iba á jornal á otra casa, donde aun no habían segado... y después de recibir, contar y recontar el importe de su salario á la luz del candil, se fué.

Rafel, viendo que Huisa no se sentaba, sino

que seguía fregoteando la loza con tal frenesí que algún plato se escapaba de sus manos é iba á romperse contra la piedra de la pila... y notando que los otros novios se reían de aquella escena, aunque procurando disimular y contener sus risas, se acercó más á sus tíos y les dió conversación.

—Agüelo... hoy cantaba usted en la era...

—¿Yo?—contestó el interpelado.—¡Cantar... yo! Estos tiempos ya no son aquéllos... ¿Verdad, Tona? —exclamó dirigiéndose á su mujer. Los dos viejos se miraron y toda una vida de honrados recuerdos, de ilusiones y de amor purísimo resurgió en aquella mirada desde el fondo de sus corazones. El «tío Pelegrí el de Chenovés» fué un cantador notable en su época... Nadie entonaba con voz mejor timbrada una «albá» ni lanzaba á los vientos una copla con el aire dulcemente melancólico de la jota valenciana, y no había en toda la huerta quien cantara con mejor estilo el «ú y dos». La tía Tona lo sabía. Había cantado Pelegrí tantas «albaes» al pie de su ventana, mientras ella, medio adormecida, descansaba en la cama rendida por las fatigas del día, que se sabía de memoria todo el repertorio de coplas y conocía de una legua la voz y el estilo del cantador. Ahora... ya no era como antaño; pero en los momentos de cariñosa intimidad aun recordaban Pelegrí y Tona los sinsabores sufridos antes de su boda, las horas felices y las horas amargas; aun palpitaban apresuradamente sus enamorados corazones, bajo la nieve que iban

amontonando los años sobre ellos, al evocar el recuerdo del primer beso de amor cambiado la noche de bodas en aquella misma alcoba desde donde velaban ahora el sueño de sus hijas... El idilio de los dos viejos era eterno; los años, la lucha por la vida... nada ni nadie lo interrumpió jamás. Tal vez ni la muerte tendría poder para ello.

Rafel era bromista y pendenciero por temperamento; y aquella noche, herido en su amor propio por el despego manifiesto de su novia, que ni se acercaba á él ni le daba motivo para que él se le acercara, trabó conversación con el tío Pelegrí y hábilmente la llevó á las añejas aficiónes del viejo «cantaor» ensalzando el estilo moderno y hablando con cierto desprecio del antiguo... Y se enzarzaron los dos. Pelegrí, como hombre formal y sincero, era corto de genio; todo lo hablaba en serio y no comprendía que se pudieran tratar en broma ni siquiera las cuestiones más baladís. Rafel que á un alma voluble unía una cabeza ligera, no podía tomar ningún asunto con formalidad, disputaba de mala fe, contradiciéndose, hiriendo la susceptibilidad del anciano con crudas ironías y chanzas mortificantes. La conversación degeneró en disputa y ésta comenzaba á agriarse, cuando Tonet se levantó y con acento enérgico impuso silencio á su hermano. El tío Pelegrí quedó en su silla temblándole la mano con que sostenía el cigarro que se apagaba y dando á éste grandes chupadas. Rafel se acercó á Huisa y dejó caer en su oído algo

muy tentador y apasionado porque la joven siguió con más ahinco su tarea, huyéndole la cara, pero sin contestarle palabra. Rafel se mordió los labios y se fué hacia donde estaba la tía Tona y la requebró con frases en las que había más picardía que donaire y más ingenio que sinceridad. La vieja le contestó pellizcándole sin compasión, diciéndole entre cariñosa y enojada:

—¡Aparta... mala persona! ¡Basilisco!

—¡Id al diantre todos!—gritó Rafel, burlón siempre.—Me voy á ver á la perla de la casa; á la única persona que me quiere y no me riñe nunca.—Y entrando en la alquería y dirigiéndose á una habitación en la que brillaba una luz tenue, exclamó, para que le oyeran los de fuera:—¿Verdad que sí, tía Carmeleta?

Por fortuna suya no vió la terrible mirada que le dirigió Huisa...

—No le hagan caso;—decía Tonet. ¿No saben quién es?

—¡Es un demonio!—replicó la tía Tona.

—¡No puedo con él!—rugía el tío Pelegrí.—¡Nadie canta como Rafel Albors! Ninguno juega á los bolos como él! ¡Donde él está nadie coge una guitarra ni improvisa una copla! ¡Qué diantre de hombre!

—Pero tío ¿es que aun no lo conoce usted?—dijo Tonet, queriendo halagar el amor propio del viejo cantador.

—Cualquier día, que me coja de mal aire...

—Es que ninguno le quiere y todos le tenéis quimera... eso es. ¡Y como nadie le defiende...!—interrumpió Huisa con cierto temblorcillo en la voz y algún cosquilleo en los ojos.—Además, eso de cantar mejor que él...

Carmela y Tonet soltaron á la vez una sonora carcajada... Hasta los dos viejos rieron aquella salida de su inocente y enamorada hija.

Cuando Rafel volvió á salir, hablando en voz alta, como despidiéndose de alguien que quedaba dentro, el tío Pelegrí y su mujer dormitaban dando cabezadas cerca el uno del otro; y Carmela y Huisa lavaban en un gran lebrillo las hortalizas, que iban colocando sobre un cañizo donde se escurrían antes de ponerlas en las cestas en que las llevaban al mercado la mañana siguiente. Tonet les ayudaba trayéndoles y llevándoles capazos de verduras que echaba al agua de golpe. Se acercó Rafel y dijo afablemente:

—¿Echo una mano? ¿Qué faena me dais? Y se acercó á Huisa que en aquel momento sacaba agua del pozo y la ayudó á tirar de la cuerda, salpicándola el rostro con el agua fresca y límpida. Más estorbaba que otra cosa; de cuándo en cuándo lanzaba frases candentes á su hermano y Carmela, aludiendo á su boda próxima. Tonet sonreía complacido. Carmela se ponía seria. Se dolía seguramente que aquel tarambana de tan escaso juicio tratara en son de chanza asunto tan grave... y hacía como

quien no oye. De pronto dijo Rafel volviéndose á Huisa:

—Nosotros... aun tardaremos... No mucho ¿verdad? ¿Dos trillas nada más... Huisa?—Esta que debía tener motivos para manifestarle á Rafel un gran enojo, no pudo contenerse y dijo con ira y voz contenida:

—¡Pillo!—agregando más alto:—¿Dos trillas? ¿Para qué? Aun tiene eso que pensarse mucho antes...—Rafel, asustado, con expresión de cómico espanto, que aun prestaba á su rostro mayor picardía, la interrumpió:

—¿Qué dices, estás loca?

Terciaron Carmela y Tonet, obligándoles á hacer las paces. Resistió Huisa cuanto pudo y pareció ablandarse un poco después de una larga conversación que sostuvo con Rafel, quien la interrumpía haciendo protestas de honradez; afectando ignorancia ante algunas afirmaciones categóricas de su novia; negando algo de que ésta le acusaba...

Dos veces despertó la tía Tona y se levantó las dos para despabilar el candil que languidecía, del que no se cuidaban los novios, y para dar una mirada á la hermana de su marido que tenían baldada en la cama, á quien entró á ver Rafel, poco antes.

La noche continuaba siendo fresca y sosegada. Oíanse esos misteriosos rumores del campo agrandados por la soledad y la inmensa quietud. Unas

ranas entonando en una charca inmediata escandalosa serenata y un grillo cantando escondido en algún surco, eran las únicas notas que turbaban la paz silenciosa de la tierra que parecía adormecida por la borrachera de sol de aquel día terrible.

Salió la tía Tona, diciendo muy quedo:

—Se ha dormido...—miró á las dos parejas de enamorados, sonrió y se sentó junto á su marido que algo más despabilado hacía cigarro otra vez; cuchichearon un momento. Ellos también galanteaban, á su modo. Hablaban del presente y del porvenir, contemplando á aquellos jóvenes que les sobrevivirían, continuando su obra, su trabajo, su historia honrada y ejemplar; siendo respetados y queridos en toda la huerta, como lo fueron ellos, sus padres y sus abuelos. Tales eran al menos sus deseos... y hacían votos para que así fueran. Allí, bajo aquel mismo emparrado comenzaron ellos su historia y allí la acabarían. ¿Por qué no había de ocurrir lo mismo á sus hijos? Y sin darse cuenta, sin quererlo, el pensamiento de aquellos pobres viejos que iban inclinándose hacia la madre tierra, volvía á aquellos días en que á la sombra de la añosa parra se juraron amor y se prometieron vivir el uno para el otro y esperar la muerte juntos, serenos y tranquilos, con la conciencia del deber cumplido, después de una vida de rudo é incesante trabajo.

Los dos hermanos, Tonet y Rafel Albors, eran primos y prometidos de Carmela y Huisa. El amor

y algo de codicia de los padres de unos y de otros, habían concertado aquel doble casamiento. Carmela y Huisa eran guapas, buenas y hacendosas; pero también eran las más ricas herederas de la huerta. Tonet y Rafel no eran despreciables; más de una moza soñó casarse con alguno de ellos; pobres no eran; pasaba su padre por uno de los labradores más adinerados de la vega valenciana.

Primero se casarían los mayores: Tonet y Carmela. Tonet entraría en la alquería para llevar el peso de la faena, compartiendo con su mujer el gobierno de la casa. El tío Pelegrí estaba cansado: ya no podía con tanta carga. Su mujer también necesitaba descanso... ¡Que trabajaran los jóvenes! Ellos á esperar su hora tranquilos y quietecitos en un rincón. De hecho Tonet era ya «el amo»; nada se hacía en la alquería sin estar él delante; por su parte él no hacía nada sin consultarlo con su futuro suegro y resultaba de aquel modo de llevar las cosas que á los viejos no les pesaba el predominio que allí gozaba Tonet ni éste se ensoberbecía y abusaba de su posición. Pasaba el día en la alquería; comía allí y sólo iba á casa de su padre á dormir y cuando éste le necesitaba para alguna faena. Rafel y Huisa se casarían dos años después. La alquería de Chenovés iba á echar el resto en la boda de la primer hija que se casaba y había que resarcirse de los cuantiosos gastos que una boda en personas de su rumbo y valor exigía, antes de hacer otro casorio. Y el de Huisa no había de ser

peor que el de su hermana. Esto se decía por la huerta y en realidad lo que retrasaba la boda de Huisa era que como Rafel no era labrador, sino que manejaba los carros de su padre en la carga, y transportes de los muelles y almacenes, había de vivir en el pueblo donde su padre le pondría casa. Y la tía Tona detenía todo lo posible la salida de su hija menor de la alquería. Aquel maldito muchacho prefería domar un potro y andar de ceca en meca con su carro, que ser labrador; era más conforme con su carácter aquel modo de vivir que las faenas agrícolas. La única pena que agobiaba á la anciana era ésta. Ella hubiera preferido tenerlas á las dos en casa; saber que á toda hora estaban cerca de ella y ver que eran felices. No podría acostumbrarse á llamar á Huisa y que ésta no le respondiera... Porque su secreto,—que ignoraba ¡hasta su marido! para quien no los tuvo nunca,—era que á su pesar, no queriéndolo ella, Huisa era la hija preferida, la más amada, tal vez porque era la más cariñosa con ella, la que no se apartaba nunca de su lado...

Alrededor de estas ideas y consideraciones giraban la conversación y el pensamiento de aquella gente después de realizada la faena del día y antes de buscar el descanso en unas pocas horas de sueño... Comenzó á languidecer la luz del candil... levantáronse el tío Pelegrí y la tía Tona, se despidieron de sus sobrinos y entraron en la alquería. Pusiéronse de pie los novios para darse el adiós

de aquella noche... y fué larga la despedida; no tanto como ellos deseaban seguramente; pero aun charlaron un buen rato recostados sobre los blancos pilares del emparrado, antes de marcharse los dos hermanos y de cerrar Carmela y Huisa la pesada puerta de la casa.

Nada se oía. El grillo rendido callaba ya; las ranas enmudecieron al pasar los dos chicos de Albors hablando, junto á la charca. Y quedó la alquería muda, solitaria, destacándose su mole blanquecina sobre la obscuridad y compacta masa de arbolado que la circuía.

A lo lejos una voz fresca y juvenil que se iba alejando, entonaba con clásico estilo una popular copla, cuyos vulgares versos encerraban un delicado pensamiento amoroso. Conforme se alejaba Rafel esforzaba más la voz, haciendo alarde de su original estilo.

Esta tiernísima despedida oíala todas las noches, con ansia, hasta apagarse su último eco, un corazón enamorado tras una reja de la vieja alquería, palpitando aceleradamente cuando «el cantaor» repetía los versos más intencionados del cantar... y Huisa soñaba todas las noches que el cielo era suyo y que en él no vivía nadie más que ella y Rafel.

III

A la madrugada, cuando las pálidas luces de la aurora comenzaban á aparecer como una estrecha faja rosada sobre el obscuro cielo y el mar murmuraba sordamente agitado por ligero levante, un hombre pegado á una reja de la alquería hablaba muy quedo, pero con acento de pasión que se desborda y arrolla y devasta cuanto se opone á ella. Sus frases entrecortadas y anhelosas, indicaban que sostenía un diálogo apasionado. Parecía que insistía, que rogaba con vehemencia...; por fin en el silencio de la noche que moría se oyó el rumor suave y dulce de un beso...

Las luciérnagas brillaron con mayor fosforescencia; las estrellas lanzaron destellos magníficos, deslumbrantes, de luz viva; entre el ramaje se agitaron inquietos los pájaros que acababan de despertar y la brisa movía el frondoso arbolado, acariciándolo mansamente... En aquella hora callada y melancólica los astros, las fuentes, las aves, el hombre, todo entonaba un himno al amor... Al amor recatado y misterioso, que sólo podía anidar y vivir en el regazo de la noche...

CAPÍTULO SEGUNDO

La alquería de Chenovés.

I

Aun se contaba en la huerta cuando los viejos hablaban de cosas viejas, que el tío Mariano Chenovés,—más conocido por el «tío Marianot»,—estaba edificando su alquería, junto al camino de Algirós y á un tiro de bala del Cabañal, cuando estalló «la guerra del francés». Y se decía de él, que dejaba á su mujer y á sus dos chiquillos encerrados en la vieja barraca, próxima á la nueva obra, y con «el retaco» bajo la manta recorría la huerta solo, sin que nadie supiera á dónde iba ni qué hacía á tales horas, hasta que al amanecer regresaba á la barraca, donde llena de zozobra, rezando y abrazada á sus hijos, le esperaba su mujer. Al salir el sol y antes de comenzar la faena, llamaba al alguacil,—el tío Marianot era alcalde pedáneo y el cacique más influyente y poderoso de la huerta,—y le decía, como quien dice la cosa más natural y sencilla, sonriendo de un modo extraño y guiñando el ojo:

—Vaoro... id á la senda de Albors y recoged *una taleca*... y en la acequia de Mestalla dos... Y chitón...

Y allá se iba el pobre Vaoro con el pelo erizado, temblándole las piernas y llena el alma de espanto, pues ya sabía de lo que se trataba. *Les taleques* del tío Marianot, que iba el alguacil á recoger, eran los cadáveres de uno ó dos soldados franceses, de espías de éstos ó de algún labrador tachado, con motivo, de afrancesado. El trabuco de aquel hombre terrible entendía así, de aquel modo bárbaro, pero sincero, el patriotismo. Y los derribaba cara á cara ó á traición... «como se podía», según frase suya; pero clara era la noche que el señor alcalde volvía á casa sin haber tumbado un «gabacho». Se enterraba á los muertos de prisa y corriendo y la huerta entera miraba horrorizada al tío Marianot quien, sonriendo siempre, saludando afable á todos, amigos y enemigos, bromeaba continuamente con sus jornaleros y con los trabajadores que levantaban poco á poco su grande y hermosa alquería. Llamaba á sus íntimos y misteriosamente y como haciéndose de nuevas les preguntaba:

—¿Cuántas *taleques* han habido esta noche? ¿No lo sabéis?— Aquella palabra característica con que designan en la huerta á los muertos violentamente en una riña y el tío Marianot á sus víctimas, llenaba de congoja á la alcaldesa cuando se pronunciaba en su presencia. Y trémula, cogiéndose del brazo de su marido, le decía al oído:

—¡Mariano! Tú acabarás mal.—Él movía la cabeza haciendo signos negativos y sonriendo siniés-

tramente; pero su rostro bonachón se transfiguraba en el de un demonio echando lumbre por los ojos y vomitando blasfemias cuando su mujer añadía:

—¿Aun no hay bastante? ¿Aun no estás ahito?

Hasta entonces le habían querido todos; apenas tenía enemigos y de su cacicato nadie se quejaba. Ponía paz entre quienes vivían en guerra y muchas veces la imponía con ayuda de sus puños. Procuraba hacer justicia seca y nunca, por amparar en su derecho á un amigo ó pariente, perjudicó á un tercero, fuese quien fuese. La huerta estaba tranquila y á él lo debía. Si llevado de su genio pronto y vivo regañaba á sus trabajadores con malos modos, ellos no le guardaban rencor porque sabían que tenía un buen corazón, sin malicia ninguna; que era un verdadero camarada para ellos, pronto á enjugar una lágrima y á socorrerles en sus apurillos desinteresadamente. Cuando llegaba el sábado, después de entregarles el jornal, les convidaba á una suculenta merienda y bebía con ellos en el mismo «barral». Pero... la maldita guerra le agrió el genio, despertó á la bestia y fué cruel y sanguinario. Antes le respetaban, ahora le temían; él lo sabía y esto le irritaba é impulsaba más á hacer de las suyas. Y comenzó á tener enemigos aquel que no los conoció nunca. Era inevitable. Nunca faltaba un Judas que avisara á los soldados de Moncey, sitiadores de Valencia, la salida furtiva de algún destacamento español ó les denunciara algún depósito de armas que los patriotas tenían

oculto en la huerta. Pues á aquel desventurado no le quedaban de vida más que los instantes que el tío Marianot tardaba á saber su traición... y la mañana siguiente aparecía el cuerpo del delator hinchado, amoratado el rostro, flotando en una balsa de macerar cáñamo ó atravesado en una senda con el cráneo deshecho de un trabucazo. Vaoro el alguacil recogía aquella «taleca» y la huerta enmudecía de terror.

Una de sus más famosas hazañas fué su audaz reto á un jefe francés y su desafío con él. El militar se rió del atrevido labrador; pero su risa duró poco. Después de una corta, pero dura lucha, terrible y silenciosa, sin testigos, cayó el «gabacho» acribillado á los pies de Marianot el de Chenovés... Éste se vió comprometido. Mucha gente presenció el insulto y la provocación; nadie la lucha... Coge el cadáver, lo lleva hasta su alquería y lo entierra en un hoyo preparado para cimentar un paredón...

Cuando fueron al día siguiente los albañiles, el cimiento estaba hecho: Marianot había trabajado toda la noche y sus obreros levantaron el muro sobre el cuerpo del francés... Se echó de menos á éste; se indagó; se buscó; fué inútil toda pesquisa. Nadie se atrevía á delatar al único que podía dar razón del infeliz soldado... y la alquería avanzaba; sus paredes subían, pronto estaría terminada la obra y se instalaría en ella con toda su familia el «siñor alcalde de l'horta».

Hombre de tal temple fué el fundador de la famosa alquería de Chenovés.

II

Sus dos hijos varones, Marianet y Pelegrí, habidos en su matrimonio con «Rosa la de Rabasa» eran dos granujillas que preferían andar por calles y caminos con la espuerta al hombro recogiendo estiércol, que ir á escuela ó trabajar en el campo. Pelegrí, el menor, era de mejor condición que Marianet; más franco y noble, más sufrido y generoso. Marianet era más astuto, trapacero y enredador. Se querían mucho y por lo mismo se peleaban todos los días. Cuando «Pelegrinet» volvía á casa con la blusa á trizas, lloroso y con la cara arañada, le decía su padre, enfurecido:

—Pero, muchacho, ¿cómo consientes que ese muñeco te zurre?—porque sabía que Pelegrí no era cobarde y que no le ganaba su hermano á buenos puños. Si acaso tendría peores intenciones; nada más. Pero á Pelegrí no le salía del corazón golpear á su hermano. Se defendía bravamente, parando los golpes sin devolverlos y sujetándole hasta rendirle. Cuando les daba por estar unidos y tomar la ofensiva, eran dos cachorros que se bastaban para poner en dispersión á todos los muchachos de la huerta. Ellos capitaneaban las más rudas

pedreas, peleando en primera fila siempre y lanzando tan certeros tiros con su honda, que alguno del bando contrario cayó para no coger la honda más. Su padre no podía con ellos; ni castigos ni amonestaciones ni duros escarmientos hacían mella en aquellas indómitas criaturas. En cuanto veían otra vez campo libre por delante volvían á la pedrea, á jugar al cané á las chapas y al «canonet» á la sombra de un chopo ó de un pajar; y con la espuerta al lado pasaban las horas sin sentirlas, hasta que por si «tú eres un tramposo ó yo juego más leal» se enzarzaban de palabras... y ya estaban revolcándose en el suelo, luchando, las dos fierecillas.

El sol había tostado sus carnes, que parecían de barro cocido; y como su madre apenas tenía tiempo para remendar lo que ellos destrozaban, iban rotos por aquellos caminos y poblados, enseñando siempre algo de lo que debe estar oculto. Y así era el encantador y picaresco idilio de los dos rapaces que iban recogiendo basura para estercolar las hortalizas del tío Marianot Chenovés. Eran, no cabe duda, otro Rinconete y otro Cortadillo tan pícaros como los del inmortal maestro; aunque un poco menos ingeniosos y un tanto más,—¡no mucho!—honrados. Sus manos y su conciencia no se mancharon con otros hurtos que no fueran de fruta... «¡Es tan tentadora una manzana cuando comienza á sazonar, un albaricoque que ya pinta, una pera «tendral» medio escondida entre las verdes

hojas, en el cercado ajeno! ¿Quién podría resistir tal tentación?» Nadie, seguramente... y mucho menos aquellos dos muchachos, para quienes, á los quince años, el mundo principiaba y acababa en ellos.

Día llegó, sin embargo, en que los dos se transformaron y aquellos pilletes que recogían estiércol y llevaban constantemente en el seno la baraja y la honda ceñida por bajo de la faja, fueron dos mozos trabajadores y cuidadosos de la hacienda que su padre no podía ya manejar. Marianet,—aquel trapacero que siempre hacía recaer sus travesuras en espaldas ajenas, aunque fueran las de su hermano,—fué sórdido y avaricioso. Se arrimó á la iglesia; confesaba y comulgaba más á menudo de lo que conviene á una conciencia limpia y en todo comulgar llevaba el pendón rojo con más vanidad que sincera unción. Siempre tenía en los labios el «Alabado sea el Señor»; se santiguaba apresuradamente cuando encendían una luz ó las pajuelas en el hogar y jamás se le oyó una blasfemia. Por dentro... era otra cosa. Marianet acabó siendo un furioso y fanático realista. Casó con una rica heredera del labrador más significado y comprometido en el bando absolutista; se fué á vivir con sus suegros y esta fué su familia desde aquel día. El tío Marianot y Pelegrinet vieron con tristeza que le habían perdido para siempre: eran liberales convencidos y hubieron de aflojarse y entibiarse, lazos que parecen ser indisolubles: los de la sangre. Y la familia

Chenovés se dividió. El tío Marianot seguía siendo el cacique de la huerta, pero alardeando de su rancio abolengo liberal y poniéndose al frente de este bando. Marianet se identificó con las ideas de su suegro, el «tío Huiso Cameña»,—un vejete que prestaba dinero sobre cosechas y fincas á muy crecido interés y que se pasaba el tiempo organizando fiestas de iglesia, rosarios de la Aurora, cofradías y otras zarandajas,—y fué su satélite... Parecían nacido el uno para el otro. El tío Huiso no tenia hijos varones y la entrada en su casa de un mozo de las ideas y carácter de Marianet, fué para él como un envío del cielo; pues aunque era feliz con sus tres hijas su dicha no era completa. Mariano Chenovés la colmó con exceso. Ya tenía el hijo que deseaba.

Cuando Pelegrí dejó de ir por los caminos con la espuerta al hombro, tomó la azada y dobló el espinazo por la primera vez, pensó rebelarse y protestar de aquella bárbara esclavitud, del tormento de estar de sol á sol cavando la tierra, inclinado violentamente sobre ella y sin más descanso que el tiempo necesario para engullir la comida. Pero cuando por la noche, de regreso del campo, se sentó bajo el emparrado de la alquería, con la azada entre las piernas, y se limpió el copioso sudor, se sintió hombre... Luego al ver que su madre, allí mismo, le servía la cena diciéndole con acento nuevo para él:

—Come... hijo mío...;—tuvo vergüenza del tiem-

po que comió el pan sin haberlo ganado é hizo voto de no comerlo jamás sin humedecerlo con el propio sudor... Trabajó en las más pesadas labores, sin quejarse nunca y comenzó á demostrar que poseía una inteligencia superior y una afición á las faenas del campo no común en muchachos de su edad. Fué el preferido de sus padres, quienes imprudentemente no se recataron de manifestar aquella predilección delante de los demás hermanos. Las hembras no tenían celos porque humildemente reconocían que «su Pelegrinet se lo merecía todo», y con orgullo proclamaban que en toda la huerta no se encontraría ni con candil, mozo más apuesto, trabajador y honrado. Su hermano Marianet sentía ahondársele cada día más la espina de los celos en el corazón y esta fué la causa que le movió á marcharse de casa y á estar siempre frente á su hermano. ¿Era liberal Pelegrinet? Pues él realista. ¿Era su hermano cantador, gran tañedor de guitarra, amigo de bromas y bailes? Pues él á la iglesia, al rosario, á la novena. Así nació aquella rivalidad, rayana en el odio, que les separó y amargó la vida.

Además de sus dos hijos varones tenía el tío Marianot, tres hijas, «Peransa, Visanteta y Carmela», menores que Marianet, mayores que Pelegrí. Por un capricho de la naturaleza los cuatro últimos tenían el pelo ondeado, crespo, como su madre. De aquí le vino á Pelegrí el sobrenombre de *rull;* y *rull* va, *rull* viene, al fin nadie le nom-

braba ni conocía sino por el «Rull de Chenovés».

Era alto y espigado; sus facciones angulosas, no exentas de cierta belleza ruda, varonil. Los ojos pequeños y vivos; la boca grande y rasgada; la expresión de su rostro inteligente y risueña. Fué el brazo derecho de su padre. No iba nunca á la taberna; no armaba camorra con nadie ni jugaba los domingos siquiera. Aun le subía al rostro la sangre golpeándole las sienes, cuando recordaba que hasta para ir á misa llevaba la baraja en el seno. Y no era serio ni taciturno: rasgueaba con primor una guitarra y soltaba á los vientos la voz, subrayando la copla con los clásicos «relinchos» con que en la huerta corean el verso final. Decidor y alegre, tanto como formal y cumplido, conquistó el aprecio de todos sus convecinos, fueran amigos ó no. Únicamente la familia del tío Huiso de Cameña, no le quería; tal vez aquella era la única casa de la huerta donde odiaban al Rull de Chenovés. Él lo sabía y cuando pensaba en ello se estremecía involuntariamente...

Su gentil figura, su rostro simpático, su amena conversación y hasta su voz de timbre dulce y agradable cautivaban y seducían las miradas de muchas lindas mozas, que le hubieran dado su mano apenas la hubiera pedido. Pero el Rull, no se daba por entendido. En lo más recóndito é íntimo de su sér, tenía, muy escondida una imagen adorada. Nadie lo sabía y él mismo se

asustaba cuando pensaba que un día sería preciso descubrir su secreto. «¡El demonio no podía haberlo dispuesto mejor! ¡Tantas muchachas que había en la huerta, guapas, graciosas, ricas... é irse á enamorar precisamente de aquélla! Es decir, muchas había, ¡pero como aquélla no había otra! La vió pocas veces: una bastó, la primera, para comprender que había quedado ligado á ella para toda la vida». Aquella mujer era Tona la hija menor del tío Huiso Cameña, cuñada de su hermano Marianet...

Bajita, regordeta; el color encendido; los ojos negros y atrayentes como los abismos; la frente algo chica; el pelo castaño y el rostro ovalado como el de una virgen clásica. Tenía vivo el andar, con gracioso taconeo; algo echada atrás la seductora cabecita y salido el arrogante seno. Hablaba siempre con risueña expresión, centelleantes los ojos y acompañando su charla viva y alegre con sonoras risas. Lista y trabajadora, ninguna faena, por pesada que fuera, la arredraba: lo mismo cosía al lado de sus hermanas, que guisaba, fregaba la loza y las sillas en la acequia vecina ó cuidaba del pienso de las bestias, si su padre y cuñado se entretenían en la novena ó en la «tenda (taberna) del tío Cametes», un poco más de lo conveniente.

La conoció Pelegrí, un domingo al salir de misa con sus hermanas y le cautivaron su gracia y belleza. Ella no lo notó ni se fijó en él. Aunque tenían conocimiento de su existencia nunca

se habían visto y menos pensado el uno en el otro. Cuando ocurrió aquel encuentro, el Rull era muy joven, tal vez no había cumplido los quince años; ella tampoco. No la rondó porque temía las consecuencias que pudieran sobrevenir al iniciar sus galanteos; se contentaba con buscarla con el pensamiento; y evocar aquel rostro risueño y adorado é imaginarlo encerrado en el marco negro de una mantilla, bastaba para que Pelegrí fuera dichoso. No faltó ni un domingo á misa en la ermita de la Virgen del Rosario del Cabañal, donde podía verla sin que nadie, ni ella misma, sospechase nada. Los domingos que no iba Tona á misa no podía Pelegrí reprimir su malhumor ni disimular su pena. Nadie atinaba por qué aquel día no cogía la guitarra ni entonaba una copla. Y en aquellas horas en que el pobre enamorado lo veía todo negro, se preguntaba«—¿Me odiará como los otros, como su padre...? ¿Cómo lo sabré? ¿Cómo le daré á entender que me muero... y que no debo morirme sin que ella sepa por quién? ¿Y... por qué me ha de odiar? ¿Porque soy Chenovés y ella Cameña? ¡También es Chenovés mi hermano! ¡Pero yo no soy como Marianet!—»concluía con desaliento, desesperanzado.

Un día,—era inevitable,—la joven notó de qué extraña manera la miraba el hijo del tío Marianot; y perspicaz como toda mujer, aunque era una niña, vió claro. En aquellos ojillos grises y vivos ardía un fuego desconocido que la deslumbró y le hizo

salir los colores á la cara y bajar los ojos al suelo. La solución del problema que quitaba el sueño á Pelegrí, vino sola.

Tona, también asustada, calló; nada supieron su hermana más cariñosa ni su amiga más leal de aquel suceso. Y sin haberse hablado, hubo un secreto entre los dos muchachos. Tona al darse cuenta de aquella muda adoración, pensaba:

«—¿Por qué me mira de ese modo el hijo del tío Chenovés? ¡Y es buen mozo!—Ella no sabía que aquella simpatía se iba á convertir en irresistible atracción y más tarde en otra cosa que le robaría el sosiego. Y los dos temblaban al pensar que aquella inocente afinidad de sus almas podían descubrirla los mortales y jurados enemigos Huiso Cameña, el realista implacable y Marianot Chenovés, el negro liberal.

Así pasó mucho tiempo fiando los dos jóvenes á los ojos lo que no podían á la palabra. Las amigas de Tona extrañaban que ésta no se decidiera por ninguno de los pretendientes que la asediaban, y los camaradas de Pelegrí se sorprendían de que éste no tuviera novia, habiendo en la huerta muchas que le recibirían con palmas...; pero nadie comprendía la relación que había entre aquellos dos hechos.

La casualidad hizo que Pelegrí encontrara un día á Tona sin testigos. La entrevista fué breve; se redujo á unas pocas palabras: hablaron más los ojos que las lenguas. Pelegrí, pudo decir que se

moría por ella mucho tiempo há: desde que la vió. No quería comprometerla con noviazgos que no consentirían los Cameñas y valdrían á ella sin fin de disgustos; pero deseaba una palabra, una esperanza, para sufrirlo todo hasta que fueran un hombre y una mujer que pudieran quererse delante de todo el mundo y á pesar de aquel odio de raza.

A todo esto ella, confusa y sorprendida, no abría la boca; creía sinceramente que no había dado motivo para una declaración tan apasionada. No esperaba que Pelegrí se atreviera á hablarla y continuó con los ojos bajos. Ella, tan alegre y locuaz, tenía ahora un nudo en la garganta y honda emoción agitaba visiblemente su espléndido busto. Por fin, ante los apremios del mozo, seducida por la sinceridad que parecía haber en sus palabras, contestó que era muy niña; que cuando llegara la hora de pensar *en aquéllo* quería que fuera á gusto de sus padres; les quería y respetaba mucho y era su deseo no amargarles la vida, dándoles disgustos; y los habría gordos si se enteraban de que los dos habían hablado.—¡No sabes lo que os odian!—terminó. Un trabucazo hubiera sido más compasivo con Pelegrí, porque le hubiera hecho sufrir menos. Cuando se repuso le preguntó balbuciente y ansioso:—¿Y tú, también odias?

—¡Yo, no! ¡á nadie!—contestó la joven con entereza.

—¿Y á mí?—insistió él, esperanzado.

—¡No te digo que á nadie...!—replicó Tona con viveza.

Poco más hablaron ya. A los ruegos de Pelegrí no dijo Tona que sí ni que no. Lo fió todo al tiempo. Le pidió que no la comprometiera. Volvió á insistir el joven con tanta pasión, con tanto fuego en su palabra, que logró oirla decir estas palabras:

—No sé si te quiero ya; pero sí que no quiero á ningún hombre. Tú puedes hacer que... nunca quiera á otro. ¿Qué más deseas? ¡Adiós... adiós!

Loco de alegría quedó el Rull de Chenovés y contenta se fué Tona la de Cameña, por haberle comunicado á él algo de lo que guardaba en su pecho. Los dos sabían que estaban ligados por un juramento que apenas se formuló y prometieron ser fieles á aquella inclinación amorosa de sus almas.

Quiso su mala ventura que una vieja les viera y llevara el soplo á la madre de Tona. ¿El Rull de Chenovés hablando con Tona, la perla más rica de los Cameñas? ¡Y allí fué Troya! Amenazaron á la infeliz niña, llegaron á golpearla sin que la valiera la intercesión de sus hermanas y de las vecinas ni sus lágrimas y súplicas. Toda la huerta supo con escándalo el martirio de Tona y la causa de él. Llegó á oídos de Pelegrí, quien, sin andarse con rodeos, dijo al primer Cameña con quien topó y que fué precisamente un primo y pretendiente de ella, un holgazán, que soñaba con las onzas del tío Huiso:

—¡Oye tú, perdido! Es verdad que hablé con Tona y que es mi novia y será mi mujer, aunque os opongáis todos. Pero tened entendido que el día que sepa que la martiricen, le prendo fuego á aquella casa y os abraso á todos...—

El reto de Pelegrí irritó más á los Cameñas y enconó los antiguos odios, dormidos en apariencia. Tona sufrió mucho; pero al recibir el primer golpe por causa del Rull, sintió el imperioso deseo de quererle... y le amó con toda su alma.

—«¿Qué daño le había hecho aquel mozo prudente y discreto que tanto la quería y tanto tiempo lo calló sin dárselo á entender á ella misma para evitarle el más ligero sinsabor? ¿Por qué hemos de odiar á quien nos ama? ¿No es bueno, no es trabajador, no es honrado? Pues al hacerme padecer por él, hacia él me empujan... Parece que el dolor une y atrae á las almas... Primero me matarán que dejaré de pensar en él...»—Así discurría Tona y como si Pelegrí lo adivinara, el caso fué que tácitamente juraron ser uno de otro y resistir hasta la muerte. Les bastaba con los ojos para decírselo todo y comprenderse mutuamente.

Los padres de Pelegrí nada hicieron para contrariarle. Únicamente le advirtieron que «aquella familia» les daría que sentir á él y á Tona. «Son muy malos, no tienen corazón; ni palabra mala ni obra buena... De la chica de Cameña nada tenían que decir; les era igual ésta ó la otra para nuera, con tal que fuera honrada y le quisiera. To-

na lo era á carta cábal y en cuanto á quererle... eso, él lo sabría. Ellos, los viejos, se casaron á su gusto, á Pelegrí le tocaba hacer lo mismo. No habían de oponerse á sus amoríos entonces ni más tarde, cuando de la iglesia la trajera á casa.» ¡Hay Providencia!—añadía el tío Marianot.—Ellos me quitaron un hermano... tú les robas su hija...—Y con acento de amargura, concluyó:—¡Quién sabe! Tal vez ganemos en el trueque...

En esta determinación de los padres de Pelegrí había, además de su propósito de no disgustar á su hijo, una secreta complacencia en llevar la contraria á sus eternos adversarios. «¿Ellos no querían á Pelegrí? Pues ellos sí á Tona. ¿No querían darla á su hijo? Ellos se la quitarían. ¿Despreciaban al Rull, el mozo más cabal de toda la huerta? Nosotros queremos ya á Tona, la linda Cameña, la hacendosa mujercita, como á una hija... nada más que porque así lo desea Pelegrí y los Cameña quieren lo contrario.» De boca de ningún Chenovés salió palabra ofensiva ni mortificante para la joven: la respetaban ya como cosa de Pelegrinet y las cosas de éste eran sagradas para ellos.

A este proceder y al reto de Pelegrí, contestaron el tío Huiso y su yerno con bravatas y amenazas. El primero rondaba los alrededores de su barraca con el trabuco bajo la manta, en cuanto anochecía. Y no se recataba de decir que casaría á su hija con quien le daría la gana, y que primero la mataría que se la llevaba un Chenovés... Otra de las

causas de la oposición de los padres de Tona á sus relaciones con el Rull, aparte el odio inveterado y la diferencia de ideas políticas que los separaban, era que tenían convenido casarla con el «Estudiant». Este era un zagalón, desgarbado, alto, de anchos hombros sobre los que descansaba una cabeza pequeña y ratonil. Hijo menor de unos labradores acomodados, le dedicaron al estudio: aquellas gentes vanidosas, querían tener un señorito en la familia y lo lograron. Estudió muchos años sin acabar ninguna carrera nunca. Primero fué seminarista; luego probaron á hacerle notario: en la cabeza que no pudo acomodarse la teología, tampoco hubo sitio para aposentar á la ley; entonces pensaron que tal vez la carrera de maestro, como era corta... Él les dejaba hacer. Decíanle: «Arrima ahí el hombro»; lo acercaba; intentaba levantar aquel peso y convencido de que era superior á las fuerzas de su entendimiento, volvía á la huerta y entraba en su casa sonriente como un bobo, diciendo que «nones; que tampoco podía ser». Así llegó á los treinta años, habiendo gastado sus padres insensiblemente un caudal y sin haber conseguido su noble intento. Lo trajeron á casa, desengañados ya; pero como aquel zagalón no servía para labrador ni él consentiría en cambiar la levita por los zaragüelles, siguió viviendo á costa de sus padres y vistiendo de señorito. Su primitiva afición á la iglesia le llevó á ser «colector» de algunas cofradías; llevaba, mal llevadas por supues-

to, las cuentas de una comunidad de regantes; fué administrador famoso de algunos bienes de menores y se dedicó á politiquear, aspirando á cacique. Le tenían sus parientes por «muy leído y muy sabido»—¡había estudiado tantos años!—y cualquier labrador tosco y rudo le ponía en un ahogo discutiendo con él. Así era el Estudiant, el yerno que buscaba el tío Huiso. Tona dejaba decir á sus padres... Aquel hombre le era indiferente; pero desde que conoció á Pelegrí y ocurrió lo narrado, le tomó aversión y declaró que «consentiría en quedarse soltera, antes que casarse con aquel ave de mal agüero.»

Pelegrí no se arredró porque le salieran al paso mayores obstáculos cada día. «Tona había de ser suya aunque tuviera que prenderle fuego á toda la huerta y achicharrar vivos á los Cameñas». No salía de noche sin llevar el retaco bajo el brazo y no temía rondar la barraca de su novia. Todos los peligros del mundo valían la pena de arrostrarlos por oirla cantar ó verla de pasada como un relámpago. Con esto tenían que contentarse los dos enamorados, pues hasta le prohibieron á Tona ir á misa al Cabañal con sus hermanas. Iba con sus padres y su cuñado á la del alba y no siempre todos los días de precepto. Hablaban pocas, contadas veces, cuando no había peligro para Tona. La misma privación; aquel continuo deseo de verse y hablarse jamás satisfecho, avivó y mantuvo su fe hasta tal grado, que dormían tran-

quilos con la certeza de que eran el uno para el otro. Tonet sonreía cuando le hablaban del *Estudiant*, y si por oirle, sus amigos, le decían que andara listo no le quitara la novia, contestaba:

—El Estudiant es un buen chico... que no intentará quitarme ni un botón del *chopetí*. No; no me lo quitará. Nos conocemos y sabe que el día que se acerque á Tona le parto el corazón.—Su voz, al decir esto, tenía un timbre siniestro. Sus camaradas sabían que el hijo del tío Marianot era capaz de hacer lo que decía... y el *Estudiant* también.

La conducta tiránica y cruel que con Tona observaba su familia, despertó en ella mayor simpatía y amor por el causante inocente de tanta furia y encono. Cuando mayores eran los insultos y amenazas y desprecios que proferían contra Pelegrí, más se agrandaba á sus ojos la figura del Rull de Chenovés y fué pronto llama abrasadora de amor la primitiva estimación que sintió por él. Así, sufriendo este martirio y gloria á la vez, transcurrieron algunos años. Pelegrí se hizo un hombre y Tona era ya una hermosa mujer,—con más amor en sus almas y algo más de picardía en su magín,—que no cesaban de discurrir trazas para verse y hablarse burlando á los recelosos cancerberos.

Las hermanas de Pelegrí fueron casándose y haciendo todas «buen acomodo». Peransa casó con Tonet Albors, labrador que al mismo tiempo que las tierras, tenía carros para transportes en el muelle; y Visanteta con un sobrino del tío Huiso

Cameña y gran amigo de Pelegrí, quien le quería porque más que rico era trabajador y liberal aunque Cameña. También le distinguía porque era el único pariente de su novia que trataba á los Chenovés y tenía como gran honra enlazarse con ellos, casándose con la buena Visanteta. La única que quedó soltera, forzosamente, fué Carmela. Estaba, la infeliz, un día barriendo y regando el patio de la alquería, sola y confiada, cuando de pronto vió ante ella lanzando resoplidos y escarbando el suelo un bravo novillo que se había escapado al llevarle al matadero; quedó sobrecogida de terror sin poder articular palabra, con las manos cruzadas como protegiendo su pecho, los ojos dilatados y la boca desmesuradamente abierta. Afortunadamente, los hombres que venían persiguiendo al toro llegaron tras él, pudieron coger los cabos de las cuerdas que traía atadas al testuz y le sujetaron antes de que embistiera á Carmela. Fueron á asistir á ésta, cuya expresión de espanto aun no había desaparecido de su rostro y vieron asustados que estaba rígida, inmóvil, arrimada al muro de la alquería en la misma actitud en que quedó al ver ante ella á la irritada bestia. Llamaron á sus padres, y cuando entre todos la condujeron á la cama y se vió en ella rodeada de su familia, rompió en copioso llanto... pero continuó rígida y sin movimiento. Vinieron á la alquería los más renombrados médicos del Cabañal y de Valencia. Todo fué inútil: Carmela no se levantó más. Apenas podía mover

imperceptiblemente los dedos; el movimiento quedó reducido en ella al de los ojos, al de la lengua y al del maxilar inferior. Toda la huerta fué á llevar palabras de consuelo á Carmela la «baldá», como la llamaron desde entonces, y esta fué la única pena que amargó los días del tío Marianot y de su mujer. Los hermanos de Carmela lloraron angustiados su desgracia como propia. El único que no fué á verla ni á juntar sus lágrimas con los Chenovés fué Mariano, el hijo mayor, el yerno del tío Cameña...

Al casarse Peransa y Visanteta hacía falta en la alquería una mujer. El tío Marianot necesitaba ya algunos cuidados; á su mujer le ocupaba mucho tiempo Carmela, dándole de comer, arreglándole la cama con blandas almohadillas para evitar que se llagaran sus miembros... y Pelegrí no estaba bien, aunque de nada carecía. «Soy joven aún, pero si he de casarme, cuanto más pronto mejor»—pensaba él y puede que alguien más también.

Y llegó aquella hora que tanto temía el tío Marianot: la de pedir al tío Cameña á Tona. Sereno y arrogante fué allá con su hijo; con cortesía y humildad que se avenían mal con su carácter, les expuso el deseo de Pelegrí... Su consuegro y aquel otro hijo, Marianet, á quien importaban poco las penas y las alegrías de sus hermanos, le recibieron mal. Apenas contestó el tío Huiso á su demanda, murmuró, no supieron qué y les volvió la espalda; Marianet quedó sólo frente á su padre y su herma-

no, con quienes no había cruzado dos palabras desde que se casó. Pretextó que estaban ocupados... y también les volvió la espalda. La mujer del tío Cameña, que estaba con sus hijas trabajando alrededor de una mesita á la luz de un velón, se levantó y les suplicó que, para bien de todos, no volvieran por allí con «aquella embajada». Por las mejillas de Tona,—que estaba allí sin atreverse á levantar los ojos,—encendidas como la grana, corrieron dos lágrimas. Pelegrí sintió deseo de beberlas, pero se levantó siguiendo á su padre, que salía diciendo:

—¡No podéis ser de otro modo... y así sois! Mañana sabréis cómo contesta Mariano Chenovés á Huiso Cameña. ¡Adiós!—Nadie contestó. Tona porque no pudo. Los demás para ofender más á Chenovés. Padre é hijo se fueron devorando su afrenta. Ocultaron lo ocurrido á la tía Rosa; pero ella receló que no fué nada bueno. Dispusieron lo necesario para no prolongar más aquella situación, peligrosa para Tona, y «la justicia» les trajo á la joven á casa. No pudo ser por otro camino.

Sus padres la dejaron ir «con lo puesto». El adiós que le dieron fué un coro de insultos y maldiciones... En muchos días la pobre Tona no pudo ver secos sus ojos. Llegó el día de la boda y fué á la iglesia ataviada con las galas que le prestaron su suegra y sus cuñadas, quienes sacaron de «la caixa» sus mejores vestidos y más ricas alhajas, su riquísimo ajuar, no estrenado aún... Y

ellas la vistieron y la engalanaron mientras ella, llorando silenciosamente, hondamente emocionada, comparaba la conducta infame de su familia con la de aquellas gentes generosas que se esforzaban por endulzarle aquel momento, comprendiendo cuánto debía de sufrir. Hasta la baldada, á quien Dios había dejado, como una compensación, la lengua muy expedita, gritaba desde la cama:

—¡Ponedle mi collar de perlas de tres vueltas... mis agujas y mis pendientes! ¡Mirad si le viene bien mi corpiño de raso! ¡Mi falda de seda rameada le estará que ni pintada!—Tanto voceó, queriendo disponerlo todo, que sus hermanas le mandaron que callase y no se inquietara, porque ellas estaban allí para vestirla mejor que si fuera una reina. La tía Rosa, le regaló su aderezo de esmeraldas, al que no faltaban la gran peineta dorada, la placa para el pecho y las agujas también de esmeraldas. Al negarse Tona á recibir aquellas joyas, «porque no era justo—decía,—privar á sus hijas de lo que les pertenecía con más derecho que á ella», le arguyó su suegra:

—Cada hija mía tiene ya el suyo. Este aderezo era para Carmela; pero como ella no lo puede lucir te lo regalamos las dos.

—Acéptalo, no se enfade mi madre,—le dijo Pelegrí.

—¡Y Carmela, que sería peor!—exclamó la propia baldada.

—Póntelo, guárdalo y sé mujer de bien como lo ha sido con este viejo, la santa mujer que lo ha llevado desde que se lo ofrecí el día de nuestra boda,—agregó el tío Chenovés. Y fué tiernísima la escena que siguió entre aquellos seres, sanos de corazón y orgullosos de su honradez, que lo daban todo á cambio de un poco de amor.

Tona, antes de salir, llevando ya puesta la mantilla de boda, se acercó á besar á la infeliz tullida; ésta gritó:

—¡Dios mío, qué guapa está! ¡Si me parece la Virgen del Carmen...!—Y se arrasaron sus ojos. Entró Pelegrí algo impaciente, tan majo, que Tona quedóse mirándole sonriendo y con los ojos entornados para contemplar mejor á mozo tan gallardo. Carmela volvió á exclamar:

—¡Pillo... y qué chica te llevas! ¡Miren, miren qué pareja!—y se quedó llorando la pobre porque no podía ir á verlos casar.

El tío Huiso, dijo en la «tenda», que antes de entrar en la iglesia, rescataría á su hija con el trabuco... Pelegrí le envió á decir que no probara á hacerlo porque no se la dejaría quitar, así tuviera que matarle á él, si él era quien salía á robársela. La gente de la huerta se alarmó, pero el tío Marianot tranquilizó á todos y tomó las precauciones que creyó necesarias. Hubo quien le aconsejó que se casaran los novios de noche, de prisa y corriendo, para evitar un día de luto á la huerta y la faena de recoger alguna *taleca* á Vaoro, el alguacil; pero el

tío Marianot no se dió á partido. Comprendió que Cameña quería evitar que la boda fuera sonada para que su bochorno fuera menor... y de día, apenas el sol apareció por encima del caserío del Cabañal, salieron los novios de la alquería seguidos de una numerosa y endomingada comitiva. Camino de Algirós arriba, llegaron á Valencia, y en la parroquia de Santo Tomás se bendijo la unión. Salieron los novios del templo radiantes de gozo porque tocaban con sus manos la dicha soñada durante tantos años de sufrimientos y cruzaron la huerta otra vez sin que les ocurriera nada ni nadie turbara su alegría. Vaoro, respiró...

—Ya sabía yo que ocurriría así—dijo Chenovés. —¡Conozco á mi consuegro y á Marianet!

A la entrada del camino de Algirós les esperaban varias jacas enjaezadas al estilo del país, llevando cubiertas las monturas con ricas mantas listadas de verde y carmesí con caireles de vivos colores; adornadas las cabezadas con flecos y madroños; trenzada y adornada la cola con cintas de roja seda... La jaca de Pelegrí era la más lujosa.... Subió á ella de un salto, empuñó las riendas y esperó sonriendo. Su padre hincó una rodilla en tierra; puso en ella Tona su pequeño pie, calzado con zapato de raso blanco muy descotado, y ayudada por el novio, que le tendía los brazos, subió á la grupa, entre los aplausos y vítores de la gente joven. Acomodó los pliegues de su falda de seda brochada de oro, con guirnal-

das de flores tejidas sobre fondo claro; ciñó con su brazo la cintura del jinete y con acento picaresco dijo, golpeando con el talón el anca de la engalanada cabalgadura:

—¡Arre, aca! — Otro aplauso siguió á aquel arranque humorístico de Tona y todos la siguieron. Unos montados, llevando en la grupa á la novia ó á su mujer; otros á pie. Las mozas que acompañaban á los novios semejaban un coro de reinas con sus altas peinetas doradas y sus trajes de seda. Los hombres de pró llevaban sobre los hombros largas capas azules ó negras y trajes de seda negros también, lo cual comunicaba extremada severidad á la fiesta. Unicamente los jóvenes vestían trajes claros, de seda color lila, verde ó amarillo.

Pelegrí traía sobre la cabeza ancho sombrero cubriendo la redecilla de seda en la que recogía sus rizados cabellos. Corta chupa de seda, ceñida al cuerpo modelaba sus formas esbeltas; el chaleco de seda bordado, bastante abierto, con labrados y colgantes botones de plata, dejaba ver su blanca y fina camisa cuyos broches eran moneditas de oro. Amplia faja de seda ceñía su cintura, y sujetaba sus medias con vistosas ligas de colgantes flecos.

La novia vestía corpiño de seda muy ajustado, con bocamangas dobladas y abrochadas sobre la muñeca. Un pañuelo de lienzo finísimo, recamado de oro, cubría su alto seno sobre el que lucía una

hermosa placa dorada cuajada de esmeraldas, sostenida con cintas de color de rosa que caían sobre su espalda formando lazada de largas caídas. Las grandes arracadas de esmeraldas que pendían de sus orejas eran del mismo dibujo y estilo, que la placa del pecho. El amplio rodete, formado por menudas trenzas, lo sujetaba con doradas agujas de redondas cabezas sembradas de chispeantes piedras. Sobre él, como una corona de reina ó diadema de diosa, la alta peineta brillaba con dorados reflejos que le arrancaba un sol primaveral que alumbraba tanta dicha, tanto amor y riqueza. Y sobre las sienes, encuadrando su rostro divino, rolladas trenzas *(caragols)* de pelo castaño, sostenidas por horquillas de oro. Todas aquellas joyas y galas eran el «novial» de la tía Rosa que vació el arca, donde las guardaba desde su boda, para dárselas á su nuera; el collar de perlas «de tres vueltas», que rodeaba su robusta garganta, regalo de Carmela, fué lo único que consintió que se pusiera además de sus alhajas.

Precedía á la comitiva el *tabalet y donsayna* que atronaban los oídos de los pacíficos campesinos que salían al camino. Habían sido padrinos los dos viejos y echaron aquel día «el resto». Llegaron y bajo el emparrado colocaron grandes mesas donde sirvieron el clásico refrigerio, compuesto de chocolate con bizcochos, dulces y confites. Para las mujeres, agua fresca con azucarillo; para los hombres, anisado y mistela. La novia tuvo un rasgo de ingeniosa

piedad: con la mantilla puesta aún se sentó á la cabecera de la cama de la baldada y le sirvió, con sus manos pequeñas y regordetas, el primer chocolate y los primeros dulces que sacaron á la mesa. Los abuelos, sus hijas y todos cuantos vieron aquello, pensaron lo mismo: «Tona no era Cameña, porque éstos no tenían corazón». Pelegrí no pudo contenerse y delante de sus padres dió el primer beso á su mujer, besando aquellas manos que bendecía Carmela. A medio día se sirvieron varias «paellas» á los convidados; á esta segunda comilona sólo asistieron los parientes y amigos más allegados, y aun así eran más de cien personas. Los extraños se habían ido ya con los bolsillos y el seno repletos de dulces y confites. Nunca se había visto en la huerta una boda semejante...; y duró tanto su famoso recuerdo como duró la vida de quienes asistieron á ella. Por la tarde hubo gran *guitarrá*, baile al modo del país y se cantó en todos los estilos. Desde el novio hasta el tío Mariano todos lanzaron al viento su copla. Acudió lo mejor de la huerta y duró la fiesta hasta bien entrada la noche, disolviendo la reunión una grande y estrepitosa «traca» que dió la vuelta á toda la alquería y fué sorpresa dispuesta por el tío Marianot á quien embriagaba aún el olor de la pólvora. A los invitados les dolía irse de aquella casa, donde tan espléndidamente se les obsequiaba y cuyos dueños les retenían ofreciendo alguna cosilla sabrosa á las mozas, «bebida» á los hombres...

Pelegrí y Tona eran ya marido y mujer... Ya no faltaba nada en la huerta... Ya era completa la armonía en el Universo...

III

El odio entre los Chenovés y los Cameña no amenguó al enlazarse por segunda vez ambas familias: continuó latente, pero grande é intenso, como odian en la huerta. La boda de Pelegrí, por lo mismo que fué sonada y fastuosa, fué una gran vergüenza para el avaro Huiso Cameña. El desprecio que éste hizo á Marianot cuando fué á pedirle á Tona, lo tenía Chenovés agarrado en el corazón desde donde subía á su rostro una oleada de sangre que nublaba sus ojos, cuando recordaba la escena. La felicidad de su hijo le compensaba de aquella afrenta y procuraba olvidarla.

Por las noches se reunían alrededor de la cama de Carmela, la infeliz y lenguaraz tullida y allí se hablaba de las faenas del día, de las cosechas futuras, del tiempo; algunas veces rodaba la conversación á la historia de la familia Chenovés y el tío Marianot, á instancias de su hijo, refería sus hazañas de antaño, acabando siempre doliéndose sinceramente de su enemistad con los Cameñas originada, según él, porque una madrugada encontró Vaoro, su alguacil, «una taleca» cerca de

casa del tío Huiso y se la achacaban á él. «Es verdad, decía el tío Marianot,—que el muerto, que era un primo del tío Huiso, y yo, habíamos tenido una cuestión sobre el turno para regar... pero no le guardaba rencor por ello. A él lo mataron—gruñía siniestramente mirando al rincón donde se empolvaba su trabuco,—porque se afrancesó y se hacía pagar los soplos. Y como en la huerta no queríamos traidores, lo quitamos de en medio.» Pelegrí, que tenía su mismo carácter, aludiendo á las luchas apasionadas que dividían á los españoles, allá por los años de 1823 y 1824, en dos castas: *blancos y negros,* luchas que también repercutieron en la vega valenciana, le preguntaba:

—Padre ¿habrá necesidad de descolgar eso?—y señalaba al viejo trabuco. El viejo, después de menear tristemente la cabeza con movimiento negativo, decía, enardeciéndose de pronto al calor de antiguos recuerdos.

—¡Si vuelven los franceses, sí! Mientras tanto ahí estará... ocurra lo que ocurra. Esa arma sólo ha derribado «gabachos» y traidores... Como aquéllos no volverán, la guardo para defensa de la alquería,—y miraba á todos como protegiéndoles con su mirada.

Tona se lamentaba de aquella rivalidad que la privaba del cariño de sus padres; ya que tan feliz era, sólo aquel amor le faltaba. Y decía, mirando á Pelegrí de un modo especial, que él solo sabía lo que significaba, «que si Dios le daba hijos,—

y el rubor encendía sus mejillas,—daría gustosa la vida á trueque de no verlos separados por el odio». Tona era un alma sencilla: tierna y cariñosa, creía que todo se debía hacer por amor antes que por deber ó por obligación. Como no sintió nunca odio por nadie, no se explicaba qué pasiones eran aquellas que separaban á las gentes, convirtiendo en mortales enemigos á padres, hijos y hermanos... No comprendía, por ejemplo, que á un sér tan bueno y generoso como su Pelegrí... y tan guapo mozo, le odiase alguien. ¡Ella que para evitarle desazones y celos, esperaba á que se durmiera para dar salida á las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, cuando meditaba acerca de lo ocurrido en su boda!

Cuando sus cuñadas dijeron que una de ellas se llevaría á Carmela, porque ya su madre no estaba para llevar tan pesada carga y Tona no había de atender á todo ni podía, dado su estado,—estaba en cinta de pocos meses y más guapa que nunca,—Tona se opuso; pidió ayuda á su marido para que no consintiera en que se llevasen á la baldadita y dijo que era carga que la reclamaba para sí porque era muy grata.—«Carmela es el alma de la alquería y si os la lleváis ¿qué nos dejáis á nosotros y á los pobres viejos?» —Hubo largo debate entre ella y sus cuñadas y terminó asegurando que el mayor agravio que podían inferirle era llevarse á Carmela. Aunque Pelegrí y su madre estaban de su parte, esperaron á que decidiera el tío Marianot,

quien al enterarse del litigio, lo resolvió declarando:

—Tona tiene razón. Carmela no debe salir de aquí, ni aun después de morir nosotros. Esta es su casa y no puede estar mejor en otra parte...

Cuando estuvieron solas las dos cuñadas, Carmela llamó á Tona, ésta se inclinó sobre la cama y oyó que Carmela le decía con la voz entrecortada por los gemidos é inundado el rostro de lágrimas:

—¡Yo no quiero salir de aquí!... ¡Yo me moriría fuera de la alquería!... Si dejara de ver estas paredes, esa puerta, el emparrado y el pedazo de huerto que yo cuidaba, me consumiría la pena... ¡Yo quiero estar aquí cuando nazcan los hijos del Rull... quiero oir su llanto y su risa!... ¿No me desampararás, Tona? ¿No te pesará esta pobre baldada cuando mueran mis padres y tengas hijos y todo pese sobre tí?—Tona no pudo contestar... ni hacía falta su contestación. Carmela leyó la más hermosa y sincera promesa en sus ojos, en la dulce expresión de su rostro, en sus tibias lágrimas y en el apretado abrazo con que la acarició largo rato. Y ella fué su enfermera; ella le daba de comer; le cambiaba las ropas del lecho; hacía labor á su lado; charlaba con ella... y todos notaron que Carmela comía con más apetito y estaba más contenta que nunca lo estuvo. En el verano, sacaban la cama á la entrada misma de la alquería y allí las sorprendía Pelegrí, al regresar del campo, riendo y char-

lando alegremente. Entonces decía á su mujer en tono de broma:

—¿Sabes que voy teniendo celos de mi hermana? ¡Siempre juntas, siempre tenéis que deciros algo... ¡Si te pierdes que te busquen ahí... Me voy á quejar al abuelo...

—¡Calla, tunante!—decía Carmela.—¿Celos de mí? ¡Cómo sabes tú que eso no puede ser! ¡Si no hablamos más que de tí y de...

—¡Calla, Carmela!—exclamaba roja como una cereza su cuñada... y se reían todos conociendo por qué se avergonzaba Tona.

A Carmela la visitaba mucha gente del pueblo y de la huerta. Todos le traían algo: alguna golosina ó bien algún cirio ó candelilla encintada para alumbrar una imagen de la Virgen del Carmen que, encerrada en una urna, tenía á los pies de la cama. Tona la dejaba entonces y corría á cuidar el puchero, á repasar la ropa, á adelantar alguna faena ó hacía alguna escapada al campo donde Pelegrí y su padre estaban disponiendo los viveros ó arando la tierra. Con pretexto de preguntarles si querían ó no comer temprano, veía á su marido y volvía contenta á dar conversación á Carmela.

El nacimiento de una niña apretó más aquellos lazos, fundiendo todas las almas en una sola el poderoso fuego del amor. A los abuelos les caía la baba cuando tenían á su nieta en brazos; Pelegrí y Tona parecía que habían perdido el juicio; hasta Carmela estaba loca, volada con su sobrina. Fue-

ron padrinos los abuelos, y como cariñoso tributo á la desgracia de su hija dieron su nombre á la recién nacida. Carmela no podía oirla llorar y reñía á Tona si ésta, atareada siempre, no se daba prisa á abrir su corpiño y dar á aquella caprichosilla su pecho ubérrimo, blanco y sonrosado..

—¿Aun no le das el pecho á ese ángel? ¡Sí, no corras... y mi chiquilla muriéndose de hambre! ¿Vienes, condenada? ¡Si yo pudiera levantarme!—Tona reía oyéndola y gozaba contemplando cuán querida por todos era la hija de sus entrañas. Pelegrí entraba siempre preguntando por Carmeleta, —que se parecía á él muchísimo más que á su madre,—y la paseaba en brazos por bajo del emparrado mientras su mujer disponía la comida y la mesa. La llamaba «mi rulla» porque tenía, como él, el pelo crespo é indistintamente la llamaron por su nombre ó con aquella palabra que en sus labios era el más cariñoso encomio que le hacían.

La abuela estaba siempre revolviendo el arca, de la cual sacaba alguna pieza de finísima batista ú otras telas, encajes y cintas que le daba á su nuera, diciéndole:

—Toma; arréglale de aquí otro vestidito... Quiero que vaya tan limpia y aseada como yo he llevado á mis hijos.—Si se dormía la niña en brazos del abuelo alguna vez, la sostenía cuidadosamente con sus manos groseras y rugosas y no consentía que aleteara una mosca, sufriendo resignado el horri-

ble tormento de no poder fumar durante algunos minutos.

Tona participó á sus padres la nueva del nacimiento de su hija. Éstos contestaron secamente al mensajero, que quedaban enterados y le volvieron la espalda. Tona, que había visto como las hermanas de Pelegrí se habían apresurado á visitarla, trayendo todas un regalo para el bautizo de su hija, sintió inmensa pena ante desaire tan cruel; pena que se agravó al pasar los días sin que nadie de su familia fuera á verla ni enviara á preguntar por su salud y por su hija.

—No te aflijas—le dijeron los padres de Pelegrí. —Si la chiquilla no tiene más abuelos que nosotros, tampoco necesita más. Nosotros nos sobramos para que nunca le falte nada.—Y cuando tres años más tarde, Tona tuvo otra hija, volvió á enviar la nueva á sus padres y volvió á sufrir el mismo agravio. Esta vez la visitaron dos hermanas suyas, casadas después que ella y á quienes tampoco dotó el tío Huiso Cameña, alegando que «no le venían de cara aquellos casamientos, porque si el novio... si su familia...» ¡Era un ingenioso sistema para no tocar sus escondidas onzas! Tona supo, por sus hermanas, cosas que hubiera preferido ignorar. Su padre era cada día más avaro é intratable. Marianet, no trabajaba nunca y dejaba la hacienda en manos de jornaleros; y como el tío Huiso se pasaba el día en la iglesia, aquella casa iba de mal en peor. Su pobre madre sufría bastante. «No vi-

viré mucho»,—decía. Últimamente averiguaron que en Marianet reverdecían antiguas mañas y jugaba hasta en las sacristías con el *Estudiant* y otros compinches.

Ocurrió la muerte de la madre de Tona criando aún ésta á su segunda hija y fué allá con su marido. Y si no fueron mal recibidos, tampoco lo fueron muy bien. Pero se retiraron cuando cumplieron como buenos cristianos y buenos hijos, con el deber de consolar al triste y dar tierra á los muertos. Años después, rendido á la fatiga de una vida de trabajo jamás interrumpido, murió el tío Mariano Chenovés, dejando en la alquería un vacío que no se llenó nunca... y ni un solo Cameña fué á consolar á los Chenovés. Marianet acudió al entierro; pero ni entró en su casa ni volvió después de enterrado su padre á consolar á la triste viuda. Cayó á su vez el tío Huiso y fué Tona con sus dos pequeñas y Pelegrí á besar el cadáver del abuelo, á rezar por su alma y á juntar sus lágrimas con las de sus hermanos. Y volvieron los Cameñas á mostrarse ruines y vengativos, cuando sobrevino algún tiempo después, la muerte de la tía Rosa, la viuda de Chenovés; no pareciendo ninguno por la alquería, excepto Mariano que fué á acompañar el ataúd que guardaba á la que fué su madre hasta el cementerio, desde donde se fué á su casa.

A aquellas dos familias no las juntó el dolor ni la muerte; y prosiguió la lucha entre ellos sorda

y enconada, manifestándose con cualquier motivo y en toda ocasión.

La alquería de Chenovés, regida por Pelegrí y Tona, continuaba su marcha próspera; cada dos ó tres años adquirían algunas hanegadas de las que llevaban en arrendamiento, encontrándose andando el tiempo que trabajaba Pelegrí más tierra propia que arrendada. Únicamente enturbiaba su dicha, el deseo no satisfecho, de tener un hijo varón que le sucediera á él en el gobierno de la alquería como él sucedió á su padre. Tona, que no había perdido la esperanza de ver realizado aquel sueño, le decía en sus momentos de íntimas confidencias:

—...Y si no nos da Dios un hijo, otro Pelegrí, ¿acaso no encontrarán nuestras hijas dos hombres de bien? Ya sabes tú que no es difícil eso...—y le miraba embelesada. Arrullados por estas ilusiones, redoblaban sus esfuerzos para acrecentar sus bienes, porque «si la riqueza no es la felicidad, ayuda mucho á conseguirla», decían... ¿Se equivocaban?

IV

Crecían las dos chiquillas y conforme iban acentuándose en ellas las formas de la mujer, iba siendo más espléndida su hermosura y, como decían las gentes, «cada día estaban más guapas las chi-

cas de Chenovés». Carmela, la mayor, parecíase mucho á su padre; en su rostro se copiaban las líneas enérgicas del de Pelegrí, pero dulcificadas, embellecidas. Llevaba el pelo partido en bandas hacia los lados y recogido el de atrás en un gran rodete, como era costumbre en la huerta, y sobre las sienes los rollados *caragols;* y como lo tenía crespo como su padre, todos la apellidaban cariñosamente *la Rulla.* Era alta y esbelta, bien proporcionada; su tipo más se acercaba al clásico griego que al oriental, mórbido é incitante.

Huisa, su hermana, era un poco más bajita y regordeta que Carmela y su cara era una armónica mezcla de los rasgos más característicos de los de Pelegrí y Tona. Tenía la nariz recta de él y su misma boca; en cambio era blanca y sonrosada como su madre, y sus formas, como en ésta, exuberantes, pero admirablemente proporcionadas. Tal vez Carmela envidiaba el cuerpo espléndido y voluptuoso de su hermana, porque ignoraba que ella poseía el tipo de la perfecta é ideal belleza.

Sus almas también eran distintas. Huisa, cariñosa é ingenua, no podía resistir una «mala mirada» de nadie. La ahogába la angustia mientras ignoraba por qué sus padres ó su hermana la miraban con enojo... Lloraba al primer barrunto de reprensión ó riña; apenas había acabado su madre de corregirla ya estaba buscándola con la vista, se acercaba á ella, agarrábase á sus faldas y con encantador ceño, le decía:

—¿Por qué me has reñido, madre? ¿Por qué has tenido ganas de reñirme?—Y al primer beso de la tía Tona, ya la tenía colgada al cuello, besuqueándola y murmurando á su oído:

—¿No me quieres? ¿Me quieres mucho ó poquito? ¿Más que á todos?...—Y á la respuesta de su madre, añadía:

—¡Yo también!... ¡yo mucho... muchísimo!

Si llegaba algún pobre á la puerta de la alquería se enfadaba si no le daban á ella el ochavo; y después de dejar caer la moneda con su mano, blanca y llena de hoyitos, en la rugosa del mendigo, reia y brillaban sus ojos de contento; parecía comprender la belleza de la acción que ejecutaba. Un día la sorprendieron sentada en el suelo quitándose los zapatos. Al preguntarle qué hacía, contestó que iba á dárselos á una mendiga que llevaba un niño descalzo y roto; estaban allí cerca, en la orilla del camino, comiendo. Decía su madre que cuando ocurrió esto, tenía Huisa dos ó tres años. Partía su merienda con quien se la pedía, y algún goloso granujilla de la vecindad sabía sacar partido del buen corazón de Huisa y de su ingenuidad.

Carmela era también de buena condición; pero no tan comunicativa y cariñosa como su hermana. Desde muy pequeña mostraba una seriedad tan impropia de sus pocos años, que parecía falsa ó afectada. No era seca de corazón ni adusta; pero si no le pedían un beso, no lo daba; y si la reñían, su enojo tardaba á disiparse. Se acordaba de las ofen-

sas y las arrojaba al rostro del ofensor cuando éste menos lo esperaba. Había días que era preciso tirarle de la lengua ó «pegarle al codo»,—como decía Huisa,—para sacarle media palabra. Pocas veces reía y si su madre ó su hermana le preguntaban si estaba ofendida ó triste, respondía que no; y replicaba si insistían:

—¡Dejadme! ¿He de estar siempre riendo como una loca? Cada cual es como Dios le ha hecho...—

Y no le estaba mal aquella seriedad que se acercaba tanto á la altivez que casi era ella misma. Era hermosa como una diosa ofendida que sabe que es diosa y vale más que los mortales que la rodean... Quería á sus padres y á Huisa con querer hondo; pero lo manifestaba á su modo. «No le nacía del corazón hacer mimos, prodigar efusivas manifestaciones de cariño... ¿Para qué? El querer estaba dentro y bien estaba en lo recóndito é íntimo del alma... Si era menester ya saldría; no con transportes de júbilo; con actos, con acciones nobles que valen más que las palabras»...

Cuando miraba á alguien entornaba un poco los ojos, sin duda para ver mejor sin que nadie viera en los suyos. Y entonces, cuando la sombra de sus largas pestañas caía sobre sus ojos y erguía involuntariamente un poco la cabeza, entonces era cuando estaba verdaderamente hermosa aquella niña, de quien sus padres decían, viéndola dejar los juegos prematuramente por las labores, que era «una mujercita», y lo era verdaderamente. El tío Pele-

grí, que gustaba de mirarla cuando ella no lo notaba, decía á su mujer, orgulloso y ufano, que sólo un hombre de corazón que supiera leer á través de los ojos de Carmela podría traslucir el temple de su alma.

Cerca de la alquería, á pocos pasos de ella yendo hacia Valencia y á la orilla misma del camino de Algirós, estaba *la fonteta de San Visent*, en el centro de una ancha plazoleta sombreada por copudos álamos y erguidos chopos. Unos bancos de piedra circuían la balsa adonde vertían cuatro gruesos caños el agua de la fuente y el pequeño edificio que guardaba el manantial. Sobre una de las cuatro paredes de aquella especie de templete había un nicho, protegido por una reja, y en el fondo de él, en unos antiguos y no mal pintados azulejos, aparecía la imagen del santo protector de la renombrada fuente. Allí salían las chicuelas y muchachos del contorno á ofrecer agua fresca y cristalina en jarros de búcaro á los señores que iban á pie ó en carruaje al Cabañal. Ellos, en pago, les daban alguna monedilla, que ellas guardaban para ayuda de la fiesta del santo. Huisa salía también con sus amigas y como á todos hacía gracia su donaire y belleza y transitaba por allí mucha gente, pues no había otro camino directo de Valencia al Cabañal y Cañamelar, recogían algunos puñados de cuartos aquellos diablillos con faldas. Carmela nunca salió con su jarro á la fuente para ofrecerlo á nadie y mentalmente reprobaba que su hermana saliera...

El día de San Vicente Ferrer aquel lugar se convertía de apacible y ameno en bullicioso y alborotado. Engalanábase el nicho; cubríanse con banderolas y gallardetes los árboles, cuyos troncos unían vistosas colgaduras. Acudían las gentes de aquellas cercanías vistiendo sus pintorescos trajes á visitar al Santo; por la tarde cantaban gozos y cuanto se les antojaba en honor de la milagrosa imagen, y terminaba aquella especie de fiesta religiosa con una salve que entonaban hombres y mujeres jóvenes y ancianos á la Virgen de los Desamparados. Era un gran día aquél para la huerta. La tía Tona daba limosna á todos los pobres que acudían al rumor de la fiesta, colocándose en dos filas por donde habían de pasar necesariamente los concurrentes. La alquería de Chenovés era la más cercana á la fuente y la familia del tío Pelegrí se consideraba como patrocinadora de la fiesta... Agotaban la provisión de tortas finas, rollos y otras pastas que tenían dispuestas en abundancia los allegados y parientes «que venían á honrarles» y la mistela del tío Pelegrí sufría una merma considerable. Por la noche había *cantá de segos y coloquis*... Era memorable aquella fiesta y los que asistían á ella, como en romería hasta, de los pueblecillos más lejanos, prometían volver al año siguiente.

Quienes no faltaban nunca eran las hermanas de Pelegrí, Peransa y Visanteta con sus maridos y sus hijos. La primera, casada con Toni Albors, tenía dos hijos, Tonet y Rafel. El mayor miraba y calla-

ba, formal como un hombre. Sus padres decían que parecía nacido para Carmela: nunca habían visto semejanza igual. Tonet, avergonzado, íbase fuera porque ¡quién sabe si le adivinaban los pensamientos y le dolía que antes de hora los desflorasen! Carmela escuchaba aquellos juicios serena é inconmovible y seguía su faena como si nada hubiera oído. En cambio Huisa y su primo Rafel y las hijas de su tía Visanteta enredaban fuera y dentro, pedían merienda á toda hora, lo husmeaban todo y de todo hacían burla. Remedaban á las mozas que cantaban la salve; á los dulzaineros, al *coloquiero* que recitaba los picarescos diálogos que ellos no entendían... Carmela se enfadaba, les despedía y ponía siempre cara hosca á su primo Rafel que lo desbarataba todo por afán natural en él de no dejar las cosas como las encontraba.

La Rulla veía con complacencia que Tonet era más amigo de «hombrear» entre los viejos que de jugar y corretear con los chicos. En cambio, aquel salado granujilla de Rafel la irritaba y lo que á todos parecía una graciosa diablura. del rapaz, ella lo diputaba por grosera travesura. La verdad era que aquel chico «parecía recortado de una tira de la piel de Barrabás», como decía su tía la baldada. Era guapo; sus ojos hablaban y su lengua encantaba á grandes y chicos. Tenía afición á cantar y sus compañeros complacíanse, cuando aun era un niño, en escuchar su voz fina y bien timbrada cuando entonaba una copla con singular

estilo. Menos aficionado que su hermano al trabajo, cuando Tonet ya tenía callos en las manos, aun corría Rafelet de ceca en meca, jugaba al marro y buscaba nidos. En punto á diabluras no se le ocurría al demonio lo que á él... Se criaba más fino y delicado que Tonet y su madre dilataba cuanto podía el momento de «ponerle al potro», al trabajo. «Tiempo habría». Mimado con exceso porque dos veces le tuvieron enfermo gravemente, no hacía caso de las correcciones de su padre ni de los amorosos consejos de Peransa, su madre. Comía donde se le antojaba y dormía donde se le hacía de noche... Dióles un susto mayúsculo una vez que estuvo perdido durante tres días. Cuando volvió á casa, dió por toda explicación que había ido con unos «amigachos suyos» á las fiestas del Cristo de Meliana. No se pudo averiguar ni dónde durmió ni quién le dió de comer... Para él no había nada difícil... y lo probaba andando: convirtiendo en realidad todo cuanto imaginaba su antojadiza cabeza. Iba más por la alquería que su hermano, y allí se estaba hasta que lo despedían con malos modos; pues alborotaba la pacífica casa con sus juegos diabólicos. Huisa le quería mucho y siempre tenía razones para disculparle cuando le reñían y acusaban.

No podía ver que Carmela hiciera burla de él ó se complaciera en humillarle por cualquier motivo; y se enfadaba con la Rulla porque ésta, las pocas veces que jugó con ellos, fué para tra-

mar algún juego peligroso, tal cual aventura arriesgada en la que su primo era el héroe forzado... y vapuleado á la postre. Y aquel chiquillo listo, vivo y burlón parecía temer á Carmela ó estar sugestionado por ella, pues apenas le mandaba subir á los árboles á cogerles fruta no sazonada aún, saltar un cercado ajeno para traerles flores—cuando calculaba aquella extraña criatura que el amo estaba cerca,—ya estaba Rafel arriba del peral ó dentro del cercado, dejándose allí las uñas y jirones de ropa... Caído en la trampa que le preparaba su prima, rabiaba y pateaba, jurando y maldiciéndola. Huisa la reñía... pero Carmela palmoteaba extremando sus burlas. Si salía airoso de su empresa, aplaudían todos la hazaña, menos la Rulla que se alejaba sin mirarle, comiendo pausadamente la azucarada fruta que él robó para ella. No estaba contenta sino cuando daba alguna caída su primo y se lastimaba ó le cogían en flagrante delito de hurto: entonces ella era la primera,—tal vez la única,—que reía al ver la cara compungida del delincuente... Algunas veces llevaba su odio,—odio debía de ser,—al pobre muchacho hasta el extremo de acusarle ante su padre de las diabluras que ella le inducía á cometer y gozaba viendo como el tío Toni Albors ataba á Rafel al tronco de la añosa parra que daba sombra á su barraca, donde le propinaba una soberana y ejemplar tunda. Y la Rulla entraba en la alquería y como quien no dice nada:

—¡Ya está Rafel atado á la parra!—exclamaba triunfante. Si Huisa lo oía, corría á la barraca de sus tíos á interceder por él y con lamentos y palabras sentidas pedía su libertad. Toni se ablandaba más por las súplicas de su linda sobrina,—de la que era padrino,—que por las trapaceras retahilas y falsas promesas de su hijo; pero le soltaba. Éste miraba siempre con horror aquel rugoso y retorcido tronco, que á sus ojos era el símbolo de la tiranía y una constante amenaza á su espíritu inquieto y aventurero... Su alma ansiaba vencer cosas imposibles para los demás; se enamoraba de lo difícil é inasequible y era su mayor contento allanarlo, vencerlo, lograrlo. Carmela, que era un poco mayor que él y con la inteligencia más despierta, lo sabía; leíalo en sus ojos, lo veía en sus acciones... y siempre quedaba aquel simpático granujilla vencido y chasqueado por ella. «¡Oh! Carmela sí que era lo imposible de vencer nunca!» pensaba él... y una chispa de odio relampagueaba en los obscuros senos de su conciencia. «Él era malo y travieso... pero confiado y noble, apasionado, generoso... Por eso le burlaba siempre su prima... ¿Será el alma de la Rulla como ese tronco donde me atan, retorcido, negro, rugoso...?»—Y como no le contestaba su conciencia ni Huisa le daba razón de cómo era el alma de su hermana, se apartaba de ella... para volver á acercársele, intentando leer en sus ojos lo que ella guardaba de toda mirada. Por esto decían sus padres que parecían nacidos Tonet y Carmela

el uno para el otro y también Huisa y Rafel; pues «ni con candil se encontrarían muchachos que congeniaran más y mejor».

Llegó un día en que Carmela ya no jugó con ellos; la niña era una mujer que atendía á las faenas de la casa y ayudaba á su madre con desembarazo y soltura. Poco tiempo después Huisa tuvo que hacer lo mismo. Rafel, aunque de mala gana, hubo de arrimar el hombro á la faena, coger la hoz y la azada y guiar los carros. Sus juegos y la vida de camaradas que llevaban se interrumpió; pero de cuándo en cuándo, especialmente los días de fiesta, Rafel iba á la alquería y estaba un rato de palique con sus primas. Huisa se alegraba al verle, gozaba oyéndole contar sus calaveradas y noviazgos y reía cuando le explicaba la facilidad con que tomaba y dejaba á sus novias. Sin cuidarse de ocultar lo que pasaba en su alma candorosa, le decía á su primo:

—¡No has de tener suerte con las mujeres... si eres tan truhán... y sabes engañarlas tan bien!—Y haciendo un gesto de enojo, añadía en voz baja:

—Pero eso no está bien... sobre todo con quien te quiera de veras. Yo,—y le miraba ruborosa y encogida—sentiría que el hombre á quien quisiera fuera así... como tú. Tan tunante... tan informal.

—No sé cómo crees todo lo que cuenta este embustero. Más de la mitad de lo que dice es mentira y la otra mitad, hay que ponerla «en cuarentena». No tropieza más que con tontas... Así serán

ellas cuando se dejan embaucar por él.—Y Carmela, después de subrayar estas palabras, con cierto tonillo agresivo é impertinente, se iba sin mirarle. A Rafel le llegaba el insulto al corazón, y como si fuera un cuchillo frío y sutil, se le clavaba en él, sintiendo que le llegaba hasta muy adentro su aguda punta...

Un día hubo novedades en la alquería, gratas y grandes. Se presentó Toni Albors «pidiendo audiencia», como él decía, entre serio y socarrón.—«Venía como embajador de su hijo».—Todos le escucharon atentamente y mucho más Carmela y Huisa.—«Sí; de su hijo Tonet».—Desilusión y abatimiento en Huisa. Orgullo en Carmela.—«Había puesto los ojos en una de las chicas y antes de hablarle pedía á sus padres la venia para hacerlo. No quería noviazgos pasajeros ni largos... Lo tenía muy bien pensado; era cosa decidida de mucho tiempo atrás... y si la chica aceptaba, la boda era cosa hecha».

El tío Pelegrí y su mujer quedaron mirándose. No esperaban aquella embajada... tan pronto; pero se consultaron con una mirada y aquellos dos seres que tan unidos estuvieron siempre, no necesitaron más para ponerse de acuerdo. El tío Pelegrí respondió «que por el parentesco y la amistad que les unía á Albors accedían á que Tonet se dirigiese á su hija con toda libertad y se considerarían muy honrados si Tonet entraba en su familia. Ellos no influirían para violentar ni torcer la voluntad de

su hija... ella decidiría. Cuanto más amigos más claros. Podía, pues, venir Tonet». Sólo agregó la tía Tona:

—¿Y... cuál de las dos?

—Carmela,—respondió con firmeza Albors.

Tonet fué una noche á la alquería y habló con los abuelos y con la Rulla. Ésta le dijo que agradecía mucho que hubiera pensado en ella; pero que le había sorprendido su petición. «Francamente—declaró,—no la esperaba. Necesitaba pensarlo... pues ella acostumbrada á tratarle como primo... Le contestaría pronto: el domingo. No debía extrañar que se tomara algún tiempo, pues él también lo había pensade antes de decidirse. Su respuesta sería franca y leal...»

Carmela meditó mucho; pasó en claro algunas noches y consultó á su madre y á su hermana, ella tan poco comunicativa y habladora. Le costaba decidirse. ¿Temía equivocarse? Lo cierto era que por primera vez en su vida, demostraba que algo turbaba su espíritu sereno y altivo y le quitaba el sueño. Llegó el domingo y Tonet Albors acudió con el corazón en un puño, esperando la vida ó la muerte de los labios de Carmela.

No titubeó la Rulla; con voz segura y firme dijo que aceptaba el ofrecimiento de Tonet porque le tenía por hombre cabal y de bien. «No le engañaría demostrándole sentimientos que no sentía aún, pero estaba segura de que su estimación se convertiría en algo más si Tonet llegaba á con-

vencerla de que estaba enamorado de ella...» Agradó la respuesta al joven... vinieron sus padres y como era costumbre, se trató de lo que él aportaría al matrimonio y la dote que los Chenovés darían á Carmela. Una condición impusieron éstos, que fué aceptada por los Albors: Carmela no saldría de la alquería; Tonet al casarse vendría á vivir á ella. No se dejó ningún cabo por atar, por lo mismo que eran parientes y les unía grande y sincera amistad. Y Tonet Albors fué el novio de la Rulla y, según voz pública, el sucesor del tío Pelegrí en la alquería.

Todas las noches, durante el verano bajo el emparrado, y en invierno al amor de la lumbre, los dos jóvenes se hacían confidencias íntimas y comunicábanse sus pensamientos. Tonet se entregaba: no ocultaba nada á Carmela. «Comenzó admirándola con temor y respeto; luego vió que aquello era amor. Él se dolía de ser torpe, de no poder expresar todo cuanto sentía; pero ya lo iría soltando y ella queriéndole, porque se convencería de que la adoraba. Le gustaba por bonita; por el genio que tenía, serio y casi adusto. Así le gustaba á él que fuera la que había de ser su mujer y madre de sus hijos». Carmela sonreía y contestaba que como él, quisiera ella que fueran los hombres: trabajador y juicioso, constante para amar y más amigo de obras que de vanas palabras».

Los dos viejos, sentados enfrente de ellos, daban gracias á Dios porque había cumplido en par-

te sus deseos, dando un hombre honrado á su hija... y recordando la historia de sus amores,—todo lo que padecieron por la enemistad de sus familias; la tentativa de casarla con el *Estudiant;* su salida de casa el tío Cameña, su boda famosa...—Se felicitaban de que por tan sencilla manera, sin disgustos, sin lucha, con el beneplácito de ambas familias, se casara su hija, sin derramar una lágrima, á gusto de todos; hasta de la baldada. Y volvían á dar gracias á Dios por tanto bien como les enviaba.

V

Huisa estaba contentísima. Se llenaba la boca alabando á su primo, poniéndole á las nubes, ensalzando sus condiciones de laboriosidad y honradez. «Era dichosa porque su hermana, que se merecía un príncipe, se llevaba el mejor mozo de la huerta». No ocultaba á nadie su alegría y la demostraba porque creía que todos debían participar de ella. Carmela la interrumpió un día diciéndole con tono imperativo, como si le mandara callar:

—¡Hija... no parece sino que eres tú quien está enamorada de Tonet!—Huisa al pronto no pudo articular palabra ni acudió una idea á su cerebro... Cuando pudo contestar balbuceó con los ojos empañados:

—¡Ay, Carmela... qué cosas me dices! No sé... no

sé cómo eres... Ya sabes tú que si estoy enamorada de algún hombre... ese no es Tonet,—y una oleada de rubor inundó su rostro, transfigurándole, embelleciéndole. Pasó aquella nube sin dejar rastro y Huisa olvidó el agravio que le infirió su hermana... «Tal vez Carmela tiene razón,—pensaba;—y una chica soltera debe ser muy prudente y no hablar con entusiasmo de ningún mozo aunque sea su primo y haya de ser hermano suyo... Pero como ella lo sentía así, así lo dijo sin creer que hubiera mal en ello»...

Rafel iba poco por la alquería y Huisa tímidamente se atrevía á preguntar alguna vez por él á Tonet, pues aunque se proponía tomar como ejemplo á su prudente hermana no podía conseguirlo. Su primo le contestaba que «era una mala cabeza y no se podía sacar partido de él. En cuanto acababa la faena se iba de música con otros mozos á cantar *albaes* á todas las muchachas de la huerta;» y lo decía riendo, ignorando el mal que causaba en aquel corazón sencillo. El día en que fueron los Albors á la alquería para concertar la boda de Tonet con la Rulla, hubo un momento de expansión y franca alegría... bajo el emparrado comieron tortas amasadas por Carmela y bebieron un vinillo que guardaba el tío Pelegrí para ocasiones semejantes. También Huisa preguntó á su primo por Rafel, pues éste no asistió á aquella fiesta de familia. Y terminó así su pregunta:

—¿También ahora está de música?

—No;—replicó Tonet.—Era preciso ir con el carro al secano á hacer unas labores que no se pueden dejar para mañana y allí está desde ayer... Había de ir él ó yo... y ya ves... yo no podía hoy...

—¡También podiáis haber esperado... Siempre dejáis para él los huesos...

Tonet sonrió con tristeza, pensando que tal vez no merecía tanta solicitud aquella cabeza ligera é inconstante. «¿Por qué si Carmela era feliz, no lo había de ser Huisa?» Y se propuso hacer algo de su parte para lograrlo.

Sólo de tarde en tarde aparecía por allí aquella «mala cabeza», como decía Tonet, pero siempre alegre y decidor, bromeando con Huisa y con su tía la baldada, á quien llamaba princesa hermosa, perla de la alquería, la persona á quien más quería del mundo»... y otras lindezas por el estilo que ponían de buen humor á la paralítica y le hacían soltar la lengua.

—¡Pillo, tunante!... ¿Soy lo que más quieres y aun no me has hecho música ni has cantado albaes en mi ventana?

—¡Pues es verdad, tía! Esta noche misma cantaremos aquí los más afamados cantadores de la huerta á la reina del mundo...

—¡No tanto, hombre... no tanto!

—Bueno... pues á la reina de la huerta...

—¡Algo menos, loco!

—¿No quiere? pues á la reina de esta casa.

—Esa es mi Carmela... yo no.

—Pues le cantaré á mi reina, que es usted, vaya, y eso no me lo borra nadie. Quedamos en que esta noche me oirá y en que me voy á lucir. Será sonada...—Y efectivamente: ni hubo música ni Rafel cantó aquella noche, allí al menos.

Carmela no hacía buena ni mala cara á su primo; pero si alguna chanza le dirigía éste, por sutil é ingeniosa que fuera, se ponía seria y con tono desabrido la contestaba clavándole en el corazón alguna frase dura y mortificante, que él afectaba no comprender y seguía bromeando alegremente. Pero en voz baja decía á Huisa:

—La Rulla ha perdido mucho desde que galantea. ¿No ves qué cara de juez? Parece que todo el mundo le deba ó que nadie tenga novio más que ella—y la remedaba si no lo veía.

—No hagas caso; es así. No le gustan las chanzas... pero no se enfada aunque lo parece. Y ella te estima... es que no congeniáis...—respondía Huisa en su afán de hacerlo todo bueno, como ella misma decía.

—¡Que me estima! ¡Ya lo creo!—exclamaba Rafel, soltando una estridente carcajada.—Más que á las niñas de sus ojos. Si con la mirada se pudiera matar... ya estaría yo soterrado hace tiempo...

—¡No digas eso... qué exagerado eres!

—Lo sé de cierto... desde que éramos pequeños me odia... no sé por qué;—é involuntariamente se acordaba de la parra, á la que le ataban por culpa de la Rulla.

—¡Jesús!—interrumpía Huisa.—Ella no odia á nadie. Es igual con todos...

—Y yo no hago memoria de haberle hecho ningún mal—seguía Rafel, y se quedó un momento callado y meditabundo. De pronto, como quien lanza afuera pensamientos lúgubres, se levantó y escapándosele un hondo y tenue suspiro, se puso otra vez á enredar y á animarlo todo con su charla viva é ingeniosa. Antes de irse aquella tarde y al despedirse de Huisa, que estaba lavando en la pila bajo el emparrado, bromeando con él y salpicándole con la espuma del jabón, dijo á la joven, mirándola como nunca lo había hecho:

—Si la Rulla cree que ella sola tiene novio... se equivoca... Tú vas á tener también...

—¿Yo?—Si el cielo se hubiera abierto mostrando la gloria á la pobre Huisa ó se desplomara aplastándola, hubiera sido igual para ella. Quedóse con las dos manos dentro del agua, apretando con sus húmedos dedos la ropa que lavaba y mirando á Rafel con el alma en los ojos... Su primo la miró ávidamente. Cubría su seno crujiente pañuelo de seda rameado, y se agitaba á impulsos de la zozobra que invadía su corazón... Tenía remangados sus brazos hasta más arriba del codo, donde se marcaban unos hoyuelos incitantes en la fresca y rosada piel. Ligeras y pequeñísimas gotitas de sudor cubrían su cuello mórbido y robusto, sus sienes y sus labios finos y temblorosos... Algunas gotas de agua salpicaban sus cabellos y una

de ellas, pequeña y cristalina, oscilaba en uno de sus párpados. El sol poniente, dándole de lleno, la inundaba de luz, alumbrando magníficamente tanta hermosura... ¿Qué pasó en el alma de Rafel?

«Es más blanca que Carmela... más mujer... Sus formas más exuberantes, más ricas, más tiernas. Aquella boca parece hecha para el agravio, para el desdén... Estos labios para besar, para murmurar amores... Aquel corazón es roca viva; éste... éste es un corazón... Huisa es más buena y más hermosa»...—Todo esto pasó por la imaginación del atolondrado mozo, quien ahora pensaba que pudo haber alguien que se le adelantara y cogiera aquel capullo antes de que él se diera cuenta de ello... ignorando que Huisa desdeñó á muchos galanes esperando ilusionada al que no venía...

Durante la primavera aquélla, notó la gente de la alquería que Rafel iba más por allí que de costumbre y hablaba algunos ratos en serio con Huisa, sobre todo cuando no los podían oir. También solía cuchichear con la baldada, sentado á la cabecera de la cama. Un día oyó la Rulla que su tía decía á su primo, como si le reconviniera:

—No seas tonto... decídete antes de que se enteren y tengamos un disgusto...—Y á las palabras de Rafel, que llegaron á ella confusas é ininteligibles, respondía la enferma:—Tu tío no consentirá que le trastornes la cabeza á Huisa sin haber antes compromiso formal, sin dar la cara tus padres, sin cambiar tú de conducta.—Carmela atendió con sus

cinco sentidos.—Ya sabes lo que hizo tu hermano... Tú has empezado al revés... y con la fama que tienes no esperes nada bueno si no sigues mi consejo... Y has de saber que hay muchos gorriones que revolotean alrededor del árbol deseando la riquísima fruta...

—¡No se la llevarán!... ¡Es mía!—Esto, que lo oyó clara y distintamente Carmela, la llenó de júbilo. —«¡Ya era hora! Tonet y ella cuidarían de que se sentara aquella cabeza á pájaros y Huisa sería feliz. Tan buena y linda como era, ¿por qué no había de ser dichosa cuando, para serlo, no había más que quisiera Rafel?»

Callaron los interlocutores al notar que andaba cerca la Rulla y Rafel se fué, cambiando antes una mirada de inteligencia con su tía.

En la noche de aquel mismo día, la Rulla explicaba á su novio lo que ocurría. Este no se sorprendió, pero dijo con tono enérgico que denotaba en él una firme resolución:

—Ya cogeré á ese bribón y veré lo que se propone; pero que ande alerta porque de Huisa no se va á burlar como de otras... ó se porta como un hombre ó no viene más por aquí...—No concluyó la frase porque en aquel momento entró su hermano, respetuoso y humilde; tomó asiento y sin ambages ni rodeos, desembuchó lo que traía dentro... Nadie se sorprendió al oir su declaración. Quienes se asombraban eran Tonet y la Rulla viendo cuánta era la audacia de aquel hombre que

pedía permiso para hablar de amores á una muchacha cuya alma tenía conquistada tiempo há. Huisa, que tocaba con las manos convertida en realidad la única ilusión de su vida, no titubeó y aquella noche quedó concertado otro noviazgo y días después volvían otra vez los Albors á comer tortas finas bajo el emparrado de la alquería de Chenovés. Pero esta vez estaba Rafel... y tan cerca de Huisa, que ésta sentía su aliento tibio y suave en su mismo oído.

Toda la huerta vió con buenos ojos aquella doble unión de dos familias tan estimadas como aquéllas. «Tonet se casará con Carmela y se quedará en la alquería, Huisa se irá á vivir á casa de Rafel y las dos casas serán en realidad, andando el tiempo, una sola, fuerte y poderosa... pues difícilmente se hallarán en la huerta dos hermanos que, aun teniendo carácter tan diferente, estén tan unidos y acordes en todo». Esto decía la pública voz y tan conformes estaban los padres de los novios con ella, que en las entrevistas de Pelegrí con su hermana Peransa y su cuñado, manifestaba su deseo de que «los chicos se casaran jóvenes para que cuando les sorprendiera la muerte los tuvieran ya criados y ellos, los viejos, tuvieran tiempo de conocer á sus retoños. Primero casarían á Carmela y al año siguiente á Huisa...» La única que callaba al hablarse de esto era Tona... Pensaba que se le iban á llevar á su hija más querida y la atormentaba la idea de que no podría evitarlo. Su pena se deshacía

en ardientes lágrimas, que ocultaba hasta á su marido.

Los jóvenes y ya prometidos esposos soñaban,—mientras ella lloraba á solas y triste,—en un porvenir venturoso, feliz... Y cuando rendidos por el trabajo dejaban caer la cabeza en la almohada, corría sin freno su juvenil imaginación por los hermosos horizontes de color de rosa con que sueñan todas las almas vírgenes, sin que ningún mal pensamiento ni triste presagio los enturbie ni ennegrezca. Volaban tan alto, que ni siquiera columbraban los traidores escollos en que suele naufragar la dicha...

CAPÍTULO TERCERO

La Rulla.

Entre la puerta de la alquería y el enorme arco de piedra enjalbegada, que en el centro del edificio sostenía toda la pesada fábrica, á derecha é izquierda y fronteras, había dos grandes habitaciones con rejas al patio que sombreaba la parra. En la de la derecha dormían los viejos; en la otra, la tía Carmela y sus dos sobrinas. Durante el día se reunían junto á la cama para distraer á la tullida, mientras hacían labor de aguja ó bordado, que de todo sabían, aquellas huertanas.

Y allí las encontramos una mañana cerca ya de medio día, rodeadas de montones de ropa, cestas con diversas labores, cortando por aquí, cosiendo por allá, pegando puntillas, revolviendo patrones, no dando paz á la tijera ni á la lengua. Estaban trabajando en el ajuar de la Rulla y como «tenían á gala» confeccionarlo ellas todo, desde el bordado pañuelo de mano hasta el traje de novia, lo tomaban con tiempo. Alegres las tres, charlaban y reían sin motivo, con cualquier pretexto; su alegre risa

tenía mucho del gorjeo de los pájaros que van recogiendo briznas de paja para fabricar su nido.

El sol inundaba de luz la estancia, colándose descarada é irrespetuosamente por la abierta reja y sonriendo con sonrisas de luz, al contemplar cuadro tan animado y hermoso.

—Huisa,—decía la Rulla.—Hemos de buscar en el arca de la madre aquellos encajes que quieres que coloquemos aquí...

—¿Ahora? Vamos...—contestó Huisa.

La voz de Carmela era varonil; pero con vibraciones indefinibles que atraían y subyugaban. No podía evitar, aunque á veces lo deseaba, aquel tono imperativo que tenía su palabra... La altivez de su gesto, aun hablando de cosas triviales, parecía querer decir: «O me obedeces ó reñimos». Ya sabían todos que al hablar la Rulla era que mandaba y todos la obedecían porque nadie deseaba reñir con ella. Era soberbia y altiva con los hombres, hasta con su amante, tal vez porque recelaba que era más admirada y deseada por hermosa, que querida por buena... En cambio en la palabra de Huisa sólo había mansedumbre y ternura; su voz se apagaba casi cuando una emoción la dominaba y al hablar diríase que suplicaba amorosamente.

Vestían el traje propio de las labradoras valencianas algo modernizado ya. Ya no llevaban la característica peineta dorada ni vestían las faldas de seda recamada de oro ni adornaban su pecho con

la labrada placa salpicada de verdes esmeraldas... Pero todavía sujetaban su peinado con las agujas de redonda y dorada cabeza cuajadas de piedras ó rodadas de perlas y colgaban de sus orejas las vistosas arracadas llamadas *barquillos*...

Y dejando la comenzada labor fueron al cuarto de su madre, en donde abrieron un arca antiquísima en la cual trajo su dote una de sus abuelas. Levantaron la pesada tapa de nogal, que orlaba una tallada guirnalda de hojas y panzudas bellotas, y aparecieron ante sus ávidos ojos las joyas y trajes de boda de su madre y las alhajas de familia que iban pasando en los Chenovés de padres á hijos... Habían allí pañuelos de tul y *clarí* bordados en blanco y en oro amarillentos ya; corpiños de seda, guardapiés de brocado, algunos cortados por los pliegues; zapatos descotados de raso, bastante descoloridos. Altas peinetas de plata dorada, grabadas unas, con figuras en relieve otras; collares, agujas, mantillas... un tesoro. El tesoro de la familia; las prendas testigo de sus horas tristes y venturosas, con las que casi se podía reconstruir su historia; su ejecutoria, sus pergaminos... Y en un rincón, junto á los títulos de propiedad y en una cajita de madera pintada de rojo cuya cerradura de labrado metal era un primor, tenía el tío Pelegrí algunos centenares de onzas: sus ahorros de cincuenta años de trabajo, «el dote de las chicas y el dinero para el ataúd de los viejos».

Revolvían el arca Carmela y su hermana y de

cuándo en cuándo Huisa, ahogando un grito que involuntariamente se escapaba de su garganta, pasaba corriendo al cuarto de su tía para enseñarle una falda, un collar, una peineta, cualquier objeto vistoso que aparecía en la caja. Cuando se dió cuenta, lo mejor del arca había pasado al cuarto de su tía, formando un enorme montón que revolvía ansiosa y agitada...

Entró la Rulla; ya estaba Huisa vestida de labradora á la usanza antigua, con la alta peineta sobre el rodete, aprisionando su busto riquísimo corpiño y vistiendo un deslumbrador guardapiés con guirnaldas de flores que parecían estar frescas y vivas. Quedóse mirándola fijamente y sin decir palabra.

«Huisa estaba verdaderamente hermosa; tenía más de reina que de diosa, pero reina sin altivez, sin orgullo, benigna y misericordiosa; reina del amor... Hermosa estaba... ¿Lo estaría ella más con aquellas joyas? ¿A su figura esbelta y arrogante sentarían mejor tan ricas joyas?»

É inquieta, con trémula mano, revolvió trajes, escogió un aderezo, un corpiño, una falda de seda brochada con flores bordadas de oro... Cuando acabó su tocado descolgó un espejo más viejo que la misma alquería, en cuya luna jugaban unos pintados amorcillos con guirnaldas de flores, y se miró en él. Parecía una princesa á la que sólo faltaba su Corte de amor... Huisa palmoteaba y gritaba á la vez:

—¡Qué guapa estás! ¿Y yo, Carmela? Deja que me vea...—Carmela, silenciosa, como si estuviera enojada, sin contestar á las alabanzas de su tía y de su hermana, mirábase en el espejo satisfecha, enamorada de sí misma; no con la ingenuidad de una campesina que sabe que le sientan bien sus galas, sino con la presunción de una reina rodeada de enamorados cortesanos. Huisa, sin poderse contener, seguía:

—¡Qué gozo dan estos trajes, estos colores, estas sedas, estas peinetas y arracadas! ¡Qué vistoso y alegre es todo... y qué guapa iría mi madre...—Y cambiando de tono:—¡Qué mal vestimos ahora... todo es liso y obscuro y triste!...

Ninguna de las dos tenía prisa de quitarse aquel atavío y complacidas oían los comentarios que hacía su infeliz tía, quien les explicaba cómo se llevaba en su tiempo el peinado, de qué modo se colocaba el pañuelo, la placa con las cintas que la sostenían cayendo en larga lazada desde la nuca. Nada contestaba Carmela; mirábase en el espejo arrugando levemente el entrecejo y ni siquiera suspiraba como su hermana al pensar que tendría que guardar aquella riqueza otra vez en el viejo arcón. Parecía que esperaba que viniese alguien á rendirle homenaje y pleitesía...

Volviéronse sorprendidas al oir entrar á sus padres, quienes lanzaron una exclamación de asombro. Al tío Pelegrí se le antojó que el tiempo retrocedía resurgiendo la juventud con toda su fres-

cura y poder... Se restregó los ojos. «¿Pues no creía que era su mujer, su Tona, el gran amor de su vida, quien estaba delante de él, linda y enamorada, como cuando entró en la alquería con su traje de desposada?» Su corazón latió precipitadamente... Huisa se echó al cuello de su madre y apretándola contra su pecho, exclamó con voz ahogada por los besos:

—¡Reina soberana! ¡Qué guapa estaría la madre de mi alma!—Y mirando de reojo á su padre:—Ya sé, ya sé por qué Pelegrinet el de Chenovés quería pegarle fuego á toda la huerta si no le daban á Toneta la Cameña!

Escapó la tía Tona de los brazos de aquel encantador diablejo y vió á Carmela que pausadamente se desnudaba, recogía el traje que vistió un momento y salía sin decir palabra ni mirar atrás... Huisa, aun estuvo vestida un rato, haciendo zalamerías á Pelegrí, tocándole la barbilla y preguntándole si su madre fué más hermosa que ellas. Al decir el viejo que no, gritóle enojada, pellizcándole un brazo cruelmente:

—¡No diga mentiras, que no lo creo! Sé yo que en toda la huerta no hubo cara ni cuerpo como los de Tona Cameña... ni los habrá...—Díjole que se imaginara que ella era su madre y él su novio y la dijera amores... Reían sus padres, arrullados por aquel canto mágico que entonaba su hija, haciendo reverdecer añejas ilusiones y gratos recuerdos, con su inocente travesura.

Carmela trabajaba por fuera... La mujer juiciosa y reflexiva, cedía el campo á la chicuela juguetona y apasionada.

En la tarde de aquel día, estaban las dos hermanas podando unos rosales del pequeño huerto que frente á la puerta de la casa se extendía y que ellas cultivaban amorosamente para que la paralítica lo viera desde la cama siempre frondoso y lozano... y vieron pasar á Rafel por el camino, como pasa un huracán, montando un potro bravío, sujetándole con sus brazos de acero, estimulando su desenfrenada carrera con guturales alaridos, ondeando una de las flotantes puntas del pañuelo que ceñía su cabeza...

Apenas tuvo tiempo para lanzar una rápida ojeada á la alquería...; pasó como un relámpago. Un poco más tarde volvió á pasar conduciendo al mismo animal uncido á un carro, rigiéndole con dura mano y blandiendo el látigo con la otra, castigando al bruto cuando se encabritaba y resistía á ir preso en los aparejos que pretendía romper á coces... La Rulla, al verle pasar voceando blasfemias, domando y venciendo á la fogosa y colérica bestia, quedó pensativa y algo triste... Entraron para continuar la interrumpida labor de la mañana y el palique con la baldada. Apenas se sentó Carmela, dijo con aquel acento incisivo que llegaba hasta el alma de quien lo escuchaba:

—¡Huisa... escucha!—Su hermana atendió y esperando que la mandara algo, contestó cariñosamente:

1019751

—¿Qué quieres, Rulla?—Carmela, de ordinario ceñuda y adusta, sonreía al oirse llamar de aquel modo por Huisa, porque nadie como su hermana pronunciaba la palabra «Rulla», con acento tan grato al oído, ni poniendo en su sonrisa y en su mirada tanto amor y dulzura. «¿Valía Huisa más que ella?» Carmela creía que sí. La miró y con toda la ternura que encontró en su corazón preguntóle:

—¿Quieres mucho á Rafel, verdad? ¿Le quieres mucho?—

—¿Yo? ¡Madre mía...! ¡Si es mi vida!—contestó. Tanto como tú quieres á Tonet.—La Rulla sonrió levemente.—¿Por qué lo preguntas?—expresó Huisa, con algo de timidez.

—¿Y él te quiere á tí... mucho?—continuó preguntando Carmela, sin responder á su hermana.

—¡Qué cosas preguntas, Rulla!—respondió Huisa confusa.—Sí; me quiere... Tanto como yo á él, no sé...; pero sí, me quiere mucho...

—¿Y no crees... que yo te amo más?—siguió Carmela, implacable y fría.—¿Más que él?

—¡Tú...! Eres mi hermana... vivimos juntas siempre... somos la misma sangre... Como yo te quiera me has de querer tú...—Titubeaba porque aunque tenía la seguridad de que la Rulla la amaba mucho, ella deseaba ser el grande y único amor de Rafel. Carmela, que leía en su alma, la atajó:

—De modo... ¿que no crees que yo te amo más que tu novio?—

—¡Virgen...! ¿Yo dije eso?—exclamó asustada Huisa.

—¡No te pongas así!—En cuanto te lo nombran... hija...—dijo la Rulla picada.

—Es que preguntas de un modo y me miras como si dudaras de todo; de que él me quiera, de que yo... pudo balbucear la novia de Rafel.

—¿Yo había de dudar de que estás loca por él? —continuó, riendo, Carmela.—Si es por eso... porque no lo dudo y porque quiero estar segura de que él te quiere como mereces—y subrayó estas palabras con la voz y con el ademán,—es por lo que te pregunto.—La baldada, de ordinario tan locuaz, callaba aterrada. También temía á la Rulla y esperaba, con el alma acongojada, á dónde se proponía llegar su sobrina. Ésta continuó, mientras Huisa la miraba asombrada á ratos, confusa á veces, sumisa otras.

—Hoy he visto pasar á Rafel domando un potro y te lo digo de verdad ¡me ha dado miedo!

—¿Miedo?—gimió Huisa, abandonando la labor, que cayó de su falda al suelo...

—Sí; miedo;—acentuó Carmela.—Parecía encima del caballo, castigándole, irritándole, lanzando maldiciones, el ángel rebelde... de que nos hablan los libros santos. ¡El demonio, hermoso y terrible á la vez! Casi sentí odio hacia él...

—¿Lo ves? ¡Confiesas...! ¡no le queréis!—volvió á gemir Huisa imperceptiblemente.

—Sí; casi... dije, y no vuelvo atrás. Me pareció un

sér malo al verle en lucha con el espantado animal;—pero al mismo tiempo subyugador y atrayente... No puedo yo misma explicar con claridad qué ideas tan encontradas se barajaron en mi cabeza... Lo que sí sé es que temí por tí... pues ese hombre es peligroso para la mujer que se enamore de él...

—¿Por qué?—interrumpió Huisa y no supo de dónde sacó fuerzas para articular aquellas dos sílabas.

—Es peligroso para la mujer que le ame... y que en vez de intentar rendirle y vencerle, se deje rendir y vencer por él... Si en la lucha es vencida... puede ser desgraciada... Si le amansa y somete con mano dura... pueden ser felices los dos...—Y la Rulla, imperturbable, dejaba caer sus palabras una á una... Huisa que las recogía anhelosa, sentía que caían en su corazón como gotas candentes de plomo, convirtiendo su pecho en un infierno. Carmela continuó:

—Los hombres... por buenos que sean, no merecen saber nunca que se les quiere...

—¿Qué mal hay en ello... si es verdad?—arguyó apresuradamente Huisa á quien el corazón se le escapaba por la boca, queriendo salvarse seguramente del incendio devastador de su pecho.—¿Qué mal hay en que lo sepan?

—Mucho... Escucha, Huisa: es doloroso, pero es preciso esclavizar al hombre que te ama si quieres tener cerca la felicidad. ¿Quieres que te ame ?Pues

que no sepa que tú le adoras... Se le ha de humillar... sin que lo note; se ha de poner á prueba su cariño y hacerle pasar por el cedazo del sufrir y el penar...; sino, no es amor... pudiendo serlo...

—No te entiendo, Rulla...—interrumpió Huisa, preocupada...—No quiero entenderte...

—Pues falta te hace... porque quieres mucho á Rafel y no cuidas poco ni mucho de ocultárselo; por eso él...

—¿Qué?—suplicó más que preguntó Huisa.

—Nada... que confiado en tu bondad, en tu cariño probado, en tu lealtad,—la Rulla parecía morder estas palabras;—no es un enamorado como debe serlo un hombre que sea hombre... y falta alguna noche, se deja comprometer para músicas y bailes... canta en muchas rejas... seguramente rogado por otros...—añadió precipitadamente.—Y, con franqueza, chica... tú dirás si eso te gustará que lo haga después de casado. Porque lo hará... le conozco...

Huisa «creía que no sería así; que el amor cambia el ser y estado de todas las cosas por su mismo poder;»—y hacía signos negativos mirando á su hermana con sus grandes y melancólicos ojos... Carmela arreció el ataque.

—¡Ay, Huisa... guarda para tí algo de ese amor, no se lo dés todo, que no sepa él que es suyo completamente... No hay que poner el orgullo por bajo del cariño, ni á la misma altura que éste, sino un poquito... pero un poquito más alto. ¿No es bueno Tonet?—Huisa afirmó con la cabeza.—¿No es

más formal, más hombre que Rafel?—Huisa ni afirmó ni negó; miraba extática á su hermana.—¿Va Tonet de música alguna vez? ¿Es pendenciero? ¿Le canta *albaes* á otra? ¿Requiebra á ninguna mujer? ¿Falta aquí alguna noche? ¿Me ha dado alguna vez «que sentir?» Pues, á pesar de todo, de cuándo en cuándo... conviene recordarle que soy mujer... que él vino á buscarme pidiendo amor... que no he de ser esclava en casa, bestia en el campo; que no seré una hembra para enseñarla engalanada, como diciendo á las mujeres:—«¿La veis? Es más guapa que vosotras;» y á los hombres: «¡Contempladla! Es mío su cuerpo, mía su alma...» No; eso no. Que sean ellos nuestros también completamente, que no deseen ni con el pensamiento á ninguna... y entonces puede ser que entreguemos hasta el alma... todo; hasta el último pensamiento... A los ojos de todos hemos de ser sus esposas, sus compañeras, su ayuda, su consuelo... pero algo más cuando las miradas del mundo no lleguen á nosotros: Reinas, ellos esclavos; Santas, ante cuyo altar recen, imploren y supliquen limosnas de amor...

Huisa y su tía la oían asombradas, anonadadas. La Rulla, de ordinario tan callada, dejaba afluir á sus labios sus pensamientos íntimos y se transfiguraba... Aun siguió de este modo:

—Yo en tu caso hubiera puesto todo mi empeño, toda la fuerza y poder de mi voluntad en dominar y empequeñecer á ese tunante, como él doma y sujeta los potros cerriles... Pero no como él empu-

ña las riendas y restalla el látigo y hostiga á la bestia con palabras ásperas, no: con artes menos rudas y toscas en apariencia, pero más formidables en realidad, y yo ¡la Rulla! hubiera logrado lo que ni el tío Albors, ni Tonet ni tú lograréis nunca... y Rafel sería otro.

—¿Qué cómo es?—dijo con angustia Huisa.—¿Es malo?

—No lo sé... Si tú fueras otra... si tu alma tuviera otro temple, ya lo «sabríamos...»—y acentuó estas palabras.

Dios y Huisa sabían lo que sufría esta pobre alma. Carmela no gozaba prolongando el tormento de su hermana; pero quería que la lección se grabara en su pensamiento de modo tal, que no se borrara jamás de él. Su lengua era una guadaña que iba segando en flor ilusiones y deseos inocentes y castos...

—Y no creas, hermana, que en ese empeño corría peligro de ser vencida quien se propuso ser vencedora... Vence quien es más fuerte, quien tiene más sana la voluntad... y sabe coger el propio corazón y hacer con él lo que hago con esta flor...—y quitándose una que llevaba en el pecho, la apretó con la mano y, después de estrujarla un momento, la dejó caer marchita y arrugada al suelo...

¿Fué sincera en aquella ocasión, la Rulla, por primera vez en su vida? Sí; lo decían sus dilatadas pupilas, su respiración anhelosa, á cuyo impulso su seno se agitaba y el color pálido de su rostro...

Ansiaba luchar, vencer al ángel malo de Huisa, poner su pie sobre el pecho del vencido y decir á su hermana: «Ahí tienes la fiera rendida; sin riesgo la amansé; ve cómo aprovechas mi obra».

CAPÍTULO CUARTO

Los dos hermanos.

El novio de la Rulla, Tonet Albors, era un mozo de unos treinta años, alto y de color moreno, tirando á rojo-obscuro. Sus facciones algo irregulares, ofrecían un conjunto agradable y simpático. La frente era ancha, muy pobladas las cejas; gruesa y carnosa la nariz; la boca grande y blancos los dientes. Sus ojos, grandes y preñados, miraban con fijeza y atención donde quiera que se posaban. Cuando se quitaba el pañuelo que llevaba anudado en la cabeza, aparecía la parte superior de la frente que no tostaba nunca el sol, blanca, blanquísima y fina. Y sobre aquella figura tosca, pero hermosa,—parecida á una estatua modelada en los albores de la civilización clásica: con más ingenuidad que arte,—bronceada por el sol, curtida por el aire y la lluvia, aquella mancha nacarada de la frente, diríase que era luz...; luz que indicaba que allí, en aquel sitio, estaba lo mejor, lo más noble y puro de aquel hombre.

Era preciso tratarle mucho para conocerle; pero

en cuanto se descubría bajo su rudeza un alma noble y generosa, nido de pensamientos delicados y honestos, se le amaba y se codiciaba su amistad.

Hombre de pocas palabras y de resoluciones tardías; pero enérgico y vivo cuando creía llegado el momento de obrar. Poeta, sin saberlo, sentía y admiraba la belleza donde la encontraba: experimentaba un placer inmenso contemplando una noche de luna, clara y tranquila; un amanecer primaveral, una fragorosa tormenta, una mirada amorosa ó una acción noble; pero no «lo cantaba» por miedo de que fuesen objeto de burla sus íntimas emociones ó temeroso de no poder explicar bien lo que sentía y admiraba. Y gozaba á solas... Era rústico, pero sólo por fuera. Su alma superior, de elegido, no desconfiaba de nadie ni receló nunca que alguien pudiera engañarle ó hacerle daño... Iba recto por su camino, confiado y tranquilo, con la conciencia sosegada y el pensamiento sereno, jamás perturbado.

Tenía ideas originales; pero solían morir allí mismo donde habían nacido, porque más que poca fe en ellas—pues sinceramente las creía superiores á las vulgares que le salían al paso,—desconfiaba de su palabra, de la vestidura con que podía ofrecerlas; y callaba... callaba siempre.

Con Carmela, algún tiempo después de ser novios, solía espontanearse y comunicarle sus pensamientos atrevidos ó sutiles sobre «las cosas de la vida», y ella, que entendía perfectamente á

aquel sér bueno, de alma cándida y sana, llegó á admirar la natural perspicacia, el gran instinto de cultura de aquel campesino, que en cuanto pudo coger la azada ya no fué á la escuela.

Poco amigo de pendencias, rehuyólas siempre, importándole poco que le tuvieran ó no por valiente. Pero si alguna vez se puso á prueba su valor, demostró que se equivocaba quien dudó de él. En cierta ocasión, reprendió duramente á su hermano por una reyerta que tuvo éste con otros huertanos, en la que anduvieron á guitarrazos y salieron las navajas del cinto, curándose alguno de ellos los rasguños á escondidas, para no dar quehacer á «la justicia». Y le dijo:

—No me comprometas, Rafel; pues vivo muy á gusto;—ya era novio de Carmela,—y no es cosa de jugárselo todo por «un mala cabeza» como tú.—Rafel, disculpándose, le replicó:

—Tú no sabes lo qué fuerzan las circunstancias y á lo qué obligan las palabras de un borrachín...

—Lo sé y por eso te digo que lo evites... La navaja ó el retaco—dijo con voz sorda,—se sacan para «matar de veras» pero sólo en casos de honra y vosotros no peleabais por eso la otra noche... El abuelo Marianot, dice la madre, que se echó el trabuco á la cara y «mató»... cuando vinieron los franceses pretendiendo ser amos de todo, de las tierras y de las mujeres, del dinero y del honor; y... dí, Rafel: ¿te quitaban á tí algo de eso cuando sacaste la navaja?

Se miraron los dos hermanos de un modo extraño y se separaron después de darse un fuerte apretón de manos, sin añadir palabra alguna. Tal era el hombre que amaba á la Rulla.

Rafel no se parecía en nada á su hermano. Tenía las facciones más delicadas y correctas que éste; era un poco más bajo y mejor formado; de miembros más finos. Su figura tenía algo de femenino; pero era ágil y fuerte y, á la par, valiente y temerario. Parecíase mucho á su madre, de quien heredó la belleza y el ingenio. Cuando montaba un potro y luchaba con él fieramente, complaciéndose su sangre moruna en jugar con el peligro por el placer de vencerlo, estaba verdaderamente hermoso y fascinador. Su pelo corto y ensortijado parecía encresparse; su piel cobriza adquiría tonos rojos, calientes; dilatábanse las ventanas de su nariz; en sus pardas pupilas había luz y había fuego...; cruzaban la córnea líneas rojas como surcos sanguinolentos y abríase su boca seca y ardorosa, ávida de aire puro. Entonces, apretando con sus rodillas el lomo del bruto,—que, jadeante y lleno de espuma, relinchaba dolorosamente viéndose humillado,—quien le viera entonces, desearía amar y ser amado por aquel sér mitad ángel, mitad demonio, cuyo rostro metamorfoseaba el ardimiento y el esfuerzo de la lucha.

Presuntuoso y arrogante y con más amor propio del que conviene á un hombre, buscaba ocasión de lucir sus habilidades y valentías delante

de las hembras, fueran bonitas ó feas: bastaba que fueran jóvenes. Halagaba en extremo su vanidad los aplausos con que celebraban sus canciones, cuya letra, improvisada muchas veces por él, era sentida, epigramática ó sencillamente inmoral según el caso y el lugar. Nadie igualaba su estilo ni aquel arte con que alargaba las sílabas finales del verso en cadencias interminables y desmayadas. Gracioso en el decir; afortunado y oportuno al requebrar... más de alguna envidiaba á Huisa, recatándose poco de que la hija del tío Chenovés lo supiera y alardeando,—no se sabe si con fundamento,—de ciertas intimidades con Rafel, que dieron al traste más de una vez con el sosiego de aquella familia.

Complacíale tener muchos amigos y rodearse de una corte de cantadores, tañedores de guitarra y otra gente maleante más amiga de bromas y músicas que del trabajo. No había boda, baile ó cencerrada en la cual no se encontraran.

Influyó mucho para que fuera así haber sido malcriado en demasía por sus padres y su hermano desde niño; dejábanle hacer cuanto se le antojaba, reían todas sus diabluras y disculpaban temerariamente sus prematuras calaveradas. Su madre contribuyó más que nadie á que aquel árbol se torciera á su antojo; y si no fué peor no era ciertamente porque careció de ocasión y medios, sino porque había algo de ingénita bondad en aquella cabeza turbulenta y caprichosa... A este

hombre entregó su corazón y su albedrío Huisa. No era extraño, pues, que la Rulla mirase por la dicha de su hermana y la aleccionase para que intentara regenerar á aquel hombre peligroso y seductor. Lo malo para Huisa, era que de los dos caminos que había para ello, no podía seguir sino el que le indicaba su ingenuo corazón; esto es: el peor.

CAPÍTULO QUINTO

«Malas lenguas...»

I

PASABA Tonet, la tarde de un domingo cerca de la «tenda del tío Cametes», situada en una barraca del camino de Algirós y próxima á la «Alquería de la Samorana», cuando un hombre que estaba en la puerta de la taberna, con la manta al hombro, mascando un trozo de cigarro, negro y nauseabundo, le llamó:

—¡*Ché,* Tonet! ¡Albors!

Tonet se paró, volvió la cabeza y al ver quién le llamaba fué hacia él sonriendo. Era un primo de su padre, con el que le unía un sincero afecto y aunque era de más edad que él no era tanta que no pudiera tratarle como un camarada, como un hermano mayor. Rafel, en cambio, ni le quería ni le respetaba y no dejaba escapar la ocasión de zaherirle y burlarle. Decía de él que era «demasiado maduro para ir con los mozos y demasiado joven para reunirse con los viejos». No faltaba razón á Rafel, porque el caso era que ni unos ni otros le consideraban «de los suyos»... y si no rehuían su

compañía, esperaban á que se fuera para hablar sin reservas.

Llamábase «Pepe el Sorro»; era viudo algunos años ya y no se sabía que pretendiera casarse otra vez. Molestábale mucho que le fueran con averiguaciones respecto de su edad y se enfadaba más aún cuando le llamaban *Peporro*. Que le llamasen «el Sorro» le tenía sin cuidado. «¿No conocieron por este apodo á su padre y á su abuelo? Él se llamaba Pepe y...¿qué era eso de *Peporro?* ¿Venía acaso este nombre de padres á hijos?»

Su cara era redonda é inexpresiva, en la que brillaban dos ojos extáticos... Su aguileña nariz comunicaba cierta nobleza al rostro. Cuidaba de tener éste siempre perfectamente rasurado; bajo cuya piel transparentábase la sangre en masas... Hablaba siempre sonriendo, lo mismo relatando penas que alegrías. Su sonrisa estaba estereotipada en su semblante y nada conseguía borrarla de allí. Contábase que cuando enviudó, pidió al tío Pelegrí casarse con Carmela y que ni ésta ni su padre aceptaron tal partido. Tonet no se cuidó nunca de averiguar si fué cierto ó no aquel rumor...

Al acercarse al Sorro, dijo éste á Albors sin darle tiempo para cambiar el saludo:

—Pero... *ché;* ¿dónde te metes que no se te ve nunca, ni puede un amigo echar un trago contigo?

—¿Yo?—replicó Tonet, alzando los hombros.—En la faena y si queda un rato...

—Sí, ya... ya. No hace falta que te expliques

más,—interrumpió Pepe, incisivo y malicioso:—Si queda un rato á casa la «Rulla».

—¿Que adónde mejor—saltó Tonet, picado por la ironía que le parecía descubrir en las palabras del Sorro.

—¡Oye... muchacho! No te piques... que lo digo porque eso es natural en un enamorado. ¡Si yo me alegro mucho!... Pero también soy un hombre que te estima y que siente que ya no echemos aquellos párrafos... ¿Bebes una copa á mi salud?

—¿No sabe que no acostumbro?

—¡Hoy ha de ser...! Me han dicho que te casas pronto y tenemos que beber y charlar un rato... ¡quizá ya no te eche la garra hasta Dios sabe cuándo... hasta después de que te la eche la Rulla!—Y reía, como si sus palabras rebosaran ingenio y gracia. Tonet, inquieto y molesto, decía:

—Tengo prisa, tío... Acabo ahora mismo la faena de mi padre y sin cambiar de ropa voy allá porque me esperan... No he hecho más que restregarme la cara con el agua misma de la acequia... Además va cayendo la tarde...—Pero el otro, sin soltarle, continuaba:

—Pero... hombre; una copa se bebe en un «decir Jesús» y cuatro palabras... se cambian en un momento...—Si Tonet no fuera tan confiado y nada receloso, hubiera adivinado que aquel hombre quería decirle algo y estaba decidido á no dejarle ir sin soltar lo que traía en el buche.—Di que rehuyes el convite, que lo desprecias...

—No, tío Pepe;—ya cuidó él, para captarse su benevolencia y le dejara ir pronto, de no llamarle Peporro.—No tengo motivo para eso: se lo diría si lo tuviera. Es sencillamente que Rafel me ha dicho que me aguardan para merendar todos... Y el tío Pelegrí les hará esperar hasta que yo vaya...

—Sí... ya sé que tu suegro, es decir, el que ha de ser aún... te estima mucho...; puede que más que ninguno de aquella casa,—y subrayó sus últimas palabras.

Tonet no contestó: sintió que la sangre le afluía al rostro y que algo se desconcertaba en su cabeza... Aunque le halagaba la idea de que el tío Pelegrí le estimara mucho... consideraba como un insulto la suposición de que el cariño de Carmela cediera ante otro. Miró al Sorro, escudriñando su rostro de bobo, coloradote y sonriente y su mirada impávida... Nada vió en ellos como no fuera aquella sonrisa que lo mismo se podía tomar por una mueca burlona que por la alegría de un idiota... Y aquel angelote escapado de una bóveda de iglesia y disfrazado de labrador, seguía diciendo:

—Sí, te estima mucho...; comprende más que nadie lo que vale un hombre y un hombre como tú...; cala muy hondo tu tío y sabe mejor que aquellas mujeres... que hay pocos yernos como Tonet Albors...; claro, las hembras...

De pronto Tonet, obedeciendo á una resolución súbita, interrumpió á su tío, diciendo secamente:

—¡Entremos! ¡Usted tiene algo que decirme!—y entró en la barraca. El Sorro le siguió.

«La tenda de Cametes», era una choza viejísima, con una rama de pino, seca y polvorienta, sobre la puerta, por todo rótulo ó signo que indicara que allí se bebía, se jugaba y se expendía tabaco. Dentro, en un reducido espacio, de bajo techo y ahumadas paredes, en el que parecía imposible que cupieran tantas cosas, había á la izquierda, un mostrador estrecho y largo, cubierto con una mohosa plancha de zinc claveteada y en la cual las cabezas de los clavos formaban una enorme estrella en el centro y á los dos lados las iniciales del insigne Cametes, con inseguro dibujo y caprichoso estilo. Aquella filigrana debía de ser obra de algún buen parroquiano de la casa. En un extremo del mostrador, dos barrilillos panzudos y pintados de verde, ostentaban en su panza sendos letreros,—cuyo genial dibujo denunciaba al artista que derrochó su inspiración sobre el mostrador y la bebió en él...—que decían á los clientes: Caña, Anisado. Al lado de ellos un plato de pintada loza con vasos y copas, cálices de amargura en que había bebido toda la huerta *del raspós,*—líquido entre dulzón y áspero, que porque abrasaba las fauces y quemaba las entrañas de los vivos, decía Cametes que resucitaba á los muertos;—y al lado de ellos un barreño con agua más turbia que la de la acequia, en la cual enjuagaba el amo copas y vasos con alardes de exagerada limpieza. Al otro extremo y frente á frente

de la caña y el anisado, había un pequeño armario á través de cuyos vidrios, irrisados por el tiempo y la suciedad, se veían barajas, tiras de «mistos» de cartón, cajetillas de tabaco, una pecera repleta de huevos negruzcos y amarillos,—oliendo aún á gallinero—los clásicos *rollets punchosos,* pegados unos á otros, semejando un trozo de vieja celosía rota..., todo amontonado, mezclado y confundido con mazos de cohetes, rollos de yesca y alguna mazorca seca y renegrida.

Detrás del mostrador el tío Cametes *mesuraba* (medía) sin descanso, ya aguardiente «del raspós» ya del tinto, diciendo á cada cliente una frase picaresca, un dicho agudo, una palabra cariñosa, según la calidad y «estado» del parroquiano en aquel histórico momento. Con su cara abotargada, picada de viruelas, de rojas mejillas y carcomida nariz,—cara de alcohólico, aunque decía él «que no lo probaba», y era verdad,—parecía un demonio en aquel antro infecto por los vapores del alcohol y el humo acre del tabaco, donde dominaba á su antojo á la chusma congregada allí.

Aquel hombre tan feo por fuera, que causaba horror mirarle de cerca, era un alma de Dios en punto á bondad; pero sagaz y listo, en lo tocante al negocio. Para político no tenía precio. Nunca apaciguó una disputa ó una riña con razones contundentes ni jamás resolvió los conflictos entre sus parroquianos «echándola por la tremenda». Su buen corazón, impedía á sus robustos puños gol-

pear á los indefensos huertanos saturados de alcohol. Pero cuidadoso del «buen nombre del establecimiento», cogía á sus parroquianos, cuando el vino comenzaba á ponerles pesados y sobones, y solícito y cachazudo, les acompañaba hasta su casa, donde entraba diciendo:

—¡Chica! ¿Dónde dejamos caer á este *cuiro?* (pellejo).—Y se iba cuando dejaba á su cliente roncando de bruces sobre una piel de carnero ó sobre un *chás de cañots*, (lecho de cañas de maíz).

Conocía cuándo era la ocasión oportuna para quitarles las armas que traían, sin peligro ninguno; y á la ventaja de aumentar su variado arsenal, unía la de conseguir que ni en su tenda ni en sus cercanías cayera ninguna «taleca». Nuestro antiguo conocido Vaoro, hubiera tenido poco que hacer por allí. La elocuencia y don de gentes del tío Cametes, eran tales, que lo mismo le importaba habérselas con el pincho que desafiaba á toda «la parroquia», y quería pegarle fuego á «la tenda», que con el valiente que tomaba por hombres á los árboles del camino y huía de ellos dando traspiés y sostenido por el prudente tabernero.

«¿Por qué se había de irritar con sus paisanos, buenos chicos todos, si no eran ellos, sino aquel vino infame, que él les vendía y no cataba, la causa de todos los arrebatos, pendencias y locuras que cometían? ¿No le dejaban, en cambio del veneno que se llevaban disuelto en las venas, su dinero en roñosas piezas de dos cuartos y en relu-

cientes pesetejas? ¿No hacía él su negocio á costa de ellos? Había, pues, que ser indulgente con la parroquia... y conservarla».

Parece que para él se escribió la clásica frase: «era un gran tesoro en un vaso de barro», pues fué el tío Cametes un filósofo de tan profundo saber y experiencia tanta que, si en vez de medir vino y aguardiente, en una mala barraca del camino de Algirós, hubiera vivido en un medio apropiado y digno de su talento, cambiara la faz de su pueblo y tal vez la del mundo... Ingenios que valieron menos que él, tuvieron su historiador; quizá su historia se escriba algún día...

Los mozos de la huerta decían sin recato que era su Providencia «porque en su casa se podía jugar fuerte y beber de lo lindo sin miedo á un compromiso, sin riesgo de tropezar con una navaja traidora». A él le bastaba con esto y sonreía complacido.

Allí esperó Pepe el Sorro, á Tonet para hablarle; no olvidaba que éste descendía, por parte de madre, del famoso Marianot Chenovés.

Cuando Cametes les vió entrar, se dijo: «Este no viene nunca... hay que ponerle buena cara;»—como si ello fuera posible.—Y amable y obsequioso, se puso á sus órdenes. La taberna, estaba llena de gente;—unos bebían y fumaban junto al mostrador; otros rodeaban las mesas de los jugadores ó formaban corro en torno de un cantador, cuya aguardentosa voz hacía estremecer las pare-

des de la vetusta barraca y su ventrudo techo que se desplomaría seguramente si el «cantaor» forzaba un poco más su berrido;—no podían hablar allí. Salieron al corral; el tabernero les sacó una mesita y dos sillas, puso en aquélla dos vasos de «un rancio» que alabó desmesuradamente y se fué atento al vocerío de dentro, que desde allí se percibía algo amortiguado. Sentados frente á frente, Tonet esperó, sin mostrar prisa por llevar el vaso á los labios.

Probó el Sorro el vino; lo paladeó; carraspeó; limpióse los labios con el revés de la mano; tiró la apagada colilla: sacó bolsa, yesca y pedernal; lió un cigarro con gran calma y ofreció á Tonet tabaco sin decir una palabra, pero sonriendo siempre. Tonet estaba desesperado. «Aquel hombre no decía nada. ¿Qué aguardaba? Fué siempre bueno y leal para él y si algo interesante tenía que decirle, debía ser pronto, sin ambages, sin rodeos. Era extraño que no rompiera á hablar y se entretuviera dando chupadas, paladeando otra vez el vino... ¿No sabría cómo empezar? ¿Temería hablar? ¿Por qué le llamó?» Fué preciso tirarle de la lengua.

Pepe el Sorro, apremiado por Tonet, habló. ¿Qué dijo?—Escuchándose, con aires de doctor que define, entreteniéndose, como si buscara palabras más adecuadas para traducir sus ideas y en realidad para decir lo que quería sin decirlo claro, dejando á su sobrino la tarea de adivinar sus pensamientos

entre la hojarasca que echaba sobre ellos..., habló mucho y para Tonet Albors no dijo nada.

«Tonet era ya un hombre á quien debía hablársele de cosas serias, previniéndole contra los azares y contratiempos de la vida, ahora precisamente que iba á casarse. Y aunque se haya de manejar la hacienda más rica y saneada de la huerta, no por eso debe dejarse de meditar el casorio... No siempre se acierta... y aunque se acierte, á lo mejor vienen... sucesos, trabajos, desgracias que no se esperan ni pueden precaverse, porque no pensamos más que en el trabajo, y cambian nuestra suerte. Sea lo que sea, venga el mal sobre las cosas ó sobre las personas, el que es honrado y valiente no se acobarda ni reniega de su suerte abandonándose á la desesperación...»

Tonet escuchaba anheloso y confuso. «¿Dónde iba á parar aquel hombre ladino?»—«Á lo mejor» —seguía el Sorro,—son las cosechas estropeadas por un pedrisco ó por la sequía... pero aunque se van centenares de pesetas á la calle, es preferible eso á otra clase de desgracias que no caen sobre el bolsillo sino sobre el alma... «Á lo mejor»—seguía, con su muletilla,—es que se pierde un hijo ó la compañera, la mujer...

Tonet cerró los ojos: su imaginación evocó la gallarda figura de Carmela, que estaría esperándole, impaciente ya... y tembló. «¿Por qué se complacía su pariente en despertar en su cabeza ideas lúgubres y predicarle sermones que maldito lo

que le interesaban?» Sus dedos se crisparon... inyectáronse sus ojos...; pero pasó la nube sangrienta y el Sorro no supo jamás que había corrido el peligro de morir estrangulado por las manos de Tonet..., y siguió tranquilamente, sin dejar de sonreir.

—¡Como á mi me pasó!—

—¿Y qué me importa á mí?—rugió el novio de la Rulla.—¿Me ha de pasar necesariamente lo mismo? ¡Qué hombre éste!

—¡Y da gracias á Dios que no te pase algo peor, —recalcó con sorna, Pepe.

—¿Qué... qué dice?—gritó Tonet, levantándose en actitud airada y mirándole fijamente á los ojos, esperando leer en ellos lo que á los labios no salía del todo... Su tío sostuvo impasible aquella mirada agresiva y haciéndole seña de que se sentara, continuó, pensando las palabras.

—¿Es que tú no crees que á veces lo menos malo que puede ocurrirle á uno es la muerte de una persona querida? ¿Tú verías padecer una enfermedad cruel, tremenda, días y días, año tras año, á la mujer... á un hijo... y no desearías que terminara tanto dolor? Yo sé lo que sufrí los dos años que tuve enferma á mi «Amparaets».—Y sonreía como un estúpido al evocar sus penas.—Antes era yo muy apasionado; las penas me hicieron reflexivo... Soy joven, aun me podría casar... ¡No lo volveré á hacer!»

Tonet, anonadado, luchaba entre el respeto debido al pariente y el deseo de mandarlo á escardar

cebollas... «Bien poca caridad manifestaba hablándole de aquel modo á él, á quien parecía largo el plazo señalado para llevar á la iglesia á la Rulla. No sabía si marcharse ó aplastarle la cabeza contra la mesa...» Recordó que años atrás se dijo que el Sorro pretendía á Carmela... «¿Sería esto todo? Seguramente...» y esperó á ver como acababa aquello.

—Mira, Tonet: la casualidad, «que es muy mala persona», nos muestra á veces cosas quo no quisiéramos haber visto ni saber... Cosas que parecen un «mal sueño»...

—¿Pero qué ha visto usted que me importe á mí?—interrumpió Albors, sin poderse contener y con los ojos como brasas.

—¿A tí? Nada. ¿Pero es que yo hablo de tí, precisamente?—replicó imperturbable Peporro, recogiendo velas; había ido más lejos de lo que se proponía. Y siguió:—Calla y deja que acabe; si no, me confundes y no podré explicarme con claridad.—Precisamente deseaba lo contrario aquel truhán.—Yo no digo que haya visto nada, que haya sucedido nada... no, hombre no. Pero afirmo que «á lo mejor» ocurre algo ¡no sé cómo decirlo para que me comprendas!—Su continua sonrisa exasperaba más á Tonet, que sus palabras ambiguas; pero aguardó aún...—Algo,—siguió aquel hombre enigmático,—que no se espera, que no se puede imaginar, que no se sabe cuándo vendrá, cuándo estallará ni cómo... Tampoco digo que eso

te suceda á tí, á alguien de los tuyos... á la Rulla; pero acaso puede sucederos y ser tal lo que venga, que supere al peor de los malos pensamientos. —Tonet se impacientaba; pero aquella balumba de palabras caía sobre su cerebro aturdiéndole, impidiéndole discurrir. Parecíanle las palabras del Sorro, martillazos que éste descargaba sobre su cráneo.

—¡Yo he visto mucho!—continuó Peporro, golpeando temerariamente con sus palabras la cabeza de Tonet, como un yunque,—y he visto cosas, que suelen ocurrirnos una vez sola en la vida, pero cuando ocurren, causan tales ruinas que matan para siempre la paz de las familias, acaban con el amor de padres é hijos, con el cariño de los esposos y de los hermanos... y á veces alteran también la tranquilidad y el sosiego de toda la huerta...

—¿Pero qué puede causar todo eso y qué me importa á mí? ¿Me importa... hombre del demonio?—exclamó Tonet, enfurecido otra vez. El feroz martilleo arrancaba chispas del duro yunque, como el acero del pedernal.

El Sorro deseaba hacerle tragar alguna amarga pócima á su sobrino; pero quería que éste cogiera el vaso y lo apurara sin ayuda de nadie, é insistió en su tema sin descubrirlo.

—Yo te diré algo de lo que he visto, no de lo que puede ocurrir de nuevo; pero ten presente que mis palabras serán una sombra de lo que la maldita casualidad arregla ó «desarregla» á veces. Unas

veces las ideas, los bandos políticos, ponen cara á cara á dos hermanos y... ¿sabes la historia del tío Pelegrí y su hermano Marianet, separados por el odio toda la vida? Otras veces es que uno quiere gobernar la huerta, ser alcalde... y descuida y pierde una hacienda. También he visto quien no cuidaba más que de ésta y olvidaba «otra hacienda que vale más y está más alta...»

Tonet miró de singular manera á su tío.

—Y... ¿es que puedo ser yo... de esos? ¿Uno de esos?—dijo.

—No, hombre no. Puedes y no puedes, eso está en tí,—y miraba á Tonet con inquisidora mirada. Éste se armó de paciencia. «O su tío era un imbécil ó un malvado.»

—Ya sabes tú que en la huerta hay bienestar y sosiego. Casi no hay pobres ni ricos, porque todos tenemos algo; el que menos, tiene una barraca y si no tierras propias, en arrendamiento las lleva y trabaja y vive... Todos estamos bien; nadie piensa en quitarle nada á otro ni en hacerle ningún mal para estar él mejor. Digo esto, porque quien tiene algo que perder y es un hombre con el corazón en su sitio, debe mirarse mucho antes de comprometerlo todo... si Dios le envía algún trabajo ó le pone á prueba. Todos nos conocemos en la huerta y nos estimamos... Nada debe turbar la paz que gozamos, ni el juego, ni los partidos ni las mujeres,—y recalcó estas palabras.—Al fin y al cabo las mujeres no saben querer como nosotros: dando el

alma junto con la palabra.—«Era verdad; así quería Tonet...» y sus ojos chispearon.—No tienen ellas suficiente entendimiento,—prosiguió aquel verdadero zorro, descubriendo un poco la brasa que traía envuelta en las cenizas de su retórica parda,—para pesar las cualidades de un hombre; su aptitud para el trabajo; su inteligencia para regir la más grande hacienda y gobernar la casa más poderosa; su sobriedad, su honradez... Si acaso, sabrán quién entona con mejor estilo una copla ó rasguea una guitarra con más habilidad... nada más.—Las flechas que traía el Sorro estaban envenenadas...

«¡Ya pareció aquéllo!»—pensó Tonet.—«Peporro quiere aún á Carmela y envidia mi fortuna. ¡Me da lástima, aunque es ruín y trapacero!»—Y riendo estridentemente, para irritarle, dijo en tono burlón, como quien está seguro de lo que afirma y no necesita demostrarlo:

—¡Bah, bah! Así serán... algunas.

—¡Así son... todas!—replicó su tío cogiéndole un brazo y acercándose á él, sin descomponer su rostro de bobo.

Volvió Tonet á sentir que una ola de sangre obscurecía su vista momentáneamente... pero pensó en Carmela, tan formal y juiciosa, tan poco amiga de fiestas y bailes, tan acorde con él en todo, miró á su pariente con lástima, y se levantó; su tío no consintió que pagara él y se fueron. Ya en el camino y antes de separarse, el Sorro, que no

parecía satisfecho si no remachaba el clavo, dijo con misterio:

—Adiós, Tonet. Mereces ser muy feliz y puede que lo seas... Eso está en tí... Pero si alguna vez, casado ó soltero, te ves en algún trance amargo, acude á mí. Yo te ayudaré: si es cuestión de dinero, con mi bolsa; si algún enemigo, con mi retaco; si negocio de mujeres—y sonreía, pero no como siempre, ahora,—con mis consejos y con mi experiencia, que es mucha. Nunca desesperes por duro que sea el caso... y acude á mí. ¿Me lo prometes?

Confuso Tonet por las diversas emociones sentidas en tan corto momento y ante aquella mezcla de chismografía y nobleza que había en el Sorro, prometió cuanto quiso éste, estrecháronse las manos y se separaron.

Cerca ya de la alquería, refrescada su cabeza por el vientecillo que venía de la parte del mar, exclamó casi en alta voz:

—¡Lástima de tarde perdida! ¡Maldito Peporro!

Cuando llegó, vió á Carmela de pie, al comienzo de la senda que conducía del camino á la casa... Al verle llegar movió la cabeza como reconviniéndole por su tardanza; pero sonreía y una sonrisa de la Rulla era para él la segura promesa de que el paraíso era suyo, de Tonet Albors...

No contó á nadie su entrevista con el Sorro; pero poco después, cuando sentados en torno de una bien provista mesa, merendaban en paz y gracia de Dios, ofreciendo el ejemplo de una familia

unida por el amor y el desinterés, cada uno al lado de su prometida, obsequiándose mutuamente, manifestando su contento y la tranquilidad de su conciencia con sus hechos y dichos, hasta los dos viejos, que también á su modo «se enamoraban...», pensó:

—«Aquel hombre deliraba... y merecía un trabucazo en el corazón por haber intentado morder en el mío y llenarle de veneno... La Rulla, la hembra más guapa y arisca de la huerta, estaba enamorada de él y sólo para él vivía... Pronto sería su mujer y aquella honrada familia la suya... Luego...— y acordándose de su tío, llameaban sus ojos,—que enviara Dios lo que quisiera. Cristiano y hombre de corazón era... Sabría llevar su cruz...»

II

Podrían ser aprensiones suyas; tal vez que la semilla de la desconfianza, que con mefistofélico arte dejó caer en su corazón Pepe el Sorro, comenzaba á germinar... lo cierto era que Tonet, que vivió hasta entonces tranquilo y feliz, tenía ratos de melancolía que se convirtieron en horas de abatimiento y angustia, singularmente cuando estaba sólo. Él mismo no sabía qué era aquello ni por qué se ponía taciturno; pero sus recelos indeterminados, sus desconfianzas vagas como fantas-

mas de humo, aparecían en su imaginación cuando meditaba sobre su conversación con su tío en la «tenda» de Cametes.

«Era un tonto, ya lo sabía él, atormentándose con quiméricas cavilaciones sin ningún fundamento, pero no lo podía evitar. Todos, sus padres, sus tíos, su novia llevaban la vida de siempre, deslizándose sosegada y monótona sin que nada la alterase... Si alguien había cambiado, era Rafel, para bien de todos. Habían hecho mella en él los continuos y sensatos consejos de su hermano y su conducta mejoró notablemente: ciertas nocturnas y misteriosas aventuras de las que fué héroe, no muy glorioso, habíanse acabado ya; era menos pendenciero, esquivaba el ir de música y á la taberna y se le veía asiduo y enamorado al lado de Huisa... Pronto se casaría Tonet y él después...; había que demostrar á los viejos que podía ser un buen marido. ¿Qué había, pues, que temer? ¿Sería el Sorro un envidioso de la dicha ajena y habría deseado amargar la suya?»

Estaba todo el día metido en la labor y tenía pocos momentos para entregarse á sus cavilaciones; pero llegó á ser en aquéllos tan intenso el sufrimiento, que, como acontece á todas las almas sencillas, pensó aliviar su pena comunicándola, compartiéndola con alguien; «alguien» era Carmemela... «pero de seguro se reiría de él. ¡No! ¡De él no! De sus imaginarias penas... Le preguntaría la causa de ellas y ¿qué respondería? Exponíase á que

le tomara por un visionario, por un celoso impertinente... y él era demasiado formal para dar ocasión de que tuviera un concepto equivocado de su seriedad. Además era demasiado buena para irle con tales cavilosidades, que podían envenenar su mutua confianza y su cariño... ¿No le extrañaría que fuera receloso el hombre que era dueño de su palabra y de su amor?

«A sus padres no había que pensar en decirles palabra... Dirían que Tonet era otro, que el hombre juicioso se había vuelto un chiquillo... ¿Le diría algo á Rafel? ¡A buena parte iba por leña! ¡Irle con tristezas y aprehensiones sombrías á la propia alegría! No le haría caso; pero aunque le escuchara, probablemente no le entendería aquel muchacho que no tomaba de la vida sino lo que ésta tiene de agradable y hermosa...»

Desistió de aquella idea: «podría ser un remedio peor que su dolencia. Ya pasaría aquella mala racha, aquella angustiosa preocupación... Ya pasaría y si no... él la haría pasar. ¿Cómo? Había un medio. ¡No ocurrírsele antes! ¿Qué les costaba adelantar la boda unos cuantos meses? Dueño él de Carmela... ¿quién se la quitaba? La Rulla sabría mostrarle la verdadera felicidad, la que ahuyenta los celos y las quimeras, la que hace soportar la vida y amar el trabajo... Suya Carmela no temía á sus propios pensamientos, por endiablados que fueran, ni á los fatídicos presagios de Pepe el Sorro.»

Volvió al trabajo confiado y seguro de sí mis-

mo, fiándolo todo á la resolución que había de participar á la Rulla aquella misma noche... Quería dormir tranquilo, sin que el espectro sonriente del Sorro, murmurara en su oído: «A lo mejor... la casualidad, que es muy mala persona... Suceden cosas peores que la muerte... Á lo mejor... hechos imprevistos... que cambian la suerte del hombre... y acaban con la paz de una familia...»

—«¡Sí... esta noche... sin falta ó me vuelvo loco! —rugía Tonet con ira, segando rabiosamente el forraje para las bestias...

III

Ya se habían dado las buenas noches, y estaban de pie, á punto de separarse, y aun Tonet no había aprovechado ninguna coyuntura para soltar su pretensión... Y si se le quedaba dentro... otra noche de martirio, otro día perdido. De pronto se rompe el nudo que oprime su garganta y habla.

—¡Carmela...! Si tú me pidieras algo, así fuera la vida, yo te la daría... Si yo te pido algo ¿me lo negarás?

—Si me lo preguntas es porque lo dudas, y no está bien que tú dudes de la Rulla...

—¿De manera, que...?

—¡Pide, hombre! que tú no puedes pedir nada malo...

—Es verdad... y vas á ver que no te equivocas... Escucha, Carmela, ¿por qué no adelantamos algo la boda... vamos, que podíamos casarnos antes del día convenido!—Carmela extrañó aquella demanda; pero contestó en seguida, procurando darle á entender que no meditaba la respuesta:

—¿Si...? ¿Nos corre alguien? Lo que quieras... por mí... Pero ¿no quedamos con los padres, que para Navidad?

—Sí; es verdad; pero... Mira, Carmela: cuantos más días pasan y más hondas se meten las raíces del querer en el alma... más prisa tengo de llegar al fin. Cuanto más seguro estoy de que tu palabra y tu cariño son míos, más miedo tengo de perderlos... Estoy seguro de tí, como tú lo estás de mí... No te ofendas; no me preguntes, porque no sabría contestarte... pero adelantemos la boda...—Carmela se echó á reir; un ligero temblorcillo agitaba su linda barbilla y su seno se movía con visible inquietud. Conteniendo su risa le interrumpió:

—¿Sabes que eso no te está bien? ¿Celosillo á estas horas? Vamos, Tonet, ¿eres tú el hombre juicioso ó el chicuelo que me habló de amores colorado y trémulo..., que tenía celos del aire que respiraba y hasta de las flores que me ponía en el pecho? ¿Qué mosca te picó hoy?

—¿A mí?—respondió Tonet, desconcertado y arrepentido de su atrevimiento.

—No seas niño y deja que... las cosas vayan por sus pasos contados... Si es que te pasa algo, díme-

lo. Si es un antojo tuyo, también... Pero si por eso se ha de enturbiar la paz entre nosotros... no te vayas. Habla con mi padre, yo le hablaré también y será lo que tú desees. ¿Qué más quieres?—Tonet que agonizaba, volvió á la vida... Todos sus recelos se desvanecieron; sus tétricos pensamientos los ahuyentó aquella divina mujer con sus palabras, pronunciadas con su aplomo habitual. «¿Quién sería el loco que diera abrigo á la duda después de oir tan franca decisión en tan linda boca?»—Pero la Rulla, le asestó una terrible puñalada en el corazón al decirle:

—Y ahora... pido yo. Dime la verdad... ¿por qué me has exigido eso?—Tonet no supo qué contestar y Carmela, viéndole irresoluto, añadió:

—Tú tan bueno y confiado has tenido un arrebato impropio de tu carácter; ese arrebato lo ha impulsado algo... alguien. ¿Que?... ¿quién? ¿No contestas? Concedido lo que pedías me toca á mí exigir.—Su voz era dura; sus palabras cortaban, se clavaban en la carne de Tonet, abríanse paso á través de su cuerpo, hasta llegar al corazón.—¿Tengo derecho ó no á saber todos tus pensamientos? ¡Dilo... contesta...!—agregó impaciente, arrugando el entrecejo...

«¿Qué había de contestar Tonet, si él mismo no sabía concretamente cuál era la causa de su tormento?» Y nada dijo porque nada podía decir que no fuera vago é indeterminado. La Rulla, insistió hasta que comprendió que nada lograría y por pri-

mera vez se separaron enojados; sin cuidar de disimular ella su agravio, porque estaba segura de que Tonet le ocultaba algo que no había querido explicar. Éste se fué maldiciendo su torpeza: «Había alarmado á su novia y cualquiera convencía á la Rulla de que él no le encubría alguna cosa.» Traslucieron sus hermanos su enfado, porque al salir Rafel, preguntó á Tonet con cariñoso interés:

—¿Estáis enfadados?—Su hermano no le contestó. Rafel no repitió la pregunta, pero se detuvo al llegar al camino. Tonet gruñó impaciente:

—Vamos á casa.

—No—replicó Rafel.—Ve tú. Yo voy al pueblo... Dí palabra á unos...

—¡Rafel, anda delante...!

—Te digo que no. ¿Tú faltas alguna vez á la palabra?—Tonet, recordó sus recelos de los pasados días; la paz de la alquería...; la bondad y confianza de Huisa, que dormiría tranquila, mientras Rafel andaría en alguna aventura no muy caballeresca y honrada... y dijo con triste acento:

—Rafel... acabarás de mala manera. Sé hombre de bien...; vámonos á casa.

—¿Yo? ¿que acabaré mal?—y reía con toda su alma.—¿Por qué? Ve tranquilo, Tonet; no temas por mí. ¡Adiós!—Y sin esperar respuesta le volvió la espalda, y de prisa, muy de prisa, se encaminó hacia el pueblo, cuya masa sombría se adivinaba cerca y en la cual no se veía ya ninguna luz. Tonet se fué derecho á casa: antes de entrar en ella, le

pareció oir la voz de su hermano lejana, pero clara y distinta. Mejor que una canción de amor parecía una queja triste, un lamento.... Tonet sonrió y pensó: «Hay que dejarle. Es así y no puede ser de otro modo...; pero ya cambiará... ya cambiará.»

Al día siguiente, al amanecer, abría Tonet la puerta de su barraca á punto que llegaba á ella Rafel, quien, con voz ronca, le dió los buenos días, entró y se puso á enganchar el carro: sin descansar se iba al trabajo. Tonet le gastó algunas chanzas mientras le ayudaba á aparejar el caballo. Rafel contestaba con gruñidos ininteligibles.

—Avinagrado traes el genio... hermano. ¿De dónde diablos vienes? ¿Qué te pasó? Cuenta, hombre, cuenta. ¿Te han soplado los cuartos en algún *cafetí?* ¿Has andado á golpes con alguien? ¿Te ha burlado alguna *señora?* Cuéntame, hombre, que no diré nada á Huisa.—Pero el malhumorado trasnochador, fosco y huraño, en cuanto tuvo el carro listo, subió á él de un salto, cogió las riendas, restalló el látigo y salió echando chispas, sin contestar ni mirar á su hermano que le decía:—¡Loco... aguarda... vas á atropellar á alguien!

IV

Tonet no volvió á hablar á Carmela de su deseo de apresurar la boda, ni ella á él de la promesa de hablar á sus padres sobre lo mismo. Él enrojecía

de vergüenza cuando estando á su lado recordaba el diálogo que sostuvieron, con tan poca fortuna para él... y maldecía el momento en que comunicó sus aprensiones á Carmela, porque creía que bien poco había ganado de aparecer como un chiquillo celoso y aprensivo, á los ojos de una mujer como la Rulla. Esta, aunque disimulaba delante de su prometido su preocupación, no hubiera podido ocultar á un perspicaz observador la sombra que obscurecía su frente y nublaba el brillo de sus ojos.

Entre los dos se había interpuesto una nube que empañaba su cielo; y á pesar de que se esforzaban en no verla y vivir como si no existiera, lo cierto era que se extendía y agrandaba y quizá escondía en su seno la chispa precursora de la tormenta... Porque los temores de Tonet, inciertos y borrosos como espectros de pesadilla, comenzaban á tener contorno, forma y relieve sucesivamente, hasta que el fantasma era visible, se hacía palpable y tenía vida real... «Ya no eran dudas ni cavilaciones, no; estaba seguro...» Notaba algunas veces que la Rulla se distraía y se quedaban sus pupilas extáticas, mirando sin ver, atenta sólo á lo que pasaba en su alma... Cuando Carmela se daba cuenta de su distracción y volvía á la realidad, miraba con fijeza á Tonet, sonriendo forzadamente, observando si él notó su momentáneo ensimismamiento. Reanudaba la conversación interrumpida y procuraba, hablando de cosas diversas, hacerle olvidar aquella pasajera distracción.

Tonet al principio no se inquietó; creía que él, con su impertinencia, había originado el latente malestar que en el fondo de sus almas se agitaba y ellos procuraban que no saliera á la superficie... Pero aquel estado enojoso se prolongaba demasiado; el fenómeno raro de las distracciones de la Rulla, llegó á ser tan frecuente, que Tonet se alarmó, aunque sin darlo á entender, y puso empeño en averiguar si era él ó no la causa de aquella constante preocupación de Carmela.

Una mañana, antes de que el sol dorara las blancas paredes de la alquería, llegó á ella Tonet á tiempo que Carmela salía en dirección al pozo... La detuvo con un ademán... y la miró con curiosidad y amor. La Rulla estaba pálida; tenía los párpados algo enrojecidos; dos círculos obscuros sombreaban sus ojos... La fatiga que causa el insomnio había dejado perdurables huellas en su hermoso rostro. Tonet, con acento inseguro, pero cariñoso, le preguntó:

—Carmela... ¿Has llorado?—Carmela, sorprendida al verle, respondió negativamente.

—¿Estás enferma? Dilo... ¿qué tienes, Rulla?—balbuceó profundamente apenado y olvidando sus resquemores.

—Nada... no es nada... Estuve... estuvimos cosiendo hasta muy tarde... ¡como ahora resulta que tienes prisa...!—la sangre se agolpó á las sienes de Tonet.—Además,—siguió ella,—me levanté ayer muy de madrugada y como apenas he dormido...

—¿De veras..., no me engañas? ¿No es que sufres... que padeces por mi culpa, por mis torpezas?

—¡No!—repuso ella con tono casi altanero, acordándose de que «era la Rulla...» y la Rulla debía demostrar que por ningún hombre se debe sufrir.—No es más que lo que dije y lo has de creer... como antes me creías,—y le miraba, observándole, queriendo llegar con su mirada y con sus palabras hasta el alma de aquel hombre. Tonet, sincero en sus odios como en sus amores, nunca fingió sentimientos que no existiesen en su corazón y la creyó. La seguridad y firmeza que había en la respuesta de la Rulla, disiparon sus temores y se fué algo más tranquilo al trabajo.

Apenas estuvo sola Carmela, alzó los ojos al cielo; estalló en su garganta algo que lo mismo tenía de suspiro que de gemido y yéndose hacia el brocal del pozo, dijo con angustiado acento:

—¡Ay... *mare mehua!*—Y al notar que dos lágrimas ardientes se escapaban de sus ojos y corrían por sus mejillas, abrasándolas, hundió las manos en el agua fresquísima y pura, y se inundó el rostro, para borrar las huellas de la honda pena que debía de conturbar el valeroso espíritu de tan altiva hembra, cuando tales muestras de dolor no podía reprimir.

¿En qué abismos de amargura se anegaba el alma de la Rulla?

V

Tonet notó que su pariente el Sorro le salía alguna vez al paso y haciéndose el encontradizo, pegaba la conversación con él. Pero la esquivaba ingeniosamente, y se escurría de entre las manos de aquel hombre con ligereza. «No quería oirle: bastante martirio sufría oyendo á su propio pensamiento». Pero un día que le encontró en el juego de bolos, notó que suspendía la conversación que tenía con otro labrador, al llegar él, y que le miraban los dos de un modo singular; trató de hacerle hablar y entonces fué el Sorro, aquel sempiterno hablador, quien rehuyó toda charla, escapando de allí en cuanto vió ocasión oportuna. El hombre con quien platicaba el Sorro, quedóse mirando á Tonet con curiosidad. Éste, aunque le trataba poco, se aventuró á preguntarle:

—¿A quién mordía esa mala lengua?—y fué menester que repitiera la pregunta, levantando más la voz, para que el otro le contestara, con cierta socarronería:

—No sé... á nadie. Pero debes saber que Pepe no murmura cosas sin fundamento... ni trae y lleva enredos y menos los inventa... No malquistó á un amigo con otro nunca ¿y le llamas mala lengua? ¡Es todo un hombre! Jamás dijo mentira... Lo

debías saber... lo debías saber... Pero veo que tú no sabes nada...

Y se volvió, esquivando la respuesta de Tonet, observando atentamente al juego y á los jugadores, sin preocuparse más de él, que perplejo y cortado por la corrección sufrida, no se atrevió á despegar los labios. «¡Siempre lo mismo! En los momentos más difíciles y apurados, cuando más falta le hacían las ideas y las palabras, ni acudían aquéllas ni salían éstas. Él hubiera querido seguir el diálogo, tirar de la lengua á aquel camarada, pero éste era hombre también de pocas palabras; y como no habló más y Tonet no sabía cómo sacárselas... desistió.» Desde este día buscó á Pepe, hizo por encontrarse con él; pero el Sorro, al verle de lejos, tomaba otra dirección y pronto se perdía de vista: «¡Diría que me teme y me huye!»—pensaba Tonet.—«¿Me deberá algo? ¿Será cosa de cobrarlo arrancándole la lengua? ¡Si fuera él la causa de la tristeza que advierto en Carmela y ella me oculta... ¡Oh! Vale la pena de averiguarlo...»

Y como buscaba con empeño á la verdad, ésta, tarde ó temprano, había de salirle al paso... haciendo inútil la cobarde tarea de las «malas lenguas» que ante él la presentaban medio oculta y muy velada y á sus espaldas la desnudaban completamente...

CAPÍTULO SEXTO

«Vicaria mors».

Ocurrió en la alquería un suceso tristísimo que puso de relieve ante los ojos de aquellas gentes sencillas, la singular condición del alma de la Rulla. Con pocas semanas de enfermedad, sin dolor ninguno, sin sufrir apenas, casi «sin dar quehacer», murió la pobre baldada, dejándoles asombrados primero tan inesperada catástrofe, abatidos después. Ninguno sospechaba lo que iba á ocurrir... Comenzó por perder el apetito; invadióla luego una tristeza profunda que extendió sobre ella una sombra lúgubre... Hablaba poco; no se quejaba ni respondía si le preguntaban cuál era su dolencia. Sólo cambiaba algunas palabras con «su Carmela» por quien siempre tuvo idolatría. Cuando conoció que se aproximaba su fin, rezaba con fervor continuamente. Carmela le dijo que no se fatigara, pues su alma, pura y limpia de todo pecado, iría al cielo seguramente sin ninguna ayuda. La moribunda le contestó muy quedo, con acento que parecía venir ya de lo desconocido:

—¡Rulla..., rezo por mí... y por tí!—Carmela dominó la impresión que causaron en su ánimo aquellas palabras, al notar que su hermana lloriqueaba

por allí cerca, presintiendo que la muerte batía sobre ellos sus negras alas... Y como se apaga una luz por falta de aceite, así se apagó aquella vida... llamando á Carmela, pidiéndole que acercara el rostro al suyo, siendo para ella sus últimas palabras y su postrera mirada; aquella mirada que quedó cristalizada en las vidriosas pupilas de la muerta y que Carmela tapó cerrando sus párpados, sin temblar, con mano tranquila.

Serena y fuerte, mientras los demás gemían y lloraban desconsolados, se arrodilló junto al cuerpo de su tía y fué la primera oración la suya.

Levantóse cuando aun vibraban en sus labios las últimas palabras de su rezo, amortajó el cadáver con el hábito del Carmen, le colocó en el ataúd sin ayuda de nadie y encendió los blandones que le rodeaban.

Todo el que la vió se hizo lenguas del valor y entereza de la Rulla... Huisa no podía más...; creía que «se la llevarían» detrás de su tía; los viejos «hubieran querido que aquella muerte hubiera acaecido después de la suya para evitarse tan cruel dolor... No podrían acostumbrarse á ver vacío aquel ángulo de la habitación que tantos años ocupó el lecho de la infeliz tullida, resignada con su suerte, siempre locuaz y alegre... ¿Cómo... por qué se apoderó tan repentinamente de ella la intensa melancolía que la mató? ¡Dios lo sabría!»

«Al llevársela se llevarían con ella toda su alegría, su dicha, la paz de su espíritu. ¡Soportaban tan

resignados y gustosos aquella cruz! Miraban el lecho, donde para ellos anidó el alma de la alquería; y al contemplarle vacío, aún modelado groseramente allí, el hueco que dejó la encogida figura de la enferma, no podían reprimir sus lágrimas y sentían algo de asfixia en el pecho. Tonet, que amaba á la muerta no sólo porque fué desgraciada sino porque sabía cuanto adoraba á Carmela, sintió que aquel golpe rudo resquebrajaba su corazón... Se acordó del Sorro, aquel profeta de males y tristezas y le maldijo. Rafel, llorando también junto al ataúd, no pudo reprimir estas palabras:

—¡Ha muerto el más sano corazón de esta casa!—Huisa le miró á través de sus lágrimas: en su muda protesta había tanto amor para él, como sentimiento por la pena que lloraba. La Rulla, sin mirarle, le apartó suavemente del cadáver, al que besaba como un hijo doliente y desconsolado besa el de su madre.

—¡Se ha muerto el alma, la alegría de la alquería!—repetía desolado, inconsolable.

Carmela dispuso todo lo necesario para el entierro y para que la velaran en el cementerio aquella noche; y á la mañana siguiente al clarear el día, acompañada de sus dos primos, fué allá y dió su último adiós á la muerta, sin grandes ni estrepitosas demostraciones de dolor; pero bien claro se veía cuán hondo era éste; besóla repetidas veces é hizo que en su presencia bajaran á la fosa el ataúd y dieran tierra cristiana á aquellos queridísimos des-

pojos... Rezó: contestaron Tonet y Rafel sus oraciones, y salieron. Ni una lágrima había empañado sus ojos...

Iba delante, silenciosa; sobrecogido su ánimo; serena en apariencia... Tonet la seguía solícito, atento; Rafel un poco más lejos... Cruzaban la huerta en dirección á la alquería. Antes de llegar, la Rulla se volvió; á lo lejos se veían aún entre el arbolado y los diseminados grupos de barracas y alquerías, las blancas paredes del cementerio y los negros cipreses que tras ellas se erguían... Sus dos primos la contemplaban, humillados ante tanto valor y entereza. Carmela se llevó el pañuelo á la boca y lo mordió para contener el sollozo que subía á su garganta; dos lágrimas brillaron un momento en sus ojos serenos, y sin trastornarse su rostro, tras una leve agitación de su seno, dijo con voz obscura:

—¡Adiós!—y siguió su marcha.

Tonet la admiraba; estaba orgulloso de que fuera así... «Así la quería él: serena en los duros trances de la vida, fuerte para el dolor. Ella era la mujer soñada; aquella alma indomable sería una esposa como debían serlo todas las mujeres.»

Huisa, hablando con Rafel, aquella misma noche y refiriéndole los últimos momentos de su tía, dijo que las últimas palabras que le oyó fueron para Carmela y fueron éstas:

—«¡Carmela... Carmela...

—¿Qué le duele, tía?

—Nada... nada; ¡me muero de sentimiento...—y su voz se apagaba.

—¿Por qué... qué le hemos hecho? ¿No la queremos todos?

—Sí, sí; pero me mata el sentimiento... yo sé por qué... No lo digas á nadie... Sábelo tú sola... oye. ¡Tu boda... Dios mío!»—y ya no habló más,—terminó Huisa. Rafel quedóse pensativo y antes de irse le dijo á su prima:

—¡Huisa... alma mía! No le cuentes á Carmela ¡ni á nadie! eso que me has contado...—y se fué más preocupado que triste. ¿Era que aquel tarambana no comprendía que el sentimiento puede matar como un cuchillo mata... ó que su conciencia lo sabía de sobra?

CAPÍTULO SÉPTIMO

«La plega».

En todos los pueblos de la huerta de Valencia existía la costumbre, que aun se conserva en algunos, de salir el cura acompañado por el alcalde, clavarios y otros personajes, los de más campanillas, por supuesto, del lugar,—llevando delante al *donsayner*, haciendo prodigios de ejecución, alardeando de sus pulmones de toro, y al chico del *tabalet*, que redoblaba el parche con saña y harto detrimento del tímpano de los oyentes,—á recoger donativos para las fiestas en honor del santo tutelar. Recorrían la huerta, sin dejarse alquería ni barraca por visitar... y aquí un puñado de trigo, allá unas cuantas monedas, más allá un vaso de agua fresca y buenas palabras no más, el caso era que se recogía lo suficiente para que las fiestas fueran espléndidas y lucidas y se pudiera asegurar desde el púlpito con voz campanuda y estilo enfático «que la fe de nuestros mayores no se entibiaba jamás y que los feligreses de aquella parroquia seguían siendo los predilectos de Dios y de la Iglesia.»

Otras veces, *la plega* era con motivo de alguna calamidad pública ó desgracia ocurrida á algún individuo ó familia. En este caso *el tabalet y donsayna* quedábanse mudos y tristes en casa, mientras el cura y el alcalde, seguidos por todo el Ayuntamiento, recorrían los caseríos de la feligresía. Si el suceso no había sido ninguno de los frecuentes incendios de barracas que dejaban en la miseria á familias enteras ó un pedrisco que asolaba los fértiles campos, sino una larga enfermedad que agotaba los recursos de una familia ó de alguna pobre huertana parturienta... entonces *la plega* tenía menos aparato y solemnidad. Se encargaban de realizarla los vecinos con sus trajes domingueros, llevando un pañuelo atado por las cuatro puntas ó sendos cucuruchos de papel en las manos, dondo depositaban las limosnas, conforme las iban entregando aquellas pobres gentes.

Cuando algo de esto ocurría en la vega, ya se sabía: avisaba cualquiera en la alquería de Chenovés y salían las dos hermanas, después de la misa del domingo, sin quitarse la mantilla, á pedir por amor de Dios una limosna para aquel necesitado, sin dejarse alquería grande ni barraca chica, desde el «Camino Hondo» hasta la «Acequia de Vera» y desde el Cabañal hasta Benimaclet. A la limosna recogida, juntaban la suya y algún otro donativo en especie: ropa, alguna gallina, huevos... y no había en la huerta quien no bendijera el nombre de las dos hijas de Pelegrí Chenovés.

Pocos les negaban su ochavo. Todos al ver aquellas lindas muchachas con sus trajes vistosos y ricos pedir con humildad, implorar por «amor de Dios», oyendo destempladas negativas, soportando desaires, ellas que no carecían de nada y pedían para otro... se apresuraban á poner en sus manos todo el dinero de que podían disponer, seguros de que las chicas del tío Chenovés llevaban su donativo donde hacía verdaderamente falta.

Huisa sabía pedir mejor que Carmela; poseía el arte de saber llegar al corazón de las gentes y rogaba é insistía hasta lograr la limosna. La Rulla, no comprendía cómo una vez expuesta clara y sinceramente una necesidad á quien podía en parte remediarla, hubiera que insistir para que á regañadientes ó con malos modos le echaran en el pañuelo un ochavo. Llegaba á casa de unos labradores acomodados y si su petición merecía una negativa desdeñosa ó altanera, la Rulla, sintiéndose altiva y orgullosa más que nunca, decía, conteniendo á duras penas su enojo:

—¡No se enfaden...! No ponemos un puñal al pecho á nadie...—y sacando de su bolsillo unas monedas de cobre y arrojándolas en el pañuelo que sostenía Huisa, añadía:

—Esto va por usted, para la pobre enferma...—y les daba la espalda, radiante de orgullo.

La última vez que salieron después de muerta su tía, tristes y enlutadas, fué para aliviar la precaria situación de una infeliz mujer á quien llama-

ban la *Malcasá;* había dado á luz dos gemelos y vivía abandonada por su marido, un borrachín, haragán y jugador, todo en una pieza, que la dejó embarazada y con dos criaturillas pequeñas.

Y llegaron contentas á la choza de la recién parida, porque lo recogido superaba á lo que habían imaginado reunir. Mientras estuvieron allí, la Rulla no pudo ocultar que sufría... Se escapaban de su pecho hondos suspiros, sus ojos estaban húmedos y preñados, como si las lágrimas fueran á fluir por ellos y la agitaba desconocida inquietud. Cuando llegaron á la alquería, no cuidó de ocultar á su hermana el cansancio de su cuerpo... y la fatiga que pesaba sobre su alma. «Estaba rendida... hacía mucho calor y deseaba quitarse aquellas ropas...» Se encerraron en su habitación y despojándose de sus vestidos y quitándose el corpiño, respiró libremente. Dejóse caer sobre el viejo arcón, donde guardaban sus joyas, y casi desnuda, caídas á un lado sus ropas, habló á su hermana de esta manera:

—¡Cuánto deseaba acabar hoy...! Ningún día he sufrido tanto al negarse la gente á socorrer á esa infeliz... Me ahogaba allí en aquella miserable barraca... La pena de la Malcasá ¡veas tú! parecía que se extendía y llegaba á mí y era propia, mía también... No quiero volver... Tú le llevarás eso... la ropa y lo que le hemos prometido... Le llevarás todos los ahorros que tengo;—y su mirada se perdía por la ventana entreabierta por la que entraba un rayo

de sol y las sombras juguetonas de las hojas de la parra...—No puedo volver á ver tanta miseria... tanta infamia... ¡Qué malos son los hombres! Abandonar así á esa pobre mujer... Y él estará bebiendo... jugando... ó irá detrás de alguna perdida mientras esa que le quiere, que es suya, porque él quiso que lo fuera... se muere de hambre y de vergüenza sobre un jergón... ¡Qué vida...! Valía más morir...—

Sus frases cortadas, interrumpidas... eran reflejo de sus propios pensamientos, más que de los hechos que aquel día presenció. Huisa asentía con la cabeza á sus palabras y con los brazos caídos lloraba, cayendo dos ríos de lágrimas de sus ojos. El relato que hacía su hermana del cuadro tristísimo que acaban de ver la conmovía y destrozaba el alma. Carmela se levantó y mirando de un modo que daba miedo, murmuró con rabia y sordamente:

—¡Si yo tropezara con un hombre así... le haría beber toda... toda la hiel que esa y otras... y todas devoramos, digo, *devoran* por ellos...—añadió corrigiéndose.

Había tal acento de ira, tal coraje en sus palabras, que la pobre Huisa la contempló sorprendida. La Rulla se acercó; cogió la encantadora cabeza de su hermana con ambas manos y la apretó contra su pecho... Entonces, cuando Huisa no lo podía ver, una expresión de infinita angustia transformó su semblante, que pareció implorar algo á la Virgen guardada en la urna de cristal,—ante la que ardía una luz desde que murió la tía Carmela...—y en-

tonces fué ella la que lloró copiosa y abundantemente.

Al inclinar, abatida, la cabeza, sus lágrimas cayeron sobre las trenzas de Huisa... Enjugólas rápidamente con el dorso de la mano y sonrió forzadamente á su hermana, que levantaba hacia ella su frente sin mancilla, su cándido rostro de virgen rafaelesca, su pensamiento limpio de toda impureza...

CAPÍTULO OCTAVO

Nocturno.

El disco brillante de la luna iba levantándose poco á poco por la parte del mar y sobre la mancha obscura del caserío del Cabañal que se extendía de Norte á Sur, confundiéndose con las negras masas del arbolado y los grupos de alquerías... El luminoso planeta alumbraba, con escasa luz aún, los sembrados, las sendas, las plantaciones de frutales, prolongando sobre el suelo las débiles sombras de los arbustos á cuyos irregulares contornos comunicaba fantásticas formas.

Por un campo inundado de agua corría una sombra humana en distintas direcciones; se paraba; inclinábase... miraba atentamente unos minutos... De pronto se erguía, daba un salto prodigioso, y corría hacia otro lado. Volvía á detenerse, observando el agua que entraba á borbotones, por la boquera de la acequia. La sombra se inclinaba otra vez; con un pequeño legón, cuya pala cuadrada brillaba como un bruñido acero á la incierta luz de la luna, ensanchaba más el boquete;

abría otro, un poco más arriba y cerraba presuroso el que abrió antes, ayudándose con los pies, descalzos y llenos de barro pegajoso, con los que acababa de apisonar la tierra para que en un cuadro no entrara más agua. Subía la luna; su luz iba siendo más clara y más intensa; las masas de sombra se aclaraban y las alquerías y el arbolado aparecían ya con sus proporciones y relieve naturales; lo que antes tenía un aspecto fantástico y sobrenatural, quedaba reducido á su propia realidad. Los fantasmas inmóviles y erguidos sobre la tierra, mudos y amenazadores, eran corpulentos álamos, enormes higueras, ó chopos como monolitos que protegían la dormida barraca y la silenciosa alquería. En la pequeña laguna, donde parecía reinar la inquieta sombra, que empuñaba el reluciente *lligonet*, como un cetro, el agua movible reflejaba, rota en mil pedazos, la imagen del triste satélite; y la sombra humana se detuvo contemplando aquel hermoso espectáculo. Era un hombre, de esbelta y bien trazada figura: llevaba remangados los brazos hasta más arriba del codo y el pantalón hasta la rodilla; sus robustas extremidades parecían bronceadas, y á juzgar por sus vivos y enérgicos movimientos, las regían músculos de acero. Volvió la desnuda cabeza y dióle de lleno la luna, que iluminó su amplio tórax, su rostro moreno, su frente blanca, blanquísima: era Tonet, que relampagueante la mirada, rápido en sus movimientos, abría portillos, hacía diques para contener el agua que se desviaba

del punto adonde la quería dirigir é inundaba en demasía sus tahullas. Como un general cuando pone en movimiento diversas y numerosas huestes, en el momento más difícil de una batalla, así él solo, sin ninguna ayuda, acudía donde era menester, en aquella gran extensión de terreno que había de regar enteramente, en el corto tiempo que correspondía á su turno... «Tenía que dar un buen riego á las patatas tardías y á las hortalizas que estaban sedientas y caían mustias sobre la tierra, abrasada por el poniente desolador que sopló durante el día; pero era preciso también impedir que el agua entrara en el melonar estercolado y regado de pocos días há.»

La luna, llena y esplendorosa en un cielo diáfano de Julio, iluminaba completamente los inundados campos, semejantes á espejos irregulares, truncados aquí, rotos allá por los rectos *caballons* (camellones) y las masas de hortalizas que surgían de aquel pequeño mar como diminutos y frondosos islotes... Y Tonet seguía, seguía trabajando con ardor, abriendo nuevos cauces al agua impetuosa, en la tierra seca, requemada y tostada por el sol, abriendo portillos de un solo golpe en un caballón, aprovechando los minutos y los segundos para no perder ni una gota de aquella agua que era suya y que dentro de un momento sería de otro. —«Aunque al turbio líquido podía retenerlo un momento más, sin peligro ninguno, era una riqueza que pronto dejaría de ser suya; y cometería

un robo, si quitaba á otros una sola gota de aquella agua fecunda... Todos dormían, y aunque no le veía más que el astro pálido, «la luna era bastante» para recordarle toda la vida aquella mala acción y no podría levantar nunca los ojos para mirarla cara á cara». Tonet no tuvo ninguna cuestión con nadie, por el aprovechamiento del agua. Le importaba poco que le celaran durante el tiempo que le tocaba regar; á él, que ni siquiera tenía que resistir la mala tentación...

Terminada su faena sentóse en un margen y encendió un cigarro. Contemplando el agua rojiza que corría bajo sus pies, á oleadas, tumultuosamente, como si fuera estrecho el cauce para contenerla, pensaba sonriendo, con la satisfacción del deber cumplido:

—¡«Mírala... mírala como corre, la condenada! Parece que tiene prisa y que sabe que la espera «el Nap» para regar sus frutales... Después correrá hacia las hortalizas de «la Rica» y de «Cantana»; torcerá luego buscando los sembrados de «la Reyneta», pasará por delante de la alquería de Chenovés; allí no regarán; riegan «*del bras de la Rambla*» del otro lado del camino *del Chirós;* pero seguirá aún por las tierras «del Coixo de la Loya» y de «Mariano Labús,» se juntará con la acequia de Gas, atravesará el pueblo y se perderá en el mar, después de haber calmado la sed de toda la huerta...»—Su pensamiento volvió atrás, después de un momento de calma. «La alquería... la Rulla... ¿Dormirían

todos ya?... Era ya media noche... ¿Velaría aún Carmela cosiendo su ajuar, «porque resultaba que ahora Tonet tenía prisa?»—Y parecía recordar que algo de ironía impregnó esta frase de la Rulla... «Sí; reposarían ya en blanda cama... mientras él, sin descansar de la fatigosa labor del día, iba aún por la huerta cumpliendo con la obligación y con la carga de sus pensamientos.» Se levantó. Le tocaba después de media noche regar en otra partida, algo lejos de allí y cerca de «cá Chunsa» donde el *roll de la Ullá y el roll del Chirós* se unen... y allá se fué con el legón al hombro, abierta la amarillenta camisa, manchada de rojo barro, por la que asomaba su robusto y velludo pecho. Andaba de prisa y chupaba con delicia su cigarro... Pronto estuvo en su puesto. El agua aun no había llegado; pero no tardaría. Sentóse junto á la acequia; sus piernas colgaban sobre el seco cauce, del cual apartó su vista porque de su fondo negro parecían surgir las dudas atormentadoras que seguían atenaceando su alma, con más furia, cuanto más lejos estaba de Carmela.

Rendido por la fatiga y por sus propias cavilaciones, sintió que un dulce sopor se apoderaba de él y recostó la cabeza sobre el rugoso tronco de una morera; sin darse cuenta cerráronse sus párpados... No tardó á despertar; restregóse los ojos, miró en torno suyo, fijó después su vista en el cauce, bajo sus pies... El agua comenzaba á llegar en oleadas que parecían de barro líquido, que avanzaban un poco, se detenían, extendíanse á los

lados mojando todo el álveo; volvían á avanzar... De repente, las oleadas rojas, empujándose unas á otras, llenaron la acequia y elevaron su nivel considerablemente.

Sobre el agua se reflejaba la imagen de la luna cortándose, estirándose, volviéndose á unir, tomando mil formas, á los ojos del mozo; borrándose y volviendo á surgir, parecía burlarse de él y ser un trasunto de lo que en su imaginación ocurría. Una sombra se interpuso entre Tonet y la brillante superficie donde rielaban caprichosamente los rayos de la «casta diva». Se incorporó presuroso; pero al conocer al recién llegado, dijo cariñosamente:

—¿Qué hay, Chuano?—Chuano, era el guarda que rondaba el término, con la carabina al hombro y una apestosa tagarnina en la boca, mascándola.

Estuvo allí mientras Tonet regó y juntos se fueron después, hablando de las cosechas y del riego... «Venía de recorrer todas las partidas que regaban de la acequia de Mestalla, pues temía hacer las denuncias sin «datos palpables». Querían que denunciara «al Mesuraor» y á «Menudí»; se había quejado, días atrás, «Chesinto el Butoni», y como él sabía que en la huerta nadie quitaba á otro lo suyo, no haría la denuncia al *síndich*, hasta que no viera con sus propios ojos la infracción.

—No tienen ellos la culpa, Chuano,—replicóle Tonet.—Ya sabes tú que la acequia de *Mestalla*, no trae las catorce filas que le corresponden para regar toda la Vega, desde *el carrer de Molvedre* hasta

el Cabañal... y claro, ni *el bras de la Rambla,* ni *el del Chirós,* ni *el de Roca,* ni los del *camí fondo* y *Carmona* traen el agua que necesita la huerta... Ya se lleva bastante la acequia *dels molins de Peñarrocha...*

—¿Y sabes por qué no traen *Mestalla* y *Tormos, Mislata* y *Fabara, Rascaña* y *la Robella,* el agua que marcan *les Ordenanses?*—le atajó el guarda;—pues porque el azud de *la de Moncá* lo han levantado «cuatro dedos» *(¡cuatre dits!,*—chillaba el guarda indignado), para que llegue bastante agua al Puig y Puzol, y hasta el término de Sagunto...

—¿Pero, y los síndicos qué dicen, qué hacen?

—¿Qué quieres que digan, Tonet? Ya sabes, que la política, la maldita política, se mete hasta en el fango de las acequias... Y ya sabes, que *el gobern té la culpa de tot...*—Y se quedó Chuano tan tranquilo después de este desahogo.

—¡En tiempos de mi agüelo Marianot, no pasaba esto... y no fué nunca síndico!—arguyó Tonet.

—¡Cá, hombre! ¡Qué había de pasar! Ni en tiempos de «Quico el Vierde» tampoco. ¡Aquéllos eran hombres! Tenían á raya á los de arriba y á los de abajo... y *com les sequies venien sempre de gom á gom* (de orilla á orilla), el oficio de guarda era muy descansado; pues no se denunciaba á nadie y no nos hacíamos de malquerer con ninguno...—Chuano estaba inspirado. Seguramente, en su larga correría habría hecho algún descanso en *la Barraqueta* ó en casa Cametes y venía hablador. Dijo luego que

estaba rendido, pero que aun quería echar una ojeada por todo el *roll de la Ullá* y parte del *bras de Roca* y en seguida, por la senda *dels Alborsos*, por *ca Petelé* y *ca Orba* se iría á casa á descansar, que buena falta le hacía.

Hablaron también de los raterillos del pueblo que venían hasta en grupos, en cuanto los melones comenzaban á cuajar; y al despedirse y como último comentario de algo dicho en su conversación, dijo el guarda á Tonet, con expresión que á éste le pareció socarrona é intencionada:

—Pues sí haces bien... La hacienda se ha de cuidar día y noche... á toda hora... pero sobre todo de noche, Tonet...—Y se fué, dejándole perplejo. «¿Habría hecho mal en dejarle ir?... ¿Por qué diría que la hacienda... se ha de guardar... sobre todo de noche? ¿Serían estas palabras advertencia indirecta del amigo oficioso, ó expresión vulgar é indiferente, dicha sin malicia? ¿Aludiría á los pilletes de los muelles que venían al melonar y á los maizales á prima noche merodeando... y estaría él mismo dándose martirio sin razón?

Llegó á su casa: bajo la copuda higuera extendió su manta, puso sobre ella una piel de carnero y se echó sobre aquella cama de soltero del labrador valenciano, abrumado por sus cavilaciones y por la fatiga. Cuando los gallos se comunicaban unos á otros, con creciente alborozo, que llegaba el día, precedido por una espléndida aurora y acompañado de suaves y frescas brisas, Tonet Al-

bors, el prometido de la Rulla, conseguía dormirse.

La luna, su fiel compañera durante toda aquella noche de trabajo, se escondía por Occidente, esquivando, casta y ruborosa, las caricias y besos ardientes del dios, cuyo carro de oro y fuego asomaba por el levantino horizonte, incendiando las nubes de ópalo y rosa que estorbaban su paso...

CAPÍTULO NOVENO

¿Caín?

I

TONET volvió á ser el de antes. Sus inquietudes se habían calmado mucho; la nube que obscureció su cielo, presagiando una borrasca devastadora, fué imaginaria. Deseando acabar con el martirio que continuamente padecía y temiendo á la desesperación, que siempre trae de la mano á la locura..., rondó la alquería de Chenovés á distintas horas de la noche. Avisaba á su hermano que aquella noche volvería tarde y salía ocultando el retaco bajo la manta. Rafel, sonriendo, le decía:

—¿Con que trasnochador... y á estas alturas? Vamos... son las despedidas del soltero...—Tonet le encargaba que fuera prudente, sobre todo en la alquería... Rafel contestaba que «cosas de hombres no interesaban á las mujeres. Podía estar tranquilo». Tonet se iba satisfecho porque Rafel no adivinaba, por lo visto, el motivo de sus salidas. Durante el día se presentaba en casa del tío Pelegrí, de improviso, cuando suponía que no le esperaban... y nada de extraordinario, de anor-

mal ocurría allí. Fué alguna mañana al mercado del Cabañal, al «puesto» donde estaba la Rulla rodeada de montones de hortalizas, cestas con fruta, pirámides de melones, y la vió como siempre pleiteando con sus parroquianas, hablando con sus vecinas, en mayestática actitud... Nada extraño ocurría por allí tampoco. Al verse sonreían; él, cariñoso y agradecido porque sin saberlo ella, disipaba sus dudas y desvanecía sus celos; Carmela con seductora sonrisa y serena y tranquila mirada.

Sus continuas amonestaciones habían logrado «convertir» á Rafel y las excursiones nocturnas de éste eran pocas y tardías; metíase menos en pendencias, jaleos y músicas; no iba á la tenda y mucho menos tras las faldas...Tonet estaba desorientado, porque le parecía que algunos amigos le miraban,—el Sorro entre ellos—de un modo que él no sabía explicarse ni definir. Pero pensó que «nunca medra quien mira mucho los dichos y hechos ajenos» y procuró olvidar su conversación con Pepe el Sorro y el dicho del guarda: «La hacienda, á toda hora hay que guardarla.» «Si algo ocurría sería obra del despechado viudo que amaba aún á Carmela y no atreviéndose á quitársela cara á cara, ponía tranquillas para lograrlo... y, francamente, no valía la pena de que por un hombre así, viviera intranquilo. Ningún peligro amenazaba su sosiego; en la alquería no pasaba nada; hasta Rafel era otro... Todo fué obra de su suspicacia y de su amor... y de la envidia que alguien tenía de su bien;

era preciso vivir como antes, confiado, si quería ser feliz.»

Transcurrieron algunas semanas...; un día, á últimos de Agosto, Tonet, sin saber por qué, se levantó de mal humor. El calor le arrojó de la cama antes de amanecer. Violentas bocanadas de un poniente devastador entraban por la abierta ventana, que no se diría sino que era la boca de un horno. La cerró, se vistió; cogió un farol y fué al establo á dar un vistazo á las bestias. Al entrar en él, quedó sorprendido viendo entornada no más, una puertecilla que daba al campo y que él mandó cerrar á su hermano, al acostarse. «¿En qué pensaba aquel tarambana?» Cerróla airado, y con tal fuerza la empujó, que se le apagó la luz... Este incidente le agrió más el humor. A tientas volvió adentro y encendió otra vez el farol. Fué á despertar á Rafel... «¿Cómo? ¿No estaba? ¿No se acostaron juntos? ¡ah! Aquel pillastre hacía salidas ocultándose de él... Bueno. Sabía á qué atenerse respecto de la buena conducta de su hermano... ¡Genio y figura...! Pero él le aseguraba, que de la pobre Huisa no se había de burlar...»

Luego, repartiendo la comida á los borregos, apartó con la hoz que llevaba en la mano, la cabeza de una res hambrienta, que echaba bocados á las frescas y húmedas hojas antes de cortarlas... y la hirió sin querer. «¿Cómo estaba? Mala yerba había pisado...» Cuando se levantaron sus padres, les puso el gesto avinagrado; contestaba con displicencia y

enfado sin darse él mismo cuenta. Su padre, que le conocía y sabía lo que se ocultaba bajo aquella rústica corteza, le dijo entre severo y burlón:

—¿Estás de mal aire... Tonet? ¿Tienes el poniente en la sangre?—Sin responder salió al campo, á la faena.

El primero que le dió los buenos días, fué aquel guarda que le recomendó el cuidado de su hacienda á toda hora. Se alejó diciéndole:

—¡Viento de tierra... Tonet! ¡Dios nos libre de una mala *ponentá!*—

«¿Con qué intención lo habría dicho? Aquel hombre parecía malicioso y más que malicioso, socarrón... ¡Bah! ¿Volvíamos á las andadas? ¡Era muy tonto! ¿Qué intención podía caber en aquella vulgar alusión al viento reinante? ¡Hala! ¡á la faena...!»—Aquel día trabajaba en su casa.

Las inmensas bocanadas del poniente caían sobre los campos agostándolos; abrasaban la piel, encendían la sangre y secaban el sudor. Al caminar parecía que se andaba entre oleadas de fuego. Tonet, respiraba pesadamente y al entrar el aire en sus pulmones causábale tal impresión, que pensó si habría algo corrosivo disuelto en él. Llevaba los ojos entornados: todo lo veía rojo, como si ardieran los objetos con purpúreas llamaradas. El sol caía sobre él como pez derretida, tostándole el pescuezo y las espaldas... Poco rato después de estar al aire libre sentía dolor en las sienes y mucha y ardorosa sed...; tuvo que entrar varias veces en la

barraca á refrescar sus fauces y á descansar un poco á la sombra.

Algunas veces un grupo de nubecillas blancas velaban la luz del sol; el paisaje cambiaba súbitamente, pasando del tono rojo al gris... pero volvía en seguida á reverberar aquella luz roja, deslumbrante, cegando los ojos.

Arreciaba el viento tronchando cuanto oponía alguna resistencia á sus embates: los altos y granados maizales se doblaban, los erguidos cañaverales que bordeaban las acequias, á modo de guardias armados con engalanadas y movibles lanzas, chocaban entre sí, abatiéndose unas, rompiéndose otras...; y el poniente pasaba entre ellas furioso, silbando, yéndose á embestir á un grupo de altos álamos á quienes hacía bailar una furiosa y epiléptica danza... levantando más abajo, en los caminos, nubes espesas de polvo, que esparcía luego con furia sobre los campos y los caseríos. Por las acequias corría, con violento empuje, el agua roja fecundante, como si fuera sangre que circulara por abiertas arterias.

Su padre vino á ayudarle, para acelerar el trabajo... Rendidos, al mediar la mañana, refugiáronse á la sombra de un seto y se tumbaron sobre la hierba. Su padre recordaba que en un día como aquél, detrás de la taberna «del Parrante», en el juego de bolos, un hombre á quien se tenía por cobarde, hundió su faca en el vientre de un valentón, que le provocó arrojándole al rostro un vaso

de vino...—¡Tiene malas chanzas el poniente!—Dijo á modo de comentario, Toni Albors, levantándose y poniéndose otra vez al trabajo, pues por la tarde habían de regar y antes dejar acabadas todas las labores. Tonet se levantó también; la quietud excitaba más su imaginación y sus recuerdos acudían, empujándose unos á otros como si quisieran atormentarle todos á la vez... Su conversación con el Sorro, resurgía viva y fresca, encontrando en ella nuevos motivos de inquietud. «¿Habría sido demasiado confiado? ¿Habría hecho mal interrumpiendo sus rondas, velando por el sosiego de todos? ¿No debió confiar sus recelos á su padre y á Rafel y ayudado por éstos desenredar aquella invisible madeja que, sin saber cómo, oprimía su cuello y acabaría por ahogarle? Las malas ideas nunca acuden solas... Dudó otra vez... ¿De quién? ¡De todo!... ¿Celaría otra vez la alquería? La hacienda se ha de guardar á toda hora... Y la alquería era su hacienda; más aún: su vida, su amor... Sucederá que nada ocurre, que nadie piensa en robarme mi tesoro...; mejor. Así dormiré tranquilo.»

A medio día el bochorno era asfixiante: ocurrieron en la huerta algunos casos de insolación. El poniente quemó muchas plantas, hortalizas y leguminosas especialmente. Casi todos los labradores abandonaron la faena y se retiraron al interior de sus viviendas, único sitio donde se podía respirar, porque en el campo era fuego lo que aspiraban. Fué aquél, el día más caluroso de todo el verano.

A hora de comer preguntó por Rafel... «No le había visto en todo el día.» Su padre le dijo que el pobre mozo iba por el mundo con sus carros, en un día como aquél. Advirtió que no le esperasen; hasta hora de cenar no regresaría. Tonet, durmió la siesta, echado sobre la húmeda hierba amontonada en el establo, pero lo mismo dormido que despierto sufrió el duro embate de sus encontrados pensamientos. Ansiaba dormirse y no despertar jamás... Sentía deseos de destruir, de matar... Después venían los momentos de duda, de aplanamiento de la voluntad, durante los cuales no discernía qué era mejor: vivir ó morir; matar ó dejarse matar...

Salió otra vez á la huerta. El sol se ponía envuelto en jirones de nubes terrosas y cenicientas. El paisaje estaba borroso; en las lejanías los contornos de las cosas se esfumaban y confundían. Llegó á sus maizales: entraba aún el agua por la boquera embalsándose; cerró ésta, echó una ojeada á «su hacienda». «Todo iba bien por aquí...» y fué á sentarse al abrigo de un seto que le resguardaba del poniente y desde donde contemplaba las robustas mazorcas, de cuyo extremo colgaban los rubios y lacios estigmas, como mechones de muertas cabelleras.

Levantó la cabeza y dirigió la mirada y el pensamiento á la alquería de Chenovés... «Por allá abajo... siguiendo en dirección á aquellos cipreses, detrás de aquel espeso grupo de «*bresquillers*... y un poco á la izquierda de aquella fila de moreras, allí

está la alquería y allí la ¡Rulla! ¡Cuánto deseaba verla, aquel día terrible! Ella sola poseía el mágico poder de desvanecer sus dudas y acallar sus recelos... Bastaba verla para tener fe en su amor... Una mirada suya confortaba el ánimo y le refrescaba como la brisa y el rocío á los sedientos y mustios vegetales.»

Unas veces por asociación de ideas, acudían los recuerdos á su mente y otras sin que las enlazara ninguna solución de continuidad... Sin saber por qué, la memoria de una escena ocurrida días atrás vino en aquel momento á llenar su pensamiento con todo el color y la realidad que tuvo...

«Era el día de la Virgen de Agosto. Fué con su novia, con la tía Tona y Huisa y Rafel, al Cabañal, á ver la fiesta. Ellas guapísimas, limpias y endomingadas, luciendo sus joyas y su hermosura y atrayendo todas las miradas. Pero así como antes iba al lado de la Rulla orgulloso y satisfecho, aquel día le hacía daño que la mirasen; tenía celos de los ojos que se fijaban en los encantos de Carmela y una irritación sorda,—que pareció advertir ella,—le dominó toda la tarde. Desafiaba con la mirada á quienes se detenían para admirar el divino rostro de la Rulla, como diciéndoles:

—«¡Es mía...! ¿sabéis? Se juega la vida quien desee á esta mujer...»—Reparó que algunos le miraban de aquel modo especial que observó en el Sorro; y aunque aquellas miradas tenían bastante

semejanza con las de la envidia, lo cierto era, que le contrariaban.»

«Encontraron, por desdicha para Tonet, al propio Pepe el Sorro, quien clavó en ellos sus ojillos grises, como pasándoles revista, y con aquella sonrisa que parecía estereotipada en su rostro de niño bobo, les saludó, diciéndoles:

—¡Bien... bien! Así me gusta... Todos juntos á ver la fiesta ¿eh?—Y les dejó sin decir más. Tonet le siguió con la mirada, esperando reparar en él algún gesto sospechoso, para estrangularle allí mismo. Pero aquel hombre se unió á otros de la huerta y se alejó sin volver la cabeza.»

«Recordaba también que estando en casa de una prima de la tía Tona, viendo pasar la procesión, sufrió Carmela un desvanecimiento, un ligero desmayo, que por fortuna pasó en seguida. Alarmáronse todos. Su madre lo atribuía á que comió poco y deprisa por ir temprano á la fiesta; Huisa la riñó porque llevaba el corsé, sin duda, muy apretado. Cuando se serenó un poco sintió gran vergüenza de que hubiera ocurrido aquello fuera de casa, entre gentes extrañas, estando su novio allí... Huisa y su madre la regañaron porque se apenaba por bien poca cosa. ¿No estaban en casa de su prima? Lo interesante era que estuviese ella mejor... Él, apenadísimo, renegaba de sí mismo porque no servía para nada... Hubiera dado la sangre de sus venas por evitarle aquel accidente... Nunca la había visto enferma y nunca como aquella tarde tuvo

idea de lo que la quería, viéndola pálida, sin conocimiento, reclinada la hermosa cabeza sobre el pecho de su madre...»

«Cuando todo pasó, dijo que no se sentía mal, pero que estimaría que la dejaran reposar un momento: y allí quedó unos instantes con su madre y Huisa, sentada en una silla, con la vista fija en el suelo y la cabeza apoyada en la palma de la mano, pálida y ojerosa. Tonet salió á la puerta...»

«Rafel, indiferente casi á lo ocurrido, estaba reclinado en el quicio de la puerta, requebrando á las mozas que pasaban. ¡Qué hombre aquél! Le riñó, con relativa dulzura. Después de todo era la novia de Tonet, de su hermano; era su prima, la hermana de Huisa... Al sentirle cerca, cortó una frase candente que dirigía á una muchacha que pasaba, y le preguntó:—¿Ya le ha pasado? —pero sin volver la cabeza, rápidamente, sin darle tiempo para que notara si en su acento había «poca ó ninguna emoción».

«Después de pasar la procesión y muy mejorada Carmela, no aguardaron al castillo de fuegos artificiales ni se detuvieron en los puestos de turroneros de la plaza de la Iglesia, donde Tonet todos los años *li fea el mocaor á la novia*, comprando y llenándole el pañuelo de *torrat* (garbanzos tostados), orejones, avellanas, ciruelas pasas, dulces y turrón... Deseaba la Rulla llegar pronto á casa, acostarse, dormir. «Sentía una pequeña angustia y le pesaba la cabeza». Tonet se fijó en que

estaba muy pálida y que procuraba no dar á entender que sufría. También él padecía mucho, porque ¿se cumplirían acaso las predicciones del Sorro? Recordaba las palabras de éste: «á lo mejor... es que se pierde la compañera...»

«Al día siguiente fué muy temprano preguntando por ella. Le dijo Huisa que se levantó tan mejorada que, como de costumbre, se fué al mercado... Procuraron disuadirla; pero ella no cejó... «Había descansado, había dormido y ya estaba bien.»

«Hasta la noche no la vió. Hablóle del suceso; ella esquivaba aquella conversación tanto como él la buscaba, diciéndole con sencilla rudeza que hacía mal no cuidándose, yéndose al mercado, «cargada como una bestia». La Rulla le preguntó entonces, apenas sonriendo, con una intención que él no podía penetrar:

—«¿Qué... sentirías mucho que estuviera muy mala... en peligro de muerte alguna vez?»

«Tonet, noble y leal en sus afectos, sintió que aquellas palabras le cruzaban la cara como un latigazo... Apenas balbuceó no supo qué palabras torpes y premiosas... Ella insistió aún, con crueldad:

—«¿Podrías ver que alguien me causara algún daño...?»

—«¡Carmela... calla!—recordaba que pudo decir. Pero Carmela, que no cejaba hasta llegar á dónde se proponía y tal vez lo que se propuso aquella noche era sondar mañosamente aquel corazón, recalcó:»

—...«¿Y menos... tener alma para causármelo tú?

Tonet no pudo contener un rugido... pero se tragó la blasfemia que iba á vomitar... Carmela le tapó la boca con su mano ardorosa y trémula, exclamando:»

—«¡Calla... tonto!... No se te puede hablar en broma...—Ya no insistió en sus cautelosas preguntas... y no hubo más.»

Regresó á la barraca al ponerse el sol. Como iba en dirección á Occidente contemplaba al mismo tiempo el hermoso espectáculo de aquella puesta de sol. Las nubes se amontonaban sobre el horizonte y cambiaban de color conforme las hería la luz del crepúsculo, que iba extinguiéndose. Tornábanse rojas; cárdenas después; cenicientas y plomizas luego, recortándose sobre un fondo fuertemente anaranjado por allí por donde se hundió el astro de fuego... «Tras las nubes y los montes parecía arder el universo... También él llevaba otro incendio en el alma; pero no se extinguía éste como aquél al morir la luz del día, disolviéndose en las negruras de la noche... sino que crecía, extendíase más y más al venir ésta, amenazando consumirle á él y á quien intentara acercarse para dominarlo...»

II

Brillaban algunos luceros con argentada y vívida luz, destacándose entre los millares de estrellas que refulgían sobre el manto negrísimo de la noche, cuando Tonet salió de su casa y con paso ligero se dirigió por sendas y atajos de él conocidos, á la alquería de Chenovés.

Al extinguirse completamente el último rojizo resplandor del día en Occidente, calmó el viento cálido, cesando poco á poco según avanzaba la noche. El campo quedó en calma completa: ningún rumor, ningún movimiento le turbaban... Y era terrible aquel silencio y calma bochornosa después de un día de furioso poniente... Daba miedo el asfixiante calor que se padecía... Podía temerse que todo iba á morir abrasado, de sed, si no venía pronto alguna ráfaga de brisa húmeda á refrescar y orear el ambiente.

También como el poniente, se calmaban algo las malas ideas y las dudas de Tonet; pero era para despertar en seguida como fieras hambrientas á dar formidables dentelladas en su corazón.

Tropezó y estuvo á punto de caer... Delante de él surgió un bulto, moviéndose á zancadas, como un enanillo que cojeara... Lo apartó con el pie violentamente, irritado porque encontraba obstá-

culos en el camino de la alquería... y oyó que una voz aflautada, decía:

—¡Tonet... espera...; soy yo. No me pegues...

Al reconocer la voz quedóse frío. No sintió miedo; pero el corazón no le auguró nada bueno de aquel encuentro... Era la *Espiritá*, una jorobada, hermana de Chuano el guarda, soltera, mucho más vieja que él y á la que rodeaba de cierta fama de nigromántica la gente ignorante y supersticiosa de la huerta y del pueblo, que no era poca. Sobre un cuerpo desmedrado y contrahecho se erguía una enorme cabeza, que oscilaba con rítmico movimiento de atrás adelante al andar. Su rostro pecoso, aplanado de los lados y sobre el que había plantada una nariz desmesuradamente aguileña, hacía el efecto de un cuchillo visto de filo y enmohecido á trechos... Aquel engendro, cuyo cuerpo parecía el de una niña monstruosa, «echaba las cartas, predecía la suerte, hacía mal de ojo, zurcía voluntades y las desunía cuando sus clientes lo deseaban.» Aun suponía más el vulgo: á pies juntillas creían muchos que «evocaba á los espíritus malignos, hablaba con los muertos, especialmente con aquellos cuyas almas residían en el purgatorio y en el infierno y ¡claro está! sabía todas las cosas ocultas y muchas más... porque conocía hasta lo que no tenía realidad, á saber: lo que había de ocurrir.» Y la prueba de que todavía las más absurdas preocupaciones echan raíces en el pueblo, era que la Espiritá vivía con desahogo y no carecía de na-

da gracias á la largueza de las gentes que tenían fe en su sabiduría y en su poder.

Era atrevida tanto como ignorante. Llevaba, cerrados en pucheros, gatos negros, al horno para tostarlos y convertirles en polvos... para sus brujerías. Se sabía que entraba en la botica del pueblo y mirando uno por uno todos los botes, pedía: «Un cuarto de estos polvos verdes. Otro... de estos rojizos. Dos... de estos amarillos. Tres... de esta raíz. Uno... de estas semillas...» Y se llevaba una bolsa llena de drogas, hierbajos y raíces de diversas clases y colores cuyo nombre y virtudes ignoraba, ni le hacía falta, á ella que «todo lo sabía». Luego, con singular aplomo, vendía á peso de oro, á una moza desesperanzada tres granitos de una semilla negra y lustrosa, por cuya mágica virtud (llevándolos en una bolsita en forma de corazón en el seno) se conseguía apartar á su galán de otro querer y volverle al suyo. A las estériles daba una raíz cualquiera, retorcida y amarillenta (mejor si tenía alguna semejanza remota con la forma humana); y llevándola fajada sobre los riñones, «nueve lunas», la estéril dejaba de serlo. «La raíz movería» y por misteriosa simpatía «haría mover en ella los dormidos gérmenes.» Así, poco más ó menos, razonaba aquella bruja. «Para aborrecer á un desleal» ó ser aborrecida de un hombre cuando éste «amaba demasiado á una mujer», bastaba llevar en el bolsillo una cajita con partes iguales de polvos verdes y amarillos... ¡Era seguro! Conseguía también desba-

ratar las «concepciones prematuras», como decía ella y á veces con frase más clara y gráfica, colocando sobre el vientre de una soltera ó viuda... ó casada cuyo marido estaba ausente,—de todo tenía en su escogida clientela,—ciertas hojas y flores secas... Lo peor era que si acertaba, gracias al demonio de la casualidad, una vez tan sola, su fama crecía, agrandábase... y la Espiritá la explotaba con fruto.

Tonet la apartó. Le era repulsiva aquella criatura, de la que aun guarda memoria mucha gente de la huerta. Tenía por seguro que su alma era peor y más contrahecha que su cuerpo... En los días en que mayores y más enconados sintió sus dudas y celos, ni siquiera pensó en consultarla. Ella le detuvo, aferrándose á su brazo.

—«Era mandada... y tenía que oirla un instante... Le interesaba á él...»—Tonet se prestó á oirla... «Pero cuidado con irle con embustes... ni entretenerle demasiado.» Ella habló así:—«Fué una noche una persona á averiguar su porvenir y el de las personas de su querer: Tonet una de ellas.»—Tonet sonrió con incredulidad.—«Consultaron las cartas y contestaron que Tonet no debía dormir... Grandes males le acechaban... Debía velar... La noche le era fatal... El día no. Tampoco la luna... Lo negro era desgracia, males... La luz la dicha... pero un gran mal amenazaba amargarla... Si llegaba la aurora y nada ocurría podía estar tranquilo... Pero al esconderse el sol el peligro volvía á amenazarle... La

noche era, pues, su enemigo... Debía velar, ahuyentar el sueño... y rondar la alquería de la Rulla.»

Tonet cortó la sibilina retahila con una risotada. Era incrédulo y nada supersticioso y diciendo á la Espiritá, que buscara á otro de más tragaderas y bolsa más abierta para embaucarle, la apartó con asco y siguió su camino. Aun la oyó un momento gritar:

—¡Te «penará...» Tonet! ¡Te «penará!»

No hizo mella en su valeroso ánimo tal encuentro; pero aunque no sintió miedo... aquellos augurios le preocuparon un poco por la relación que tenían con las palabras del guarda: «Guárdate de una mala ponentá... La hacienda se ha de guardar... de noche sobre todo.» «¿Andaría el Sorro en aquel enredo? ¡Valiera más que no! Le importaba poco aquel «peligro oculto siempre en la noche»... No dormiría; no por miedo, sino porque tenía ya deseo de verlo cara á cara... Después de todo, cuando llegaba el caso... era igual matar que morir...»

Todo parecía confirmar los siniestros presagios de la Espiritá: al llegar á la alquería supo que Carmela tuvo otra congoja como la del día de la Virgen y aunque fué un vértigo pasajero «le esperaba sólo por verle, pero iba á acostarse en seguida: el sueño y el descanso le harían un gran bien.» Tonet quedó pensativo y fosco, mirando sin ver; sin oir cuando le hablaban... «El mundo entero se le venía encima... Él estaba allí y la Rulla dentro enferma... No podía entrar y abrir sus venas dándole

toda su sangre para que sanara... ¡Si le hubiera creído! Debía haber accedido á adelantar la boda...»

Rafel y Huisa, en la cocina, asaban en las brasas de una extinguida hoguera, panojas; comiéndolas con deleite, ávidamente. Quitábanse uno á otro las más tiernas y sabrosas y reían ingenuamente cuando se obsequiaban con alguna espiga sin grano. Le molestaban aquellas risas porque dentro había quien sufría y él también. Rehusó una panoja tierna, caliente aún, que le ofrecieron. «No tenía gana... Además, el amargor de su boca no se curaba con aquello...»

Esperó á Rafel. Al irse, su tía le dijo que Carmela dormía tranquilamente; apenas se oía su respiración... Esto le consoló algo. Nada dijo á nadie de los peligros que auguró la Espiritá; ni advirtió que cuidaran aquella noche más que otras de asegurar las puertas.

Él bastaba para velar por todos. A lo sobrenatural no le tenía miedo; en cuanto á enemigos, si los tenía, como serían hombres como él ¿qué más podía desear sino que le salieran al paso? ¿Acaso no tenía en las venas la sangre del abuelo Marianot?

Al alejarse de la alquería, Rafel no cantó, como hacía todas las noches. Tonet le agradeció aquella deferencia sin decírselo, y hablando cariñosamente, fueron hasta llegar á la barraca de su padre. Acostáronse cada cual en su rincón: Rafel junto á la entreabierta puerta del corral. Tonet en el establo. Tendió su manta sobre la fresca hojarasca amon-

tonada en él y pocos momentos después, en la barraca no se oía otro rumor que el pausado rumiar de las bestias echadas en el suelo, con los enormes ojos abiertos en la obscuridad.

III

Tonet se levantó sin hacer ruido; se sentó sobre un poyo y escuchó sosteniendo la cabeza con ambas manos. Sólo rumiaba el *chónec* (novillo), los otros animales no se oían. Sus padres y Rafel descansaban. Transcurrieron unos minutos; irguióse de repente para espantar la somnolencia que iba apoderándose de él y sin hacer ruido se asomó á la puerta del establo, que salía al campo, y miró al cielo. Por las estrellas conoció que aun no era media noche... Volvió á entrar, descolgó el retaco y la manta, que á prevención dejó allí, y salió pisando quedo y entornando tras de sí la puerta.

Al verse en el campo se avergonzó de sí mismo. «Salía de su casa como un ladrón... esperando que sus padres y su hermano se durmieran para que no se enteraran de su salida... y eso no estaba bien.»

Atravesó el camino de Algirós. En vez de seguir por él, se internó por las sendas con paso tardo, como quien teme y desea llegar pronto á un sitio. Por el camino podían verle, encontrar á alguien que le preguntara á dónde iba descalzo,

con la cabeza descubierta, la manta al hombro y el retaco bajo el brazo... «La verdad es, que debo parecer un ladrón», pensaba aquella alma ingenua que «velaba por su hacienda de día... y de noche» como le aconsejó el guarda...

La mole de la alquería de Chenovés, se destacaba sobre el fondo obscuro de las espesas plantaciones de maíz como una gran mancha cenicienta, muda y sombría. Parecía estar deshabitada. Al llegar Tonet junto á sus muros se detuvo, prestando atención: aquella soledad le complació; era el mismo silencio y sosiego de siempre. Esta noche, como otras, rondaría en vano; nada ocurriría, estaba seguro... Pero traía gran provisión de paciencia y velaría hasta que las primeras luces de la aurora disiparan las sombras... «¡Cómo se reiría luego de la Espiritá, y del guarda, y del Sorro y hasta de sus propios temores!»

Se sentó en el banco, bajo el emparrado, en el mismo sitio donde le esperaba Carmela... y aguardó. No se oía ni el vuelo de un insecto ni el leve susurrar de las hojas, ni siquiera el lejano murmullo del mar. Acercóse al portal de la alquería y miró por la cerradura; luego aplicó el oído á ella. Nada. Aquellas honradas gentes dormían sosegadamente, libres de inquietudes, hasta que el nuevo día, con el piar de los pájaros, el mugir de las bestias, el rumor de las aguas al caer desde la presa y los dorados rayos del sol, les llamaran otra vez al trabajo. ¡Qué necio era! ¿Por qué andaba por allí

como un merodeador de caminos? ¡Si le sorprendieran! ¿Cómo justificaría su presencia? ¿Tendría que explicar sus cavilaciones y su locura y decir que la Espiritá le mandaba velar?» Y fué á marcharse avergonzado; pero antes quiso dar una vuelta á la alquería.

Al pasar junto al pozo, vió distintamente, acostumbrado ya á la obscuridad, que el pozal estaba fuera, lleno hasta los bordes. Acercó sus labios y bebió con avidez. «¡Estaba fresquísima! ¡Cuántas veces la Rulla, sacó agua para que él apagara su sed, mientras él... sólo se atrevía á decirle con los ojos que su sed no se apagaba con toda el agua de aquel pozo!» Y una dulce emoción le invadió. Dió la vuelta á la casa; saltó una acequia; metióse por el huertecillo que cuidaba Carmela... cuidando de no pisar los rosales, apartando cariñosamente sus ramas. Llegó á una explanada que tras el edificio se extendía, donde tenían los montones de basura, el pajar y junto á él un arado cuyas curvas varas parecían dos enormes tentáculos, agrandados por la semiobscuridad. Más allá, junto á unos haces de cañas inclinados sobre el muro, el carro ya cargado con las cestas que se habían de llevar al mercado. Buscó á tientas la puertecilla del establo que tenía salida en aquella parte del edificio; la encontró y empujóla suavemente primero, con más fuerza después. No cedió: estaba bien cerrada. Siguió. Llegó á un ángulo de la alquería desde donde se veía parte del emparrado, la corta carretera que la

unía al camino de Algirós y toda la explanada descrita. Allí se detuvo.

No sabía si quedarse ó marchar. Su deseo le decía que allí no estaba bien, que nada que hacer tenía en aquel lugar. «La gente que dormía en la alquería era más honrada que él, pues dormían sin que ningún mal pensamiento les moviera á levantarse á aquellas horas para celar á nadie, yendo por los campos como salteadores...» Una corazonada le detuvo. «¡Quién sabe! ¿Y si lo que nunca ocurrió ocurriera esta noche?»

Y sin perder aquel punto de vista magnífico, fué retrocediendo paso á paso hasta encontrarse dentro de un espeso y frondoso maizal, algunos de cuyos tallos eran más altos que él. Sentóse sobre un caballón y dejó el arma á su lado, el cañón hacia arriba, descansando sobre un robusto tallo de maíz, después de cerciorarse de que el gatillo estaba en el seguro.

Dividía á la extensa plantación una estrecha acequia, que iba, desde donde estaba Tonet, acercándose en sentido oblicuo á la alquería hasta llegar al huerto de Carmela; allí describía una rápida curva y seguía paralela á la casa buscando la cuneta del camino de Algirós. No era muy honda y ordinariamente estaba seca, únicamente discurría por ella el agua los días de riego; en sus bordes crecían altas hierbas y algunas florecillas silvestres, humildes é insignificantes, cuyas corolas habíanse cerrado al húmedo beso de la noche. Por aquel cauce

podía acercarse Tonet, sin ser visto, á un extremo de la alquería y al otro ángulo por dentro del maizal. Dominaba, pues, todo el edificio.

Quieto, sin moverse, estuvo allí hasta media noche, ojo avizor y atento el oído. Ningún rumor le sobresaltó ni distrajo en su espionaje... Vencida ya la noche, asomaron por Levante en informe montón algunos negros nubarrones, más negros que la misma noche, de cuyos senos surgían relámpagos cárdenos y violáceos, azulados y blancos. No se oyó el retemblar del trueno cerca ni lejos; tampoco cruzó por la huerta ninguna ráfaga de viento ni cayó una gota de agua del cielo. Las cargadas y amenazadoras nubes siguieron la línea del mar, corriéndose hacia el Sur, por donde desapareció lentamente aquel amago de tormenta, sin dejar rastro. «¡Dios querrá que pase lo mismo en la atribulada alma del enamorado Tonet, quedando al fin su espíritu en bonancible calma, que harto la necesita!»

IV

Tenía por seguro Tonet, que la aurora le sorprendería allí sin que se cumplieran las predicciones de la embaucadora jorobada y se levantó, recogiendo la manta y colgándose al hombro el retaco... Pero al llegar junto al pozo, le pareció que allá

lejos, entre los maizales, brillaba y se escondía, alternativamente, un punto rojo, movible, luminoso. Miró con mayor atención... «No era antojo... Tampoco una luciérnaga... El punto rojo se acercaba más... Era un hombre que venía fumando, no por el camino ni las sendas, sino campo á través... Parecía venir del pueblo. ¿Del pueblo? ¿Quién sería?»

Tonet sintió que la vida se paralizaba en su corazón y un frío glacial helaba sus venas al ver que aquella figura negra, de contorno indeciso aún, saltando acequias y atravesando sembrados, venía hacia la alquería. La brasa del cigarro que fumaba aquel hombre, se animaba y apagaba á intervalos. Tonet retrocedió de espaldas, sin perder de vista el punto rojo y se tendió en un surco, sacando de él parte de la cabeza no más, á tiempo que el desconocido llegaba bajo el emparrado. Se detuvo en el mismo sitio desde el cual le vió venir Tonet; arrojó el cigarro al suelo sin cuidarse de apagarlo, acercóse á la puerta, atendió un momento y en seguida, con paso vivo fué hacia donde estaba Tonet, pasó cerca de él, dobló la esquina de la alquería y desapareció tras ella.

Pegado sobre la tierra, apretando con mano temblorosa su retaco, quedó frío de estupor, dudando si aquella visión habría sido fingida por su exaltada imaginación... Había creído reconocer en la sombra que tan rápidamente pasó por delante de sus pasmados ojos, la figura de su hermano Rafel... «No eran figuraciones... Allí junto al pozo

estaba aún la encendida brasa del cigarro, en el suelo... No era mentira».

Se levantó... pero no podía dar un paso. El glacial efecto de aquella inesperada sorpresa, paralizaba sus miembros. Comenzó de improviso á sudar copiosamente, sintió rebullir en el pecho el corazón con grandes é irregulares saltos y que la lengua se le pegaba al paladar.

«¿Dónde iría aquel tunante á tales horas? No sería ciertamente á velar por la honra ajena... Acaso con sus engañosas palabras había enloquecido á Huisa y le habría exigido una entrevista solitaria como prueba de cariño y en realidad para pedirle ó robarle algo que á la luz del día no le podría conceder la pobre muchacha... Tal vez...; sí... Huisa era muy apasionada, le quería con delirio y era capaz de hacer alguna locura por él...»

Y decidido á impedir que su hermano hiciera una de las suyas, desbaratando la paz de aquella familia, fué hacia el sitio donde estuvo toda la noche sentado, arrastrándose por dentro del maizal, poco á poco, procurando no tropezar con un tallo ni rozar una hoja... Llegó y agazapóse en el vacío cauce de la acequia... Desde allí podía ver sin ser visto y acercarse todo lo que quisiera á la alquería escurriéndose por aquella zanja; oir desde ésta cuanto quisiera y... salir si fuera preciso.

Rafel estaba recostado en el quicio de la puerta del establo que Tonet encontró bien cerrada. Aparentaba estar tranquilo, familiarizado con el

peligro... Al hacer esta observación sobrecogióse el ánimo de Tonet. «¿Acaso no sería aquella la primer noche que andaba por allí?»—Apartó un poco las hierbas y florecillas que coronaban las márgenes de la acequia, para ver mejor. Su hermano se inclinó varias veces sobre la puertecilla y rascó con las uñas las maderas imitando el roer de un ratón... «Sería una señal convenida... ¡Pobre Huisa y pobres viejos! Aunque era su hermano, Tonet tenía por vil y por infame la conducta de Rafel. ¡No roía la puerta...! ¡Como un bicho ruín... roía la honra del tío Pelegrí, en la sombra... á traición...!»

Sin embargo la puerta no se abría. Rafel se inquietaba... Volvió á rascar con las uñas un poco más fuerte... Tonet sentía resonar dentro de él aquel rumorcillo de la madera arañada por las manos de Rafel, y tembló. «Hubiese dado la vida por que la puerta no se abriese...» Pero poco á poco y sin ruido se abrió... Tonet maldijo á la suerte que le contrariaba y maldijo á su hermano... No salió nadie... Rafel metió la cabeza por la negra abertura, pero la retiró en seguida: un bulto blanco apareció en ella. A pesar de que el cuerpo de Rafel lo ocultaba casi completamente á sus ojos, Tonet conoció que era una mujer... «Huisa... ¡Como si lo viera!» Apartó el arma á un lado. «Era inútil, por lo visto... Esperaría... Su hermano no mancharía la honra de aquella familia y no se morirían de vergüenza los pobres viejos... ¡Y... esto era todo! Les habría visto alguien alguna noche,—tal vez el

guarda,—y por eso les miraban de aquel modo; especialmente á él, por la burla que hacía el hermano pequeño del mayor, que respondió de su formalidad cuando fué á la alquería pidiendo relaciones con Huisa... Pero ya vería aquel loco, aquel granujilla descastado de lo que era capaz Tonet... En cuanto fuera de día le echaba la zarpa y quisiera ó no, se casaba con Huisa... lo más pronto que pudiera ser... ¡No faltaba otra cosa...! ¡Si les habían visto—y no cabía duda de que sí,—¿qué pensaría, qué diría la gente...?» Todas estas ideàs pasaron por la mente de Tonet con rapidez. Más sereno; más sosegado su corazón podía discurrir mejor; rebelándose su ingénita nobleza en aquélla como en todas las ocasiones de su vida.

Rafel hablaba en voz baja, deprisa; no oía sus palabras; pero por sus ademanes y por el tono... parecía que se disculpaba, que pedía perdón... ¿Qué era aquello? Dejó la manta y gateó por el fondo de la acequia, arrastrando su escopeta cogida por el cañón, hasta estar lo más cerca posible de los dos novios. «¡Ahora sí que oía distintamente á su hermano!» La mujer interrumpió á Rafel...

«¡Dios...! ¿quién hablaba? ¡No... no podía ser... Pero era muy alta para ser Huisa... Aquel acento duro, la palabra enérgica... Sí, sí... Carmela... ¡Era Carmela!»—Una fría oleada le llegó al corazón paralizando sus movimientos... Abriéronse sus manos y falto de apoyo cayó sentado en el fondo de la zanja, tropezando con un cuerpo duro y frío al caer:

con su retaco... Angustia y sudor frío ¡así serían los de la muerte! se apoderaron de su cuerpo... Hizo un esfuerzo para incorporarse y no pudo...; pero desde allí oyó hablar á la Rulla con acento altanero. Parecía reñir á Rafel con dureza. A veces no podía contener su ira y levantaba la voz... «Sí; le hablaba con imperio... ¿Por qué? ¿Les habría sorprendido y echaría en cara á su hermano su audacia? ¡Pero no se oía la voz de Huisa! ¡Dios mío...! ¿qué pasaba allí?»

Atendió con toda su alma... y quedó confuso... Volvió á sentir igual angustia que antes... Carmela iba dulcificando su acento...; su enojo se desvanecía...; aceptaba las excusas de Rafel... Sostenían un vivo diálogo á media voz... á veces hablaban al mismo tiempo... Ella le interrumpía y con un acento en su voz ¡que nunca le oyó él! llamábale:—«¡Pillo... embrollador... mala persona!»—Rafel, daba una patada en el suelo y hacía protestas de inocencia. «Ya hacía un rato que hablaban y Carmela no cerraba la puerta, seguía allí... ¿De qué hablarían? Por las frases truncadas y medias palabras que llegaban á él, aun no se podía dar cuenta de nada... Pero mortales recelos aniquilaban su voluntad... El estupor le impedía salir, pidiendo explicaciones de porqué tan á deshora, estaban en aquel sitio, un hombre y una mujer que no se pertenecían, que eran esclavos de la palabra empeñada... Él mismo,—aunque sabía que era hombre tardo para resolverse á obrar,—no se explicaba su pasi-

vidad en aquel momento de prueba... Sí; debía levantarse y decir:—«Tiene razón, la Rulla; te riñe porque los hombres buscan á las mujeres de día, con sol, y tú eres un granuja...»—pero allí estaba clavado... ¿Era también que deseaba saber, que ansiaba acabar con sus dudas; oirles sin que supieran que les escuchaba? Sí; si salía podían disfrazar la verdad y él la quería, la deseaba desnuda, toda entera, aunque fuera amarga, aunque partiera en pedazos su alma... Luego, verían lo que hacía un hombre de corazón...»

Poco á poco fueron hablando con más calma, y sus palabras llegaban ya hasta su oído distintas y completas... cayéndole sobre el corazón como gotas de hiel..., envenenándole la sangre..., enterándole de su gran desdicha: ¡Rafel y Carmela se amaban!

«¡Ya veía claro... pero cuán tarde! Nadie le había dicho nada claramente. ¿Cómo? ¿Quién iba á arrojarle al rostro su propia afrenta? ¡Más honrados que aquellos dos infames que tenía delante, eran el odiado Sorro, el guarda y hasta la Espiritá... que con medias palabras, con frases ambiguas habían querido que llegara la luz á sus ojos, levantando la venda que los cubría...!» Y allí echado sobre la tierra caliente todavía, que le abrasaba el rostro y le quemaba el pecho, con la frente caída sobre el cañón del retaco, aquel hombre duro para el trabajo y la fatiga, alma de niño en cuerpo de atleta, lloró por vez primera en su vida... Sus lágrimas quemaban más que la tierra caldeada por

el Poniente... Y mordiéndose los puños rabiosamente, recordó sus ilusiones juveniles, ahora desvanecidas de un soplo... Veía á su madre, la oía pidiéndole siempre «que mirara por Rafel; que le protegiera, que no consintiera que nadie le hiciese daño; que se sacrificara por él, por aquel adolescente enfermizo y endeble que tanto había sufrido...» y Rafel, su hermano, hecho hombre, mordía á Tonet en el corazón, como un bicho asqueroso buscando en él lo más sagrado, lo más íntimo para hincar el diente....»

Venciéndose á sí mismo, desobedeciendo la voz honrada que le impulsaba á protestar de aquella infamia y castigarla, quiso alejarse, dejarles... «Había oído bastante para convencerse de que una gran pasión aleteaba allí ¡y aparentaban odiarse á los ojos de todos! Cuando una mujer como la Rulla fingía comedia tal; burlándole á él, á sus padres, á su propia hermana... ó era muy mala, y él fué ciego que no lo advirtió, ó estaba loca... ¡Loca, sí; de amor! ¿Cómo pudo disimularlo? Él no habría sabido...»

«Era forzoso dejar el campo... abandonarlo á otro. Tonet se sacrificaría por su hermano... Todo, antes que acibarar la vejez de sus pobres padres. ¡Que fueran felices... si eran tan malos que podían serlo, después de amargarle á él la vida para siempre! Había que doblar la cabeza ante la brutal realidad, aunque el corazón sangrara y el alma se partiera... Él mismo se asombraba de razonar así,

de ver cómo cambiaba de resolución en un momento, en vez de aplastarles...»

«Le dolía, como si un acero sutil le abriera el pecho, oir aquella historia de amor que era la de su propia vergüenza. Pero sin abatirse, con ánimo que no esperaba tener, se dispuso á apartarse de allí, como vino, á rastras, sin que le sintieran... ¿A dónde iría? ¡Lejos, muy lejos!... ¡Donde no supieran de él... ni él de nadie! ¡Donde no viera más la alquería de Chenovés... ni nada le recordara á la Rulla!»

«Ya no sufría: había cesado el bárbaro suplicio que le tuvo allí, clavado en tierra con un arma inútil echada á un lado...» Y al decirse esto, no se daba cuenta aquella alma hermosa, de que sus lágrimas tibias y amargas resbalaban por sus mejillas, curtidas por el sol que alumbró sus pasados amores...

Se detuvo, apenas comenzó á alejarse. «¿Habría oído mal? Carmela apremiaba á Rafel... Le pedía que le ayudara á buscar una solución... Oyó que le nombraban á él con cierto embarazo, con timidez; como si les saliera el rubor á la cara al pronunciar su nombre...» Instintivamente, sin ser aquel su propósito, escuchó otra vez con el arma entre las rodillas y sosteniéndose agarrado á las hierbecillas de los márgenes de la zanja que lo ocultaba.

La conversación tomaba otro rumbo. Carmela decía angustiada:

—¡Ay, Rafel... es maravilla que no se haya

descubierto nuestro secreto!—Él, con incertidumbre, preguntaba:

—¿Y qué piensas hacer? ¿Qué haremos?

—¡No sé ya qué discurrir... Estoy loca... Morir... sería tal vez lo mejor... lo más fácil!—La voz de Rafel le interrumpió:

—¡Quita...! Todo menos eso... alma mía...—y Tonet oyó un rumor singular, así como si unos labios ardorosos apagaran la voz en otros labios... Fué un beso callado, íntimo, secreto... y Tonet ahogó un rugido y clavó las uñas en su velludo pecho. «¡Él no la había besado nunca... ni siquiera se atrevió jamás á tocar una de sus manos!»—Rafel continuó después de un breve silencio, como si se hubiera detenido á saborear aquel dulcísimo beso:

—Estoy dispuesto á todo; pero no sé cómo. Hay que buscar la manera... Evitar el escándalo y más que nada el pesar de los viejos y la cólera de... mi hermano... Todo lo temo, pero todo lo afrontaré por tí... ¿Qué haremos, Rulla?—terminó. La Rulla contestó con acento firme, que anunciaba una resolución decidida de antemano, y de la cual nada la haría desistir:

—No lo sé... lo único que te digo es... ¡que yo no engañaré á Tonet!

—¡Eso nunca...! Ya sé... que urge mucho que nos decidamos... que hay que andar de prisa... ¡Hay que echar por el camino de enmedio pronto... truene por donde truene...!—La cruel sospecha iba

abriéndose camino en el pecho de Tonet, causando tremenda desolación en su alma...

—No sé si podré disimular más...—gemía la Rulla.—No tiene igual mi tormento... ¡Dentro de otro mes... será imposible ocultarlo...!

Al convencerse Tonet de que aquel amor no era todo puro y noble, como fué el suyo, sino que había deshonra por medio...; al sentir en el rostro el sangriento ultraje; al entender claramente que la Rulla estaba en cinta, de pocos meses, ¡cuando él se contentaba con acariciarla sólo con el pensamiento! creyó que no merecía perdón el inicuo crimen que habían cometido... la rabia y el deseo de venganza le cegaron; una ola de sangre le subió á la garganta... pensó que se ahogaba, que se moría... pero se irguió de súbito, loco de dolor y de celos al fin, se echó el retaco á la cara y gritando con voz ronca:

—*¡Lladres! ¡roins!*—disparó casi sin apuntar.

Resonó el disparo, en la quietud de la noche, como un trueno formidable, y un cuerpo cayó pesadamente en tierra sin lanzar un quejido.

Carmela, al ver surgir de bajo tierra una sombra, se apretó contra Rafel; pero al deslumbrarla el fogonazo, oir el disparo y caer al suelo su amante, pidió socorro con desgarrado grito; inclinóse y se abrazó á Rafel, palpándole, buscando su herida, para cerciorarse de si vivía ó no, sin temer «la ira del otro, del asesino, de Caín».

Tonet pensando que la Rulla estaba ilesa, dudó

un momento... Fué á disparar otra vez sobre el grupo confuso de los dos traidores... Pero, como si hubiera dado suelta á todo su rencor al apretar furiosamente el gatillo del retaco, se detuvo... y rugió estas palabras:

—*¡¡Malahida Rulla!! ¡Nos has perdut á tots...!*—y su voz temblaba con sombría vibración.

La Rulla, se estremeció al oir á Tonet y apretó más contra su cuerpo el de «su Rafel...» Y al observar á través de sus lágrimas, que «el otro» se alejaba pausadamente, como demostrando que no huía ni temía... y que dentro de la casa resonaban voces y brillaba una luz, levantó en brazos al herido, para llevárselo adentro... Pero al notar que un líquido tibio mojaba sus manos y corría por su mal tapado seno, apretó aquel cuerpo adorado con ansia de leona, y pidió socorro otra vez con todas sus fuerzas...

Lejos de la alquería, cuando ya no llegaban á él las voces de socorro que daba la Rulla, y todo estaba en calma y silencio á su alrededor, reparó Tonet que su rostro sangraba... No era nada: al echarse el retaco á la cara precipitadamente, se lastimó la mandíbula. Un poco de piel levantada y de escozor...; nada comparado con el que llevaba dentro, en el alma, para toda la vida.

«¿A dónde iba? A despertar á su padre; á referirle lo ocurrido, la verdad. Después... ¿Qué le importaba lo que sucediera después?»

CAPÍTULO DÉCIMO

Antecedentes.

I

Las «buenas y malas lenguas» de la huerta no se daban punto de reposo, preguntándose: «¿Cómo Rafel y Carmela cayeron en tan grave aberración moral é inferían ofensa é injuria tales á los honrados viejos y á sus hermanos? ¿Cómo la Rulla, aquel carácter altivo y soberbio, pudo hundirse en un abismo de deshonra, arrostrando el odio y el ludibrio de dos familias... y de la huerta toda?» Y, claro es, nadie contestaba satisfactoriamente y los fantásticos castillos que la gente desocupada elevaba en el aire, caían al soplo de la más rudimentaria lógica y no podían resistir el examen del sentido común.

«La Rulla ¿era buena ó era mala?» Porque esta era la cuestión, para la gente extraña á aquella tragedia terrible, sin ejemplo en la huerta. «¿Por qué pecó? ¿Fué por amor? De Huisa tan sencilla y apasionada; temperamento «más propicio á un arrebato amoroso» nadie hubiera extrañado nada... Pero ¿de Carmela? Vamos... que había motivo para

volverse locos si no se explicaban pronto y á gusto de su deseo, el proceso del sangriento drama... A nadie sorprendió la mala partida de Rafel... Era un loco que no reparaba en los medios cuando trataba de realizar un deseo ó un capricho. Mujeriego en demasía, requebraba descaradamente, y hasta galanteaba, á las novias y aún á las mujeres de sus mismos amigos, si tal antojo sentía. Cierto que unas eran ariscas y contestaban á sus insolencias «con un par de coces»; pero otras le hacían caso y se iba lo uno por lo otro. En esto consistía su táctica galante y el modo de averiguar cuáles eran hembras fáciles y cuáles no: pues á veces resultaba que eran una ú otra cosa las que no lo parecían.»

No extrañó á nadie la audacia de Rafel... Hubo quien dijo «que valía más que hubiera seducido á la *novia* de su hermano, que á la *mujer*...—y no les faltaba razón,—pues aunque el escarmiento fué duro, todo tenía apaño, cuando era el cura quien echaba el remiendo. Pero Carmela, aquella muchacha tan juiciosa, ¿se había vuelto loca? Rafel ni era más trabajador ni más bueno que Tonet y ella ¿prefería la deshonra con el primero y despreciaba el amor honrado del segundo?»

A todos había sorprendido el cambio de conducta de Rafel en los últimos meses. Ya no jugaba ni se sabía que fuera en busca de gatos pardos... y atribuían tan radical variación en su modo de ser, al cariño y á la bondad de Huisa, al respeto que merecía el tío Chenovés y al ambiente de honradez

que se respiraba en aquella casa... y todos se equivocaban. Aquella metamorfosis fué obra de la Rulla.

Rafel admiraba y temía á Carmela; la amaba... no sabía desde cuándo. Indudablemente desde que siendo niños era víctima de la crueldad de la Rulla, y por ella lo ataban á la parra, y por ella sufría y por ella arriesgó tantas veces el pellejo subiendo á donde le mandaba imperiosamente, para cogerle un nido ó robar fruta, verde aún... Desde niño llevaba la mirada de la Rulla en el corazón, su voz en su oído, su rostro altivo y hermoso en el pensamiento. Pero primero fué odio y rencor lo que sintió por aquella niña terrible y gallarda á la vez; después, afán de humillarla; más tarde, deseo de rendirla, de vencerla, hasta que aquella atracción hacia el peligro, hacia el abismo, constante y creciente, hizo que no pudiera estar lejos, ni dejar de p nsar en la Rulla...

Enamorado de ella sin saberlo, la amó y la deseó furiosamente... y cuando se dió cuenta de que aquel primitivo sentimiento de odio se había transformado en amor,—amor sublime y deseo sensual: amor africano,—Carmela ya era novia de Tonet...

Pero no se arredró. «¿Era imposible que la Rulla le amara? ¡Pues á vencer lo imposible! ¡Precisamente la deseaba más desde que era prometida de otro! ¡Entonces fué cuando supo que verdaderamente era amor lo que por ella sintió! Sufría y moría de celos porque la adoraba... Y trazó su plan. Sabía que

iba á jugarse la vida; pero ¿no valía cien vidas poseer á Carmela, hacer suya aquella hermosa mujer, rendir á tan orgullosa hembra y esclavizarla? Después ¿qué valía ya la existencia?»

Era preciso, para realizar su audaz intento, acercarse á ella, tener franca entrada en la alquería, á toda hora, sin que su presencia ni sus actos despertaran recelos en nadie, é ideó su noviazgo con Huisa, sin reparar que en aquella empresa diabólica podía desgarrar un corazón sencillo, acortar la vida á dos ancianos y ser él mismo Caín ó Abel, según vinieran los acontecimientos. «Nunca imaginó manchar el honor de su hermano, esperando para realizar su designio á que se realizara la boda de Tonet con Carmela; ¡no! No era ésta su idea... Él pondría cerco á la fortaleza antes; despertaría á aquel corazón indomable; penetraría en él y sería su único señor... La quería para él... para él solo. El amor no se parte con nadie... Él no sabía cómo, pero seguro de que vencería, no reparaba en nada, ni siquiera en las consecuencias...» Y pensando continuamente en ella, deseándola hasta en sueños, vino aquel furioso enamoramiento, tanto más frenético cuanto más oculto precisaba tenerlo.

Así pasó mucho tiempo. Hablaban pocas veces y éstas de cosas indiferentes. La primera vez que se vieron, después de ser la Rulla novia de Tonet y al darle Rafel la enhorabuena, hablaron así:

—¡Rulla... Deseo que seas muy feliz! Yo también lo seré; pero como mi felicidad me costará mucho

de conseguir... ¡será más grande que la tuya, Carmela!

—¿Por qué? ¿Tanto te ha de costar á tí lo que tan sencillo ha sido para nosotros?

—Sí; tal vez la vida.

—¡Oh!—replicó ella riendo.—Si eso lo dijera otro... me daría miedo!

—¡Tú no sabes lo que anda por aquí!—dijo él golpeándose el pecho con el puño.

—¡Ah!—prosiguió Carmela con cómica admiración.—¿Pero es que estás... ¡tú! también enamorado?

—¡Pudiera ser...!

—¡Pues hijo... como llevas tantas á la vez, no hemos visto aún las señales de ese enamoramiento...

—¡Qué sabes tú lo que es eso!—y la miraba con ojos de fuego, en los que brillaban la lujuriosa pasión, el deseo contenido, el amor..., porque todo cabía en aquel infierno. Y ya no hablaron más.

Meses después, Carmela se sorprendió cuando su hermana le dijo que Rafel quería ser su novio y que ella había aceptado... La miró fijamente y le preguntó:

—Tú... ¿lo has pensado bien?

—Sí, Carmela... es que yo también le quiero... Ya lo sabías...—dijo, ruborizada, Huisa.

—Es que Rafel... no es Tonet,—arguyó la Rulla.

—¡Bueno...! Ya estás con lo mismo... Todos le queréis mal... La madre dice lo mismo...

—No lo queremos bien ni mal. No le odia nadie aquí... Pero es que Rafel es un pillo, un me gustan

todas... aficionado á jaranas, bailes y músicas y tú... un alma de Dios.

—Bueno... bueno... Eso es ahora; es joven aún... Yo lo haré mejor de lo que es... lo verás.

—Lo dudo; pero ya estás advertida.—Y se prometió á sí misma velar por Huisa, vigilar la conducta de aquel temerario y no consentir que burlara á su inocente hermana.

A ésta le aconsejaba á toda hora que «no fuera blanda con él, sino dura, exigente, cruel casi, para domar aquella cabra montés.» Contó con Tonet para su obra. Éste se sonrió y le dijo, creyendo sinceramente en lo que decía:

—Creo que está enamorado de tu hermana... Huisa es muy buena y el amor hace milagros.

—¡Sí...!—respondió, con expresión de incredulidad.—Ni me fío de ese demonio... ni creo capaz á mi hermana de hacer un milagro...

Y llegó un día en que pareció Rafel curado de su afición á ir de jota en jota y de baile en baile, y de otras aficiones, no tan inocentes como éstas. Y entonces, cuando constaba á ciencia cierta á Tonet y al tío Pelegrí que Rafel ya no andaba tras de ninguna mujer, reparó Rafel que al mirar á la Rulla la sorprendía algunas veces mirándole con expresión de odio clara y transparente. Aquella mirada era como un relámpago en noche de tormenta, por lo intensa y lo breve.

Rafel, inquieto cuando lo notaba, hacía por volverla á mirar; la Rulla no evitaba encontrar sus ojos

con los de él... y volvía á surgir idéntica llamarada, tornaba á fulgurar el rencor en aquellas terribles pupilas, y á sentir Rafel en el rostro el calor de la mirada de la Rulla. El mozo pensaba: «Esa mujer me odia... Desea hallar ocasión para decirme algo que me humille y me haga sufrir... ¿Sabrá algo de mis correrías...? No es posible... Ni Tonet lo ha advertido...»

Rafel era el mismo; cuidaba de que nada le delatara; pero seguía siendo el mozo enamoradizo y mujeriego de antes. Su corazón le decía que únicamente á quien no engañaba era á la Rulla. Y acertaba: Carmela no creía en su enmienda, porque la casualidad le había mostrado que Rafel «era tan pillo como siempre».

Una mañana de invierno, tibia y diáfana, pasaba Rafel por la alquería y entró: no vió á nadie. Llamó; dijo varias veces: «¡Ave María!» Nadie contestó á su salutación. Como la puerta estaba de par en par, suponía que no estarían lejos y esperó sentado en el banco de ladrillo bajo el emparrado, junto á la puerta. Carmela debía de estar en el mercado; el tío Pelegrí en el campo; pero Huisa y su madre no estarían lejos... Lió un cigarro, lo encendió, cruzó una pierna sobre otra y reclinó la cabeza sobre el muro, contemplando cómo subían las espirales de humo y cómo se tornaban más azules al darles un tibio rayo de sol, que se filtraba por los claros del emparrado.

Se impacientaba porque no venía nadie; cambió

de posición varias veces; tiró lejos el cigarro... Ya se iba cuando llegó á él un susurro dulce y armonioso... Sonaba hacia el otro lado de la alquería y era indudablemente una voz de mujer, que canturreaba una canción huertana... imitando el estilo que tan famosas hicieron «les albaes» de Rafel... Huisa no era... Como él, su novia no sabía cantar á media voz y cuando lo hacía era dando suelta á toda su fresca y potente voz. Se levantó, dió vuelta á la alquería y fué á entrar en un cercado donde estaban los viveros, las macetas con plantas para el mercado, los montones de mantillo... A los pocos pasos se detuvo sorprendido.

La que cantaba era Carmela, que de rodillas en tierra y remangados los brazos, llenaba unos tiestos con tierra de brezo en la que plantaba, con singular desembarazo y maestría, los esquejes de unas hortensias que acababa de podar. «Se había descuidado un poco; estábamos á últimos de Enero y las yemas habían movido ya, abriéndose como diminutos ramilletes de hojitas lustrosas de un hermoso color de esmeralda... Temía que no arraigaran...; pero tal vez las menos movidas...» Y hundiendo los pequeños esquejes en la negruzca tierra pensaba «que cuando fuera al mercado del Cabañal en la Primavera, tendría delante de sus hortalizas una fila de macetas con sus hortensias en flor, pomposas y lozanas... y saldrían de allí, de aquellas ramitas, rectas unas, torcidas otras...»

No le vió llegar. Rafel se quedó á pocos pasos

contemplándola con delicia; siguiendo los movimientos de sus desnudos brazos, admirables, un poco tostados por los besos del sol... y ¡él no los había besado nunca! Veíala de perfil: su busto tentador, por lo mismo que ni era exuberante ni desmedrado, se movía con ligera y casi imperceptible ondulación; su rostro se recortaba con toda su pureza clásica sobre el fondo obscuro de unas matas de geráneos... Y al moverse Carmela suavemente, desdibujándose una actitud para nacer otra, Rafel la seguía mirando, queriendo ver, adivinar con los ojos de la imaginación, las formas de diosa que cubrían aquellos toscos vestidos de campesina y que él acariciaba con el deseo...

No tardó ella á verle: al hacer un movimiento instintivo notó que un hombre la observaba y se irguió, escapándosele la maceta que tenía en la mano, que rodó por tierra.

—Buenos días...—dijo Rafel, humilde y cariñosamente.

—Santos y buenos...—contestó ella, mirándole de hito en hito; y rápidamente, sin darle tiempo para hablar y con el tono desabrido de quien desea echarse de encima un importuno, añadió:—¿Qué quieres...? ¿qué se te pierde por aquí?

—Nada... pasaba y entré á ver á tu padre... á fumar un cigarro con él... No ví á nadie; esperé; te oí...—y Rafel, temperamento locuaz y enredador, no encontraba palabras con las cuales justificar su presencia allí...; y las que atinaba á balbucear

era con cierto temblorcillo que descubría su emoción.

—Pues no está mi padre...—le interrumpió con sequedad la Rulla,—ni Huisa...; fué por mí, con la madre, al mercado... conque, ya sabes...

—Sí; que me vaya, que estorbo...

—No... es decir...,—y se quedó pensativa un brevísimo instante, mirando á la maceta y á los esquejes que rodaron por tierra... De repente alzó la cabeza y dijo con aire resuelto:

—Mira, Rafel... quería hablar contigo y lo temía también.—Rafel la miró, abriendo los ojos con espanto.—Pero ya puestos en la ocasión, escucha...

—¡Conmigo...! ¿Hablar conmigo tú...?

—Sí; contigo; con el hermano de Tonet—respondió Carmela con aplomo;—con el novio de mi hermana... Y para decirte, que ni á las claras ni á escondidas has de burlarte de Huisa... Eso ni te lo consiento á tí ni lo consentiría á otro *més ben plantat que tú...*

Sudores fríos, oleadas de rubor, ansias de muerte... se apoderaron de Rafel en un momento, permitiéndole murmurar tan sólo, fingiendo extrañeza:

—¿Qué... qué dices?

—Lo que oyes—replicó la Rulla, creciéndose porque sabía que era dueña de la situación.—Si te figuras que yo creo, como los demás, que eres ya un hombre de bien, te equivocas. Sé que eres siempre Rafel y que primero mudarás de piel que de intenciones.

—¿Yo? Pero... ¡chica! Yo quiero á Huisa... será mi mujer... y no será desgraciada—tuvo valor de decir, entre hipócrita y cínico, sabiendo que mentía.

—¡Sí, no faltaba más! ¡Miren qué santo se nos ha entrado por la puerta...! Me dan tentaciones de ponerte en un altar...

—¡Chica... no serías la primera!—interrumpió Rafel, intentando apartar con chanzas, el nublado que se le venía encima.

—Sí... ¡Valientes pendones... habrán sido!

—¡Psché...! de todo... Carmela; de todo...

—¡Eres un perdido... que ni tienes palabra ni obra buenas,—recalcó.—Pero á otra con chanzas... A mí no, no me engañas tú; y ya que mis padres...

—¡Alto! Yo no engaño á nadie... y menos tengo interés en que tú creas ó no los cuentos que te traen.

—Sí, cuentos, hablillas...—le atajó irónica y burlona.—¡Eres un pillastre, como no hay otro...! Tu suerte es que Huisa es un ángel... ¿Por qué viniste á enamorarla si no has de ser hombre de bien? ¿Crees que yo no sé en qué pasos andas, dónde te metes algunas noches y de dónde sales ciertas madrugadas?—y sonreía maliciosamente.

—Estás loca, Carmela. Pregunta á Tonet... y no creas lo primero que te digan...

—De lo que me dicen de tí... creo siempre algo... De lo que veo... lo creo todo y algo más.

—¿Y qué has visto?—dijo él con parsimonia, para

disimular el efecto que le hizo aquel disparo á quemarropa...—¡Visiones... almas en pena!—siguió con tono humorístico. Pero ella replicó vivamente tratando de desconcertarle y observando á la vez el efecto de sus palabras:

—Puede, sí, que sean almas en pena lo que sale, antes de amanecer, por la puerta del corral de la barraca de «la Chesusa...» pero hijo... ¡se parecen mucho á tí...!

—¿A mí?—Rafel quedó petrificado. «Era cierto: fué una noche á compartir la tristeza de aquella buena moza, inconsolable porque Rafel «iba por el buen camino». Pero fué una noche sola... ¿Cómo lo supo aquel demonio de mujer?»

—Ya ves... como digo verdad...

—No, no es cierto—exclamó él rápidamente, dispuesto á quemar el último cartucho. Pero la Rulla, triunfante, sonriendo al ver al mozo cogido en la trampa hábilmente preparada, siguió:

—No debes negarlo... ¡Eres un cobarde si me lo niegas á mí...! ¡A mí que lo he visto...—y reía como Satanás reiría, si fuera mujer y tan hermoso como la Rulla.

—¿Tú?—clamó Rafel.

—Sí... yo. Fué casualidad... No vales tú tanto que merezcas que yo te cele... ni este oficio lo desempeñé nunca. Di una mañana un largo rodeo, para recoger unas cestas que dejé arregladas en el campo la noche anterior, lejos de aquí... ya sabes por dónde... y te ví salir... Tuve que detenerme para que no tro-

pezaras conmigo. Ibas tan ciego que no reparaste en mí.—Maldecía á su suerte el joven, por muchos motivos...—Y aunque ibas de prisa te reconocí... Eras tú; tu andar; tu aire... Apenas había luz... El corazón—y se detuvo unos segundos,—me dijo que eras tú. Mis ojos confirmaron la corazonada... al arreglarte el embozo de la manta para taparte mejor... ¿Quién podía salir de casa la Chesusa sino tú? ¿No eres el gallito que ahuyenta á los rondadores de «esa...?»

Anonadado al verse descubierto; sin salida honrosa posible de aquel lazo en que tan fuertemente se veía sujeto, echó atrás la cabeza y dijo con aire resuelto y desvergonzadamente:

—Y aunque eso fuera verdad... ¿á tí qué?

—¿A mí qué?—rugió como una leona la Rulla.—¿A mí qué?—repitió mirándole de alto abajo, como desafiándole.—¡Mucho! ¿Qué...? ¿Huisa no es mi hermana? Por mí, maldito lo que me importarían tus truhanerías. A ver como no te enredas con todas las pendangas más asquerosas del mundo... ¡Qué me importará de este granuja á mí! Pero como Huisa es tan buena, que el diablo no se la lleva porque no quiere... evitaré que sea desgraciada casándose con un pillo como tú... ¡Que se quede para vestir santos! porque si eso es ahora....

—¡Chica...! ¡No estás tú poco alta! Eso en todo caso será cosa que á Huisa y á mí importe, ¿sabes?

—¡Te equivocas, Rafel! No sabes de lo que soy capaz... si sé que partes con otra lo que es suyo; te

acordarás de la Rulla... ¡Ni me das miedo tú... ni cien *cobardes* como tú...! ¡Que *cobarde* es, quien hace lo que tú con una mujer... que no tiene un hermano que te parta el corazón...!—y dió un paso hacia él, con aire amenazador, crispadas las manos y relampagueantes los ojos.

Verdaderamente estaba hermosa en aquel momento la Rulla... queriendo aparecer amenazadora y terrible. Rafel vió cerca de él aquel rostro divino, tanto tiempo deseado, embellecido por la ira y la altivez... Sintió en el corazón el fuego de aquellos ojos temidos y adorados á una; y despertadas sus pasiones por aquella palabra que como una injuria le arrojaba al rostro la Rulla,—á él que no fué «cobarde» nunca,—nubláronsele los ojos y enardecido por la fuerza del deseo que despertaba de súbito con increíble energía, tendió hacia ella sus manos trémulas... la Rulla retrocedió hasta tocar con su cuerpo la pared de la casa...; avanzó más Rafel... sintió el aliento de aquella linda boca sobre su cara... y sujetando sus desnudos brazos, besó con ansia sus palpitantes y húmedos labios...

Carmela le repelió con fuerza y poniendo en su mirada toda la cólera que rebosaba en su corazón, dijo con voz sorda:

—¡Ruín... cobarde!—«A ella no la besó nunca nadie, más que su madre: ¡y se atrevía á profanar la pureza de su rostro un granuja, un libertino! ¿Cómo adivinar que osaría poner sus labios impuros, acostumbrados á besar á hembras harto fá-

ciles de conseguir, sobre los suyos castos y virginales? Esperaba insultos, denuestos, blasfemias, hasta golpes, de aquel hombre á quien hacía un rato que estaba fustigando sin piedad, con su acerada lengua... y él ¡ruín y cobarde! en vez de devolverle agravio por agravio, ofensa por ofensa... la besaba en la boca á traición..., porque traidor era quien devolvía caricias por injurias.»

Pero pasado el momento de estupor que le causó tan inesperada ofensa; trocada en ardimiento la fría oleada que un momento paralizó sus miembros y sintiendo en sus labios inusitado ardor,—huella de la pasión que aleteó en ellos un instante...—buscó algo con la mirada..., cogió del suelo un curvo y afilado podón, con el que cortaba las ramas de las hortensias... y avanzó decidida hacia Rafel.

Su primo no retrocedió; con indefinible acento, que salía de su garganta algo enronquecido, le dijo:

—¡Tira... sin miedo! ¡La muerte no me dolería ahora...! ¡No sería castigo...!—y sonreía dulcemente... Carmela se detuvo admirada. «¿Él, el audaz galanteador, acostumbrado á conseguirlo todo de las mujeres... con un beso tenía bastante para esperar sonriendo á la muerte...? Era indudable que Rafel había visto la imagen de la muerte en los centelleantes ojos de la Rulla... ¿Y decía que no era castigo morir... que no padecería muriendo entonces?» Y deseando imperiosamente escudriñar

hasta el último repliegue de su pensamiento, le dijo torva y ceñuda:

—¿Un beso... será bastante para que no sientas la muerte de mi mano?

—¡Sí!—contestó Rafel con energía y sinceridad. —¿Quieres saber por qué? Porque no amo á nadie... sino á tí. Tú lo eres todo: amor y odio; infierno y gloria. El mayor placer, la riqueza más grande del mundo no valen lo que ese beso que te robé... Vine á esta casa por tí... para rescatar lo mío, que otro se adelantó á coger... ¡y vine engañándoos á todos, y á mí mismo, al enamorar á Huisa...! Te amo á tí, sólo á tí, desde que siendo niño me hacías sufrir y me pegaban por tu culpa... y te adoro más desde que eres más imposible para mí... Lo imposible me atrae, me seduce como el abismo negro y hondo... Ya lo sabes...; ahora, mata... la muerte por tu mano será más dulce que por mano de Tonet...— Carmela se estremeció y su rostro se contrajo.— ¡Mata... no me dejes con vida, porque no he de cejar en mi empeño...! Te quiero con locura..., mía has de ser sólo, no sé cómo..., pero serás...—Y sonriente el infeliz enamorado; encendido el color unas veces; pálido como la propia muerte otras, quedó clavado en el suelo, cruzados los brazos, esperando sin miedo...

La Rulla, profundamente abatida, sin darse cuenta de si era sueño ó realidad cuanto oía; confusos sus pensamientos, pero sin que se extinguiera el furor en sus ojos de deidad ofendida, en los

que temblaba una lágrima, dejó caer el podón, que rodó hasta los pies de Rafel... cubrióse el rostro con las manos para que no la viera llorar y murmurando quedamente, con expresión de infinito rencor: «¡Cobarde... ruín! ¡La muerte, es poco...!» se metió en la alquería á ocultar su gran vergüenza y su pesar...

Rafel esperó un momento. Miró en rededor detenidamente: no vió á nadie. Todo estaba silencioso y quieto. Los chopos, las sargas, olmos y moreras, desnudos de hoja, parecían seres muertos; estaban allí pero «no vieron ni oyeron nada; no lo relatarían á nadie.» Los otros arbustos, en los que comenzaban ya á brotar las yemas,—botones recubiertos de sedosa y blanca pelusilla ó manojillos inverosímiles de hojas diminutas que comenzaban á abrirse...—«tampoco dirían nada;» en ellos la savia sólo tenía fuerza para comenzar á despertarles...

El arbolado, á quien el invierno despojó de su verde vestidura, permitía ver una gran extensión de terreno en la cual era imposible que se ocultara nadie... A lo lejos distinguíanse las alquerías y barracas diseminadas, como una inmensa población, esparcida caprichosamente por el campo, solitario á aquella hora, dulcemente triste á la tibia luz de un sol de Enero... Casi en los límites del horizonte aparecía alguna mancha obscura... era un laurel, un limonero, algún copudo olivo; tal vez un grupo de cipreses que surgían tras unas tapias blancas... La naturaleza parecía dormir... No se oía piar un pá-

jaro ni cantar un campesino... El agua cristalina discurría mansamente por el fondo de las acequias, como si fuera á detener su curso, á descansar... La vida parecía suspensa en aquel momento de calma poética... y la tierra, la madre tierra, como una doncella fecunda, esperaba sin los estremecimientos ni los espasmos del deseo, entornada la mirada y los miembros lazos, abandonados, el beso fecundante de la Primavera... «Todo dormía. Nadie les había visto.... Ellos dos guardarían el secreto.»

Saltó Rafel el cercado; salió á una senda y esquivando el camino y los lugares donde podía encontrar á la gente de la alquería, se fué campo á través, murmurando con alegría satánica:

—¡Es mía... es mía!

II

Carmela calló su afrenta... «Temía trastornar la paz de su casa y á la vez el escándalo... Los viejos no podrían resistir disgusto tan afrentoso; su hermana vería en el suelo, hechas añicos, las ilusiones de toda su vida... y entre los dos hermanos se alzaría una barrera de odio que tal vez les llevara hasta el crimen... «Conocía á Tonet». Además, le parecía humillante invocar ayuda ajena... Ella se sentía con alientos para tomar venganza por su

mano... Y meditándola, la saboreaba como si ya la hubiera realizado... No sabía cómo ni en qué consistiría; pero estaba segura de llevarla á cabo, cuando recordaba la vergüenza sufrida... aquel beso de fuego que quemaba aún sus labios y que sentía todavía en ellos como marca delatora del agravio. ¿Conseguiría que Huisa le aborreciera si ésta veía, como ella vió, por sus ojos, alguna de las infamias de Rafel? ¡Era tiempo perdido! Su idea era lograr que arrojasen de la alquería á Rafel, no verle más y ya el tiempo amortiguaría el recuerdo de aquella bochornosa escena, de la cual no quedaría más que una remembranza como la de un mal ensueño... Aceleraría su boda con Tonet... Acercándose más á éste, alejaría el peligro, ¡un gran peligro! Tonet era bueno, la quería con toda su alma; ella también, con cariño leal, inquebrantable; sin arrebatos; sin que los sentidos intervinieran en la atracción de sus almas.»

Afectaba una completa tranquilidad é indiferencia delante de Rafel. Ya no le asaetaba con miradas incendiarias pretendiendo confundirle. Cuando él entraba y salía, aparentaba estar atareada para no contestar á su saludo. En cambio extremaba sus despedidas con Tonet, poniendo más dulzura en su acento, sobre todo si estaba presente el otro, el audaz y cobarde Rafel.

A toda hora pensaba en su agravio, trazaba nuevos planes de venganza, afinando los proyectos que le parecían mejores... y se acostumbró tanto á

pensar en su afrenta y en el castigo que meditaba, que fué imprescindible necesidad de su alma... monomanía casi. Hasta llegó á acariciar la idea de esperar á Rafel una noche y á traición ¡como él la ultrajó! clavarle un cuchillo en el pecho... «¡Nadie imaginaría que fué ella! ¿Se atrevería? Valía la pena de meditarlo».

Así estaban las cosas. Rafel, más enardecido, avivado su deseo por el recuerdo del dulce y sabrosísimo beso robado á la Rulla; recuerdo que le encendía la sangre y convertía en hoguera su corazón. Envalentonado por el silencio y la actitud, sosegada al parecer, de Carmela, pensaba siempre: «¡Es mía... es mía!» y esperaba la ocasión para extremar el asedio de tan brava fortaleza... Los otros,—sus padres y sus hermanos,—ignoraban que un drama formidable aleteaba junto á ellos, incubándose al calor del odio de una mujer y del deseo frenético de un hombre, que sin mirarse siquiera, sostenían un reto, en el cual, ninguno de los dos desconfiaba de ser el vencedor ni presumía ser vencido.

Nunca como entonces guardó Rafel mejor conducta. Siempre salía acompañado de muchos amigos, y así, era fácil «dar á entender» si andaba ó no en malos pasos. Se retiraba temprano y Tonet no tuvo por qué reconvenirle como otras veces. La Rulla lo supo y aumentó su secreta cólera. «Por este lado fracasaba su plan. ¿Cómo hacerle ver á Huisa que Rafel prefería á otras y la escarnecía á

ella?» Y el proceder de Rafel le preocupó hondamente.

—«¿Qué tramaría aquel perdido? ¿Qué se proponía apartándose de la mala vida? ¿Que ella lo supiera? Era indudable. ¿Y, con qué objeto? ¿Será verdad... que ese mala persona estará enamorado... de mí? ¡Cá... como de todas! ¿Pero por qué... cómo pudo atreverse—y Carmela al llegar á este punto de sus cavilaciones, se ponía roja como una cereza,—á lo que se atrevió, sabiendo quién es la Rulla? Lo hizo para perderme ó para perderse... en los dos casos puede ser por un gran odio ó por un inmenso amor... ¿Por qué se atrevió, ¡Dios mío! á hacerme tan desgraciada? ¡Yo no vivo, ni sosiego, ni dejo de pensar en él, desde aquel día maldito... Le temo... le odio... Este secreto que á él me une pesa sobre mi como una piedra enorme y me ahoga... quiero quitármela de encima del pecho y no puedo y pesa más... y enloqueceré si Dios no hace luz en mi pensamiento y pone en mi mano el medio para castigarle... pronto, pronto...»

La Rulla, que no quería pensar en Rafel y tenía su imagen en el pensamiento á toda hora; que se decía á sí misma que le odiaba y admiraba su audacia y le temía, no se daba cuenta de lo que pasaba en su alma cuando deseaba aproximarse á Tonet para librarse del peligro que á sus ojos, la cercaba... «Tonet sería su amparo y su salvación en un caso extremo, temido tanto como presentido... ¿De qué no era capaz Rafel?» Éste sabía

mejor que ella que sus sentimientos sufrían honda perturbación... que nuevas ideas iban á germinar... añejos afectos á transformarse... y acechaba la ocasión propicia para una tentativa definitiva, arriesgada, loca, temeraria... «Vencer sería la vida; fracasar... morir; ya lo sabía él ¿y qué? ¡Bien se podía jugar la vida, por una mujer como la Rulla!»

Resuelto á todo, la esperó un amanecer, emboscado en un cañaveral, por donde ella pasaba todos los días, al alba, camino del mercado. La vió pasar cargada con sus cestas al brazo y sobre la cabeza... y la siguió. Era una mañana primaveral, fresca, tranquila. Carmela andaba de prisa; deseaba sin duda llegar al mercado antes de que el sol asomara su roja faz, sobre las aguas bruñidas y plateadas del golfo levantino. Al llegar á una compuerta de la acequia que seguía paralelamente al camino, abandonó éste, saltó aquélla; dejó las cestas en el suelo y tomando una estrecha y tortuosa senda se internó en una plantación de frutales, en los que sospechaba encontrar algunas frutas tempranas que pagarían á buen precio en el mercado... Tocó delicadamente con sus dedos un albaricoque... ¡estaba verde aún! Otro...; igual. Apretó suavemente un abridor... una fresquilla... lo mismo. Sintió rumor de ramas que se apartaban tras ella; volvió la cabeza sin suspender su faena y vió á la luz indecisa del alba un hombre con la manta al cuello que se acercaba... Creyó que sería algún labrador que tendría que regar á aquella hora y lo confirmó al

notar que se alejaba. Pero el hombre aquél, después de explorar el contorno, entró otra vez en el bosquecillo de frutales, deslizándose cautelosamente entre los perales, manzanos, membrilleros y ciruelos en flor; al llegar cerca de la Rulla se detuvo anheloso y como fatigado; apoyó su mano en el delgado tronco de un membrillero cuajado de flores blancas, levemente rosadas, y con voz temblorosa dijo, muy bajo:

—¡Rulla!

—¡¡Rafel!!—gritó la Rulla, asustada, con el rápido presentimiento de que allí y á aquella hora iba á decidirse su suerte, á trocarse su dicha en otra cosa más amarga... «Aquel ruín quería comprometerla... acaso que los vieran juntos en aquel lugar, á tales horas... dar que hablar... No poder sincerarse ante Tonet...»

Un instante no más duró aquella situación, pesadamente embarazosa. Al preguntar él con desmayada voz, que se avenía mal con los relámpagos que la pasión hacía brillar en sus ojos.

—¡Te has asustado... Rulla!—contestó ella:

—¡Vete... Rafel!—Rafel no se iba. «Venía decidido á acabar de una vez y no se iría apenas llegado...»

Comenzó mansamente, repitiendo con sentido acento cuanto le dijo después de darle aquel beso, que aun tenía poder para incendiarles la sangre.... Carmela le escuchaba pálida, contraído el rostro, caídos los brazos, pero apretados los puños. Rafel hablaba, sin descanso; afluían las palabras á sus

labios como el agua al surtidor de copioso manantial... No se propasaba... Estaba á algunos pasos de ella, ni siquiera se acercaba. Calmóse un poco la ansiedad de la Rulla; pero esperaba, apercibida á la defensa de la brutal acometida que temía...

Rafel pedía «perdón por aquel arrebato... de aquel día...»—Carmela sintió agolpársele toda la sangre al corazón.—«¡Estaba tan guapa... la admiraba y deseaba tanto! ¡No fué él... fué una fuerza, una voz del alma...; fué el corazón quien deseó, quien dijo á su boca: «¡Besa!» y sus labios besaron... ¡Más valiera que nunca la hubiera acariciado! ¿Por qué no le clavó el afilado podón en el pecho?

—¡Rafel... vete...!—Él no se movía; seguía disculpándose, afectando una serenidad que no tenía y sin poder evitar el ligero temblor de su voz.

—¡Puedes estar tranquila... Maldigo la hora en que á tanto me atreví... Desde aquella mañana llevo un infierno aquí dentro;—y golpeaba brutalmente su pecho.—¡Nada temas de mí...! Pide, manda; serás obedecida.

—¡Vete!—decía Carmela, angustiada.

—Sí; me iré... No me verás más. Pero dí que disculpas mi audacia... que perdonas á Rafel... que te quiere desde que abrió los ojos y vió á la Rulla... que padece tanto por ella... Habla... dí...

—¡No!—dijo irritada la Rulla.—¡No puedo perdonar... no quiero verte... Te odio... no quiero oirte... ¡Vete, Rafel! ¡Eres ruín, malo, cobarde!—Rafel cerró los ojos... y su diestra, como una garra, se cla-

vó en su pecho... La Rulla temió, en la exaltación que sufría, que se arrancara el corazón y se lo arrojara, sangrando, al rostro.

—¡Altiva eres... orgullosa también... Pero así y todo te amo,—replicó él con creciente ardor.—¿Qué culpa tengo yo de que seas así, hermosa y altanera? ¡La más hermosa de la huerta... la más soberbia también! Si me perdonaras tú, Carmela... no serías la Rulla, serías como todas.... y yo te quiero tanto, por eso, porque no eres como ellas...! Por poseer á la Rulla, se da la existencia...; por las otras...—y reía sarcásticamente. Carmela sintió que una nube obscurecía su vista y pasó las manos por sus ojos intentando desvanecerla. Rafel lo notó, dió un paso hacia ella... y se detuvo.

—La vida se da por una mujer cuando se está loco por ella... Yo te ofrecí la mía tiempo atrás... ¿Por qué no la tomaste? Ahora sabrías que es verdad lo que te digo...; y yo... yo no padecería.

—¡Rafel... no me atormentes... déjame. Yo también sufro mi vergüenza desde entonces, y no pido consuelo ni alivio á mi pena... No pido sino que me dejes... Huye, vete; vete de aquí... Déjame sola con mi penar...

—¡Oh! ¡Qué sabes tú...! El mío es más grande; es más añejo... Lo llevo aquí desde que era niño,—muy antes que comencé á pensar,—y por tí me castigaban y por tí gateaba por los troncos de los perales y me caía magullándome las carnes, para que comieras las más dulces y sabrosas... Era malo por

tí... ¡Me atrevía á todo por la Rulla...! En cuanto me desataban de la higuera ó del tronco de la parra... corría á robar la más hermosísima y olorosa *codoñeta* (membrilla), para dártela... porque sabía que comías con delicia aquel áspero fruto... ¿Y tú... qué hacías? ¡Ya me odiabas...! Pagabas con odio mi adoración; me acusabas de las travesuras que cometía por tí... Y ahora... porque quise endulzar con un beso toda la amargura de una vida de martirio y de pasión sin esperanza... me despides... me mandas que me vaya...—y dió otro paso hacia ella, aprovechando el momento en que Carmela se cubría los ojos con las manos,—y yo me voy... para siempre... pero antes...—y se detuvo. La Rulla alzó los ojos; al verle tan cerca se estremeció involuntariamente y balbuceó:

—¡Deja... deja que siga mi camino, Rafel; no te cruces en él...! Podía costar caro... No me hables así... no debo oirte esas palabras... No quieras robar á... tu hermano mi cariño... es suyo...

—¡No...!—gritó Rafel—¡Es mío... no robo nada, tomo lo mío...! ¡Eres... mía!

—¡Yo!—exclamó la Rulla, como si la hubiera mordido un áspid.—No... no soy tuya porque callé y guardé la ofensa... V. te... aquello está lejos... No fué nada... Olvídalo.—Rafel sonreía y agitaba la cabeza negando.—Yo... no puedo quererte... eres malo... y yo también sería mala... ¡Quiero á otro que me ha dado su alma! ¡Seré de él porque lo desea... y yo también...—Y no supo seguir. ¿Qué pa-

saba en el alma de aquella mujer? ¿Luchaba? Subyugada, fascinada por las palabras de Rafel intentaba abroquelarse con el nombre de Tonet, para interponerlo entre ella y su hermano desconfiando de sí misma. ¿Amaba ya á Rafel? Le atraían su audacia, su pasión, aquellos recuerdos de la niñez hábilmente evocados por su primo. ¿Era que llegaba hasta ella el calor de la hoguera que consumía á Rafel y la deslumbraban sus patentes llamaradas? Es que el amor atrae, seduce y alucina y engendra amor. Todo lo pensaba la Rulla... y todo temía que pudiera ser.

—¡Que serás de otro...!—dijo Rafel viéndola perpleja.—¡Si creerás que no pienso en eso! ¡Si ese es mi tormento...! ¡Si tu prometido no fuera... «él»—no se atrevió á decir «mi hermano», ni á nombrarle,—hace ya días que no lo sería... Pero á pesar de «él...» será lo que yo quiera que sea... ¡Ayúdame tú... Rulla!—suspiró, como si supiera, el muy truhán, que Carmela le amaba y le ayudaría...

—¡Rafel!—exclamó asombrada su prima. ¿Tan mala crees que soy? ¿tan loca que te siga en tus locuras?—Pero su alma se sentía arrastrada por el vértigo, hacia aquel abismo que se abría ante ella...

—¡Mala! ¡No eres mala, Rulla!—y pronunciaba esta palabra con tanta dulzura que sonaba en el oído de Carmela como dulce y voluptuosa música.

—¡Mala tú...! Más buena y pura que la Virgen... y más guapa que ella... ¡Mala serías dejándome ir...

odiándome... viviendo para otro... ¡Pero eso no será... porque yo no quiero..., ni tú quieres ya tampoco... porque te asusta y admira este grande amor que no cabe en el pecho y se sale de él y busca en el tuyo... á tu corazón... atropellando todo lo que se oponga á que se junten...

Rafel no se equivocaba. La Rulla estaba subyugada por la inconcebible osadía del joven á quien creyó incapaz de sentir una gran pasión viéndole en continuos devaneos... Le seducía su palabrería, mezcla de tosco lenguaje y expresiones sentidas... sinceras. Tonet era hombre de pocas palabras y ni aun en sus momentos de abandono é intimidad hablaba así, como Rafel... No; lo fiaba todo á sus miradas... No pintaba tan bien como aquel tunante...

Carmela se asustó viendo deslizarse su pensamiento por aquella peligrosa pendiente... Y volvió á decirle que se fuera... «Había sido una ráfaga; pasó afortunadamente para ella; pero ¿y si volvía?»—Él se negaba á marcharse... Esperaba una promesa, una sola; é insistía, argumentando así, en aquel decisivo momento que tal vez jamás volvería á encontrar:

—¡Tú has callado, Carmela... guardándote el beso que te dí... y ya no puedes entregar tu cuerpo á otro... ¿No te acordarás de mí, de este odiado hombre, cuando «tu marido» bese tu boca? Y... ¿serás feliz? ¿Podrías devolver con esos labios ningún beso? Tus besos no pueden ser más que míos.—Carmela desfallecía, pero erguida y altiva,

entornaba los ojos para no ver y se tapaba los oídos para no oir. Y sacando fuerzas de su flaqueza gimió:

—¡Vete... yo no te amaré nunca... yo te odio... te odiaré siempre...—Pero su acento y su mirada la vendieron... Adivinó Rafel, como experto cazador, que el momento propicio era aquél... y se aproximó á ella...; la ciñó el talle suavemente, con felino ademán, y dejó caer en su oído lentamente, palabras candentes, apasionadas, fascinadoras, que nunca oyó la Rulla... Su alma despertaba, á las sacudidas de la pasión, de un letargo que duró toda la vida... «¡Oh! Así; así debía ser amada una mujer...; aquello era el amor...» Las mágicas palabras de Rafel llegaban á su corazón y rendían á su voluntad de roca, como los mágicos conjuros abrían las peñas en los cuentos maravillosos que, cuando era niña, le relataba su madre... Y alucinada, con los ojos abiertos desmesuradamente, como si su alma estuviera lejos, en un mundo ideal... no se daba cuenta de que Rafel, agotadas las palabras, la besaba con ansia la boca, con besos largos y ardorosos en los que palpitaban juntos el amor y el deseo contenidos tanto tiempo... Cuando aquellas abrasadoras caricias la tornaron á la realidad, la Rulla, sin resistir, abandonándose, dejó caer hacia atrás la cabeza y chocó suavemente sobre el tronco de un manzano en flor, que soltó una pequeña lluvia de pétalos blancos. Carmela murmuraba:

—¡Oh! ¡Qué vergüenza... Rafel... déjame ya...!—

pero anonadada por la creciente audacia y las continuas y largas caricias del mozo, dulces como promesas de una vida mejor, se dejó besar balbuceando un quejido, débil protesta del ofendido pudor que cedía el campo á la avasalladora pasión.

Rafel, anhelante, loco ya, la estrechó contra sí en un espasmo de deseo y le pidió que le devolviera sus besos.

—¡No... Rafel...! Me quieres mal... quieres perderme.—Él respondió, secos los labios y la boca:

—¡No, Carmeleta! Te quiero bien...; mucho...; con locura... ¡Daría el alma por un beso tuyo...!—y besaba sus ojos, sus ondeados cabellos, su frente, su cuello, los brazos laxos, caídos... La Rulla gozaba el placer, por primera vez en la vida, de ser acariciada... como ella soñó quizá serlo...; no pudo resistir y cayeron sobre el mullido césped, cuajado de rocío, alfombrado de florecillas blancas y rosadas que soltaban los manzanos y perales al más ligero movimiento de sus ramas...

Un momento después, la luz del día fué más intensa y rompiendo el sol el cerco de nubecillas que en el horizonte le aprisionaban y envolvían, besó con dorada sonrisa á la inmensa y verde campiña. Los floridos frutales, los pájaros, las tiernas y ondulantes mieses, los cerrados botones de los arbustos, en los que se abrían las flores antes de nacer las hojas, la hembra amada y seducida por

el hombre en plena natura... devolvieron el beso fecundante del sol y sacudieron su letárgico sueño en aquel amanecer primaveral.

La Rulla se levantó: en sus cabellos tenía pegados algunos blancos pétalos, marchitos... Miró con inmensa tristeza á Rafel, que se aproximó á ella sonriendo agradecido: «¡Ya era suya!» y un beso largo, puro, infinitamente sublime, unió sus labios. ¡También ellos, al despertar á la «nueva vida», se acariciaron como el astro de oro acariciaba á la florida Primavera!

III

Pocos meses después, casi á la misma hora y junto á los muros de la alquería de Chenovés, Tonet derribaba al suelo á su hermano, de un trabucazo...

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Consecuencias.

I

El golpe que recibió aquella honrada familia fué rudo y brutal... Acostumbrados los pobres viejos á la paz de una vida honrada, aquel acontecimiento les aturdió y asesinó moralmente, desquiciando y echando abajo el edificio de su dicha que sobre tan sólidas é inconmovibles bases parecía asentado.

Trabajadores y virtuosos, su único deseo, consistió en poder legar á sus hijos el nombre de sus padres, sin mancha, limpio, como ellos lo recibieron; su única esperanza, ver antes de morir «acomodadas» á sus hijas constituyendo una sola familia respetada y estimada tanto como ellos lo fueron. Limpia su conciencia, jamás turbada por ningún remordimiento, no acertaban á explicarse «por qué Dios permitió «aquéllo», y por qué Carmela tuvo alma y coraje para asestarles golpe tan cruel. ¿No pudo Dios llevársela, ¡como se llevó á la pobre baldada! antes que...?» Todas las mañanas, cuando despertaban al rayar el día,—habiendo logrado dormir unas pocas horas y aún éstas agitadas

por atroces pesadillas,—dudaban si lo ocurrido fué ó no ensueño...; pero al ver á Carmela ceñuda y triste, á Huisa anegada en lágrimas y á Rafel en el lecho malherido... veían que era cierta su afrenta y verdadero su dolor.

Los ojos del tío Pelegrí miraban amorosos á la tierra; parecían atravesarla, buscar en su interior, en aquel lecho húmedo y silencioso, la única verdad, el único reposo posible... «¡No pensar en nada, no sufrir; acabar con el tormento de ir paseando su lenta agonía por la huerta... ¿podía desear otra cosa?» Y su espinazo se doblaba cada día más; su cuerpo se inclinaba hacia el suelo ansiando formar parte de él pronto... Y aquella tierra fértil que regaba diariamente con su sudor; que trabajó amorosamente con sus manos; que guardaba en sus entrañas á sus padres, á sus hermanos... ingrata y dura con él, no le abría su seno ofreciéndole el eterno descanso...

En cambio, pródiga y ubérrima, le devolvía generosamente, centuplicados, los frutos de su labor cotidiana, recompensándole espléndidamente, superando sus esperanzas... ¿Qué le importaban ya las riquezas? ¿Para qué le servían?» Á veces intentaba erguirse y no podía. Su encorvado espinazo se doblaba hacia abajo, sintiendo atracción por la madre tierra... «Allí estaba su pasado, sus ilusiones, sus esperanzas. Arriba nada...! todo en la fosa...!»

Caminaba pausadamente pesándole en realidad

aquella carga...; pero también era que la tierra atraía como poderoso imán, á su cuerpo rendido, temerosa de que se lo robaran ¿No era suyo, no vivió á costa suya, no le sustentó, no se entregó á él dándole todo lo que la fértil tierra levantina puede dar á sus hijos? «Sí; le respondía el tío Pelegrí,—¡pero cuánto tardas á unirte á mí con el último abrazo!»

Su pobre mujer sufría como él, y como él ansiaba que la muerte la librara de aquel suplicio... También la ráfaga del maldito huracán la abatió; ya su vida no sería otra cosa que un lento morir... Cuando se encontraba sola con su marido, huía la vista de él; y si no podía y sus ojos se encontraban, rompían á la vez en desgarrador sollozo y corrían por su rostro lágrimas de fuego. Con mudo y estrecho abrazo intentaban consolarse; era en vano... Uno mismo era su pensamiento. «Ellos lucharon, pero con la frente alta, contra todos: fundaron su nido con amor, á la luz del sol; fueron buenos, sanos de entendimiento, limpios de corazón. ¿Por qué se desmoronaba el nido, con tanto cariño labrado, de tan violenta manera?» Y una sombra caía sobre los ojos de la tía Tona, comunicando tristeza y melancolía infinitas á su venerable y hermoso rostro, sereno y apacible como el de una mártir santa.

También el corazón de Huisa sangraba; la alegre y confiada muchacha que no comprendía el mal, cuyos sueños tuvieron siempre el color de la inocencia, lo vió todo, desde aquel día, gris, ne-

gro... Y lloraba la sin ventura, con mayor desconsuelo porque eran su hermana y «su Rafel» quienes la burlaban y echaba abajo su dicha, tan inesperada y dolorosamente.

Carmela, taciturna y triste, no hablaba á nadie ni á nadie contestaba. ¿Sufría? Grande fué su delito, tan grande como su pasión; pero mayor era su vergüenza. No se dejó ver de nadie... Esperaba tranquila á que curara Rafel, para ver como era el corazón de aquel hombre...; entonces sabría si había de vivir ó morir. El recuerdo de «la Malcasá» se le aparecía en los momentos de duda, vívido y potente...

La herida de Rafel era tremenda. Tenía el brazo izquierdo roto, deshecho, precisamente en la articulación del húmero con el cúbito y radio; la bala había hecho añicos una porción considerable de aquellos huesos y desgarrado horriblemente los músculos.

El tiro despertó al tío Pelegrí, quien como en sueños creyó oir á seguida un grito agudo de mujer. Se levantó, encendió luz... oyó la voz de Carmela pidiendo socorro y hacia ella fué veloz, á medio vestir, con angustia en el alma y el presentimiento de un gran mal. En cuanto topó con el grupo que formaban Carmela y Rafel y la luz cayó de pleno sobre él... no tuvo otra idea que cerciorarse de que su hija estaba ilesa. La Rulla, sin cuidarse de la inquietud de su padre, palpaba á Rafel buscando su herida, para detener la sangre que se es-

capaba; sostenía contra el suyo aquel cuerpo exangüe y besaba con delirio y transportes de dolor su rostro pálido, cuyos ojos vidriosos la miraban con expresión de muerte... Sin preguntar nada, sin inquirir por qué Rafel estaba herido y los dos allí, el padre de Carmela, fué á atender á su sobrino y al acercar la luz y coger su colgante brazo, lanzó Rafel un grito desgarrador. Pronto acudió la tía Tona; después Huisa; entre todos le llevaron y tendieron en la cama del tío Pelegrí, caliente aún, que acababan de dejar los dos ancianos; con tiras de lienzo de sus propias ropas y de las del lecho, le vendaron como pudieron aquellas compasivas gentes, cuya única preocupación era contener la sangre que huía del cuerpo de Rafel.

Avisaron á su familia y á los médicos; pero hasta bien entrada la mañana no vinieron éstos. Cuando levantaron el grosero vendaje que cubría su herida y se dieron cuenta de la gravedad de ésta, propusieron la inmediata amputación del brazo si querían conservar la vida de Rafel y si tardaban á decidirse, la gangrena haría inútil aquella operación... Y allí mismo el tío Pelegrí, su hermana Peransa, y su cuñado Toni Albors, después de breve consulta, decidieron seguir inmediatamente el consejo de los médicos.

Y tendido en la cama de novios de los Chenovés, Rafel sufrió la amputación del brazo, con increíble valor, sin quejarse, mordiendo un pañuelo que le dió la Rulla, quien, animosa y esforzada,

sostuvo su cabeza durante la cruenta operación, mirándole con sus ojos magníficos,—en los que se trasparentaba su inmenso dolor,—y humedeciendo sus ardorosos labios cuando pedía agua el dolorido joven.

Afortunada y feliz fué la operación. El amor dió fuerzas al enfermo; el ansia de vivir, para cumplir con su deber, le sostuvo en aquel crítico momento...—«Sólo resta tener con él un cuidado extremado. Vigilar la herida; que ninguna emoción agite su espíritu y después de unas cuantas semanas de cama «á la calle»,—dijo el doctor.

El tío Pelegrí no consintió que se lo llevaran á su casa; había oído decir á los médicos que era peligroso el traslado, por cuidadosamente que se hiciera, y dijo:

—Pues se queda aquí. De ahí saldrá bueno ó como quede...; aquí le cuidaremos. La caridad es lo primero.—

La Rulla agradeció con toda su alma á su padre aquella determinación, porque creía que nadie tenía más derecho que ella á ser su enfermera. Los padres de Rafel se instalaron en la alquería y hasta que no estuvo fuera de peligro velaron juntos todos al enfermo, día y noche. Éste, pálido, con cercos profundos en los ojos, cuyas pupilas hacía fulgurar con brillo intenso la fiebre... semejaba un ángel rebelde, hermoso y vencido, pero no humillado, en el lecho del dolor.—Deliró unas cuantas noches. Su imaginación calenturienta soñaba y evocaba

con palabras incoherentes, la escena en que cayó herido aquella noche trágica... También á veces nombraba á la Rulla; entonces se dulcificaba su contraído y desfigurado rostro; una leve sonrisa movía sus labios y balbuceaba: «¡Por tí... Rulla... todo... hasta morir!»

El mal no pudo vencer á su naturaleza de hierro; ésta triunfó antes de lo que esperaban los médicos y á los pocos días Rafel estaba fuera de peligro. Entonces llamó á los viejos y delante de sus padres, les habló así:

—«Perdónenme... Soy un mal hombre. Con mi sangre he pagado mi locura; pero honrado á mi manera, sabré endulzar su pena todo lo que pueda. No se apuren, no sufran... Pidan á Dios que cure y yo borraré mi culpa como los hombres de honor... Carmela será mi mujer... si ustedes me quieren por hijo...»

Los ancianos no contestaron. Temblaban los labios del tío Pelegrí como si fueran á moverse para decir algo, pero no pudo hablar. La tía Tona tapó con sus manos sus enrojecidos ojos. Tonet Albors, el padre de Rafel, apretó la mano al tío Pelegrí y se llevó fuera á los dos ancianos diciéndoles:

—El chico tiene razón. ¿Qué otro remedio queda? Salvemos su vida y todos cumpliremos honradamente... Gran mal causó; pero lo reparará como quien es... ¿qué más queréis?

Carmela, que con la madre de Rafel quedó junto al lecho, se acercó á él, dióle una cucharada de

una poción, limpiando luego sus labios cuidadosamente.—Ya lo has oído,—le dijo Rafel.—Por tí fué todo; por tí estoy herido... Y más cerca de la muerte que de la vida, te aseguro que aquélla no me da miedo, que la buscaría otra vez si ella me hiciera dueño de tí, de tus pensamientos y de tu hermosura. ¿Me crees ahora? ¿Crees ya que te amo... á tí sola? Pensarás tal vez que me pesa lo ocurrido... por el dolor que sufro... por ver mi cuerpo mutilado... y te equivocas si así piensas. Sólo me pesa tu vergüenza... Lo demás... lo pasado no, si por lo pasado soy dueño de tí... ¡Lo juro! ¿sabes por quién?—y bajando la voz, añadió:—¡Por nuestro hijo...!—y la miraba con infinito amor, tal vez con menos fuego que otras veces, pero con mayor dulzura que nunca.

Carmela se sonrojó...; pasó la oleada de rubor, no pudo contenerse, se inclinó hacia él y le besó en la frente.

—Serás mi mujer... en cuanto pueda levantarme. Sólo me apesadumbra, créelo, tu afrenta y el pesar de esos viejos. ¿Pero había otro camino para llegar á donde yo quería? Yo no ví otro... ¿Me perdonas todo el daño que hice? ¿Quieres ser mi mujer, Carmela, alma mía?

La Rulla no contestó...; le miró á través de sus empañados ojos: «Quien hablaba era su propio deseo por boca de él». Sus labios se unieron en un beso callado, largo, dulcísimo, y por primera vez, después del dolor y el bochorno sufridos, la Rulla

tuvo un momento feliz, en el cual renacieron muertas esperanzas. «¡Vivir para él y para el fruto de su amor! ¿Qué otra cosa podía desear?» Aun podía ser dichosa... Ya no pensaba en la muerte... ni en «la Malcasá». Rafel era un hombre.»

Y todos notaron que desde aquel día estuvo más comunicativa; sonreían sus ojos y su boca seductora alguna vez, y procuraba hacer menos tristes los días á sus ancianos padres. Cuidaba á Rafel con esmero, con el interés de una esposa, con el cariño de una madre. «Era suyo, era padre del sér que ya palpitaba en sus entrañas... y ya no vivía más que para *ellos*.»

Ahuecaba las almohadas, le ayudaba á cambiar de postura, evitando que se lastimara la herida; llevaba á sus labios el alimento, probándolo antes... No hizo más una madre por su hijo, que hizo la Rulla por Rafel.

En su tarea de cuidar al enfermo le ayudaba solícita y diligente la abnegada Huisa, pero sin entrar nunca á ver á su primo. Preparaba el sopicaldo, cuidaba el puchero; iba y venía al pueblo trayendo las medicinas; cortaba y orillaba vendas... pero una barrera la detenía á la puerta del cuarto del enfermo: llamaba á Carmela desde allí y ponía en sus manos cuanto era menester... La pobre mariposa, con las puras y delicadas alas rotas, sufría pugnando por levantarse del suelo donde aquéllas se manchaban en el cieno de la vida... Desbaratadas sus ilusiones, burlada su fe, padecía más toda-

vía porque sentía cerca al burlador, delirando los primeros días, pronunciando borrosamente el nombre de su hermana «¡nunca el suyo!»

El día que le amputaron el brazo tuvo una horrible congoja... un lúgubre presentimiento al no oirle quejarse. Al salir un médico la tranquilizó. «¡Cuánto padecería el pobre ahogando su dolor, tragándose los quejidos y las lágrimas!» Cuando salieron todos, terminada la operación, dejando á Rafel con su madre, vieron á Huisa que había encendido cuantas velas halló á mano, delante de la Virgen del Carmen que tenían en la habitación que fué de su tía; y arrodillada ante la imagen, rezaba fervorosamente, con las manos cruzadas sobre el gentil busto y derramaba silenciosamente abundantes lágrimas.

Había nacido para amar... y amaba. Quien la vió en aquel momento, sintió mayor compasión que nunca por la infeliz doncella.

Rafel preguntaba por qué no entraba á verle— «¡Me odiará mucho... con toda su alma!—Decía. Carmela instaba á su hermana para que entrase á verle, desde aquel día en que volvió á sonreir la Rulla. Huisa se negó siempre. Ya más aliviado, y deseando también aliviar sus remordimientos, el enfermo pidió la venia al tío Pelegrí para hablar á Huisa: «quería, antes de salir de aquella casa, dejarlo todo arreglado y una de las cosas que más le preocupaba era los sentimientos que Huisa tuviera respecto de él».—«Es tanto lo que me pesa

haberla engañado—dijo—que necesito su perdón para poderme casar con Carmela... La quiero mucho, todo lo que un hermano puede querer... ¡Que entre!»

Obedeció Huisa el mandato de sus padres y entró en la alcoba del herido. «¡No era Rafel, era otro!» Pálido; con la barba bastante crecida; consumido por la fiebre aquel rostro siempre risueño, hundidos los chispeantes ojos... Rafel pareció á sus ojos un espectro, una sombra de «su Rafel», de aquel que no vería más á su lado... Hasta su voz parecía cambiada. Tuvo compasión de él; mucho había sufrido: harto pagada tenía su culpa.

La entrevista comenzó siendo embarazosa para ambos y terminó de un modo conmovedor. Huisa le miró un momento nada más, al entrar. Luego, le habló sin alzar los ojos... «¡Ya no era suyo! Sus palabras fueron mentira; mentira sus promesas; engañosos sus juramentos... No tenía derecho á mirarle. Hasta sus miradas eran de otra, que estaba allí... de la Rulla, ¡á la que llamaba en sus noches de delirio!»

Lloró aún más que el día que le cortaron el brazo á su primo y como un autómata dijo que sí á todo lo que él quiso y que no á todo lo que él deseaba que negara. Entre sollozos y suspiros, gimió estas palabras:

—Sí... ¿por qué no? Perdonado... de todo corazón... No te odio... ¡Si yo no puedo odiar á nadie!—añadió haciendo por sonreir y enjugando sus lá-

grimas. Pero cuando él, humilde y cariñoso, con acento sincero y palabra sentida, quiso besar su mano, como penitente pecador, Huisa ahogó un grito y dió un paso atrás exclamando:

—¡No, eso no! Perdonado estás... pero con mi perdón acaba todo... Adiós, Rafel...—y salió de allí la infeliz amante que no quería agrandar la herida abierta aún. Su carácter moral, sublime y perfecto y su alma cristiana no quisieron enturbiar ni empequeñecer la grandeza de aquel acto de perdón, con nada que pudiera parecer impuro... y rechazó el beso de Rafel, que hubiera sido «el primero» que de él recibiera; ¡bien lo sabía «el prometido de la Rulla...!»

II

Toda la familia Albors, padres, tíos y primos de Rafel, se ofrecieron al tío Pelegrí para remediar en lo posible el escándalo y «echar tierra al asunto». Las relaciones é influencias de unos y otros se pusieron en juego tan pronto y bien, que salió todo como ellos deseaban. No influyó poco el respeto y prestigio que gozaba el tío Pelegrí, en toda la huerta, para la solución del enojoso asunto. Convencióse á quien debía convencerse, de que el único modo de aliviar la triste situación de las dos

familias era dejar que el drama que había comenzado allí, allí acabara...; esperar que el herido curara para casarlo con Carmela y dejar en paz al burlado Tonet, que bastante tenía con su pena y su remordimiento y que había prometido no hacer ningún daño á Rafel; pero también rogó al mismo tiempo «que no le obligaran á verle ni á la comedia de hacer unas paces que no sentirían ninguno de los dos... Olvidaría á Carmela..., mejor dicho, procuraría lograrlo y juraba que habría paz en la huerta.

Restablecido por completo, Rafel salió de la alquería para casarse con la Rulla. Sus bodas fueron tristes. Sin pompa ni boato. Lo quisieron así sus padres y así se hizo.

Se fué á vivir con la Rulla, al Cabañal; su casa daba al campo y tenía su poco de huerto y gran corralón para los carros. A pesar de la pérdida casi completa del brazo izquierdo, manejaba y regía con destreza sus potros... Cuando Carmela le veía coger con los dientes las riendas para castigar con su látigo los lomos del indómito animal, que relinchaba y espumarajeaba irritado al sufrir el poder de la férrea mano de aquel hombre, sentía por él ternuras infinitas y compasión inmensa. Consideraba cuánto merecía ser querido quien por ella estaba mutilado y soportaba su desgracia contento, alegre siempre, amándola con adoración extremada. «¡Por fin Rafel, era otro; ella le venció, como antaño deseaba, pero nunca pensó que fuera á costa

de tantas amarguras, á costa de un crimen...» Sólo endulzaba sus horas y apagaba algo su remordimiento, cierta esperanza que á pasos agigantados sentía acercarse é iba á convertirse muy pronto en realidad.

Y un día del invierno siguiente á los sucesos narrados, la Rulla daba á luz una hermosa niña con los ojos vivos y traviesos de Rafel y un parecido extraordinario con su madre. Entonces fué cuando por primera vez pisaron los abuelos Chenovés y Huisa la casa de Rafel. Aquel ángel trajo consigo algo de paz y de consuelo á aquella desdichada familia, que tan feliz había sido.

La tía Tona iba todos los días á ver á su hija y á su nieta. Huisa iba algunas veces con su madre. Se comía á besos á su sobrina; pero á veces la sorprendían con ella en brazos llorando silenciosamente mirando aquel rostro encantador, que parecía de rosa y nácar; la niña la miraba arrugando ligeramente el entrecejo, como si quisiera penetrar en el secreto pesar de su tía.

El abuelo Pelegrí adoraba también á su nietezuela y exigía que todos los días le trajeran á su Carmeleta, á la que sostenía con sus manos convulsas y decrépitas y apretaba contra su lastimado corazón. Recordaba cuando la Rulla era así, pequeña é inocente, echaba de menos aquel tiempo y maldecía el presente. Sólo las risas de aquel ángel templaban algo su desconsuelo; por eso necesitaba verle á toda hora, para que su enojo se deshiciera

en lágrimas que solían caer sobre las tiernas carnes de la niña, que miraba ya como su madre: tratando de penetrar adentro del alma.

Con Rafel, no se reconcilió nadie. Le habían perdonado; le agradecían «la buena vida» que daba á Carmela, pero no podían olvidar la afrenta que les hizo sufrir.

Tonet y Rafel evitaron encontrarse. Se vieron, mucho tiempo después, casualmente, y echaron en distinta dirección apenas se columbraron. Aparentaban haber olvidado...; pero los dos reñían continuamente ruda batalla en su pensamiento para alejar de sí el rencor y el deseo de venganza. No lo consiguieron, hasta que pasados muchos años, la edad templó los ardores juveniles y la nieve cayó sobre su cabeza.

III

Un año después, vestían de luto en la alquería: el tío Pelegrí no pudo resistir la sorda é íntima lucha que se libraba en su alma y sin guardar apenas cama, murió un amanecer conversando tranquilamente con la bondadosa compañera de su vida y con Huisa, que le velaban, temerosas é inquietas. Sin quejarse, sin pedir auxilio de médicos, rechazando las medicinas caseras que

le ofrecían y conservando una lucidez y serenidad de espíritu incomparables, lo dispuso todo. Aconsejóles lo que tenían que hacer «en el caso de que él tardara á levantarse...»; á quién habían de llamar «á jornal» para seguir las interrumpidas labores; cuánto dinero había en casa y cómo se había de disponer de él; dónde habían de colocar el maíz, á qué precio podría venderse aquel año... y sus últimas palabras fueron estas:

—«Yo creo, Tona... que jamás te dí que sentir... bueno..., pues si alguna vez te ofendí, sería sin darme cuenta...; perdónamelo... ¡Ah! mañana cuando despierte... traedme... á Carmeleta... á mi nieta... quiero verla... besarla...»—y se quedó como dormido sobre la almohada...

Fué su agonía la de un alma pura; honrado nació y honrado fué hasta su muerte... Ocultó la gravedad de su mal á aquellos seres que tanto le amaban, y cuando conoció que iba á morir... hizo un esfuerzo para sonreir y entornó los ojos, antes de que se los cerrara la muerte...

Toda la huerta acudió á consolar á la viuda y á acompañar al cadáver. Tonet se presentó, cuando el triste cortejo salía de la alquería; acercóse, pidió á uno de los hombres que llevaban el ataúd que se apartara; arrimó el hombro y le llevó hasta el cementerio. Junto á la abierta fosa, él fué quien con más fervor rezó por el alma del infeliz anciano y emocionado hondamente tiró sobre la negra caja la primer paletada... ¡La tierra abría sus bra-

zos al fin y á cambio del eterno sueño le daba el eterno reposo á aquel sér infortunado!

La tía Tona y Huisa lo supieron y sintieron un dulce consuelo que las confortó extraordinariamente. Tal vez no esperaban aquel acto de Tonet; quizá le tenían olvidado... y agradecían con toda su alma que él no las olvidase á ellas cuando más desgraciadas eran. No pudo derramar Tonet más dulce bálsamo sobre su corazón, que acudiendo á solicitar la honra de llevar sobre sus hombros aquellos mortales despojos y darles él mismo tierra cristiana.

Cuando Tonet dijo, por toda oración fúnebre, antes de cerrar el ataúd:—«Recemos un padrenuestro por el hombre más honrado de la huerta», —el rezo que siguió á su varonil acento fué, no un murmullo inconsciente, sino el sordo lamento de una generación á quien dolía perder hombre de tan gran valía y protestaba sinceramente porque habían precipitado su muerte, quienes más obligados estaban á hacer más llevadera y agradable su vejez. Y se faltaría á la verdad si no se dijera, que mientras los labios de todos rezaban en alta voz, un pensamiento de duro rencor, germinó en muchos cerebros, aunque no llegó á exteriorizarse en aquel momento. Más tarde, cuando las apesadumbradas gentes se desparramaron por la huerta, llevando á sus hogares algo de la pena que sentían... entonces sí. Aquel pensamiento se formuló; sonaron nombres y se pronunciaron estas palabras como último comentario:

—«Dios «les» perdone... porque dicen, que el tío Pelegrí no «les nombró» ni para bien ni para mal en sus últimos momentos,»—y hubo quien clavó más el dardo, diciendo con reconcentrado encono:

—«*¡Clar...! La escopetá de Tonet, ferí no més á Rafel...; á qui matá ¡fon al pobre vell...!*»

CAPÍTULO DUODÉCIMO

En el camino de Algirós.

Volvía una mañana, fresca y nublosa de Otoño, por el camino de Algirós, la tía Tona á la alquería. Venía de Valencia, é iba cargada con dos cestas repletas de encargos. Al llegar cerca de «la Barraqueta», se apartó la enlutada viejecita para dejar paso á un carro de labranza que traía la misma dirección que ella. Volvió involuntariamente la cabeza y se le demudó el color. En el carro iba Tonet, «el novio de su hija... de la Rulla».

Sentado en el carro sobre unos haces de heno y las manos enclavijadas sobre una rodilla, dejaba ir al dócil animal, que ni apresuraba ni detenía su paso tardo, como si supiera que su dueño no le había de hostigar ni le corría prisa llegar á donde le llevara...

A cada golpe del carro, al hundirse las ruedas en un bache, movíase Tonet como un cuerpo inerte sin que el duro golpeteo le sacara de su abstracción. ¿Era un alma muerta ó simplemente aletargada por el dolor? ¿Era posible que aquella alma despertara?

Como no se cuidaba de dirigir al caballejo, éste torció su marcha al salir las ruedas de un profundo hoyo y se precipitó sobre la anciana, estando en muy poco que no la atropellara. La tía Tona dió un grito y se arrimó al alto margen que se levantaba á ambos lados del camino.

Despertó Tonet de su ensimismamiento, volvióse rápidamente al oir una voz conocida, detuvo con enérgico tirón á la bestia soltando un tremendo taco y bajó de un salto por delante del carro. Fué hacia la anciana sonriendo, complacido por el encuentro y la saludó cariñoso y efusivo. La invitó á subir, ya que iban en la misma dirección; y después de acomodar él mismo las cestas en el carro, la subió, levantándola en vilo; subió él después y siguió el jaco su marcha perezosa.

Tonet no decía nada; su tía tampoco; pero en el rostro de los dos se leía bien claro que les agradaba estar cerca el uno del otro, que les complacía el encuentro. Los dos tenían deseo de hablarse; no sabían de qué... pero Tonet guiaba al animal cuidando de apartarle de los hoyos, moderando su paso si lo cogía vivo al salir de algún atolladero... Se traslucía su deseo de que tan grato viaje fuera lo más largo posible.

Al llegar á «la Barraqueta», unos amigos le llamaron y uno de ellos, más atrevido, detuvo al animal y se paró el carro. Perplejo Tonet no sabía á dónde dirigir su errante mirada ni qué decir á

aquella gente, que le instaba á bajar «para beberse unas copas».

Su tía le miraba compasiva y apenada. Sabía que Tonet jugaba, que «se había dado á la bebida» y que tenía amigos entre la gente maleante, él que no conoció nada de esto á los treinta años...

Aquellos holgazanes se impacientaban: uno de ellos, el que acariciaba á la jaca dándole palmadas en las ancas, silbándole piano y diciéndole: «¡Quieto, quieto... Lusero!» dijo por fin, encarándose con él y dejando tranquilo al noble bruto:

—¿Bajas... ó no?—La frase que hacía ya un momento que temblaba en los labios de la tía Tona, vibró por fin en los oídos de Tonet:

—¡Tonet... *fill meu... no begues!* (no bebas.)

Tonet castigó con un tremendo trallazo á la jaca, que salió escapada, dejando atrás á sus asombrados camaradas.

—¿Volverás?—gritaron éstos.

—¡Sí... pronto vuelvo!—contestó riendo.

Al llegar á la barraca «del Pallero», moderó su carrera.

Hacía más de un año que no se habían visto ni hablado... y bastó una palabra, cualquiera, para trabar animada conversación. Parecía que ansiaban desahogar su pecho de algo que lo oprimía... Contáronse sus penas y las aliviaron refiriéndoselas. No quedó repliegue de su conciencia sin examinar. Tonet, que tuvo la delicadeza de no nombrar siquiera á la Rulla ni á Rafel, preguntó por Huisa. «Se figu-

raba cuáles serían sus angustias, cuán grande su martirio... Él pasó el mismo tormento...» Cuando nombró al tío Pelegrí, ahogaron los dos un sollozo y no pudieron contener su llanto.

—El ha sido más venturoso; más feliz que yo—dijo la anciana.—Ya no sufre... ya descansa para siempre. Él no pudo resistir la afrenta... yo, más fuerte, pero más desdichada, vivo muriendo... porque esto no es vivir. Dios me deja para sufrir y padecer por todos. ¡Ay, Tonet! ¡Ay, hijo...! ¡Qué vida! ¡Todo cambiado de la noche á la mañana... Solas... sin el arrimo del pobre viejo, que tanto llenaba la casa; acostumbrada á verle siempre contento, siempre trabajando... Toda la vida juntos... y de pronto...—y los sollozos cortaron su palabra.

Tonet la estrechó contra su pecho suavemente, como si temiera lastimarla con sus nervudos brazos y dejó caer en su oído estas palabras, que fueron bálsamo que calmó un poco el dolor de aquella herida, que jamás había de cerrarse:

—¡Llórelo, sí... llórelo! Valía más que todos. Ahora que ya no vive... sé cuánto le quería... ¡igual que á mi padre...! Por evitarle una pena hubiera dado yo la vida... ¿Cómo evitar lo que ocurrió? No pudo ser... ¡Pecho pues...! Ahora á vivir para llorarle...

La tía Tona lloraba oyéndole, y él tenía los ojos encendidos y sentía cierta inquietud, producida por los esbozos de pensamientos que comenzaban á aparecer en su cerebro sin concretarse ni

definirse, pero que ya le acosaban como manada hambrienta: «¡Aquí estamos nosotros! ¿Aun no te has dado cuenta de que ya estamos aquí? ¿En qué piensas? ¿No sabes lo que queremos? ¡Eres tonto...!» Y al pobre un sudor se le iba y otro le venía.

Pudo romper á hablar y sin sospechar á dónde llegaría, comenzó preguntando quién «les trabajaba desde la muerte del tío; quién cuidaba de las bestias, de segarles la hierba; de recoger las cosechas...» Al iniciar un nuevo rumbo en la conversación la tía Tona, perspicaz y observadora, adivinó lo que tal vez él mismo no veía aún claro.—Y de tumbo en tumbo, peores que los que daba el carro que les conducía; cayendo y saliéndose sus pensamientos de más hondos baches que los del caminejo por donde iban, al fin dijo, como quien se cansa de dar rodeos y salta por donde se le antoja:

—Ya veremos, ya veremos. Usted no está bien así... Allí falta un hombre... no á jornal... sino que ampare y abra los brazos á lo que el tío se dejó en la alquería... ¡Ya veremos quién puede ser ese hombre...! Hoy no sé aún... Pero, veremos; veremos... ¡De más verdes he visto yo madurar!

Su tía le oía embobada. «¡Tonet era siempre bueno... siempre generoso! ¡Qué más quisiera ella! Un hombre como Tonet rigiendo su casa y su hacienda... era un sueño irrealizable. ¡No sería! Tenía la suerte de espaldas... No era que deseaba «un marido» para su hija, precisamente... Era el amigo, para alegrar algo la soledad y tristeza de su casa y

de su alma; el báculo de su vejez; un protector desinteresado de Huisa... esto ansiaba y Tonet era el único que podía serlo todo. Rafel no había de entrar jamás en la alquería, ni viviendo ella ni mucho menos después de muerta.»

Y como habían llegado á la senda que daba entrada á la alquería, ayudó Tonet á bajar á su tía, le entregó las cestas y sencillamente,—sin saber que plagiaba á un ilustre pensador,—dijo:

—¡Tía... la suerte baraja las cartas... pero nosotros somos quienes las jugamos... ¿me entiende?—y con un lacónico «adiós» se despidieron.

La anciana pensó: «Es todo un hombre... y un hombre de bien.»

Tonet retrocedió, para ir á su casa. Antes de llegar á un recodo del camino volvió la cabeza y vió á Huisa que salía al encuentro de su madre, le cogía las cestas y parecía preguntarle algo. Su madre le contestó señalándole al carro que se alejaba. Huisa miró entonces y al verlo erguido sobre él, hizo un ademán como dándole las gracias por haberle traído á su madre y le envió un adiós con la mano. Contestó él de igual suerte y arreó al descansado rocín gritándolo, radiante de júbilo, como si acabara de hacer una hombrada:

—¡Arre... «aca!»

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

Dios aprieta, pero no ahoga.

TONET se alejaba razonando así: «¿Una mujer ha de trastornar mi vida, mi porvenir... y he de resignarme porque ella lo quiso? No. ¡Arriba el corazón! Ahogaré las memorias amargas... olvidaré que se truncaron mis ilusiones allí, en la alqueria maldita; ¡maldita por los que se fueron... no por los que quedan...! y seré, como siempre, Tonet Albors; fuerte aunque esté solo... con un corazón esclavo de la voluntad... Y no se reirá nadie de mí... ¡Tendré un nido, tendré una familia: esposa honrada y tiernísimos retoños...! Ni se extinguirá mi raza ni mi nombre... ¿Dirá la gente que yo no debía volver por aquella casa? ¡Ah! ¡Amé tanto allí que no sé buscar en otra parte al amor... ¿Dónde ir sino allí? ¿Qué mujer de la huerta me conoce como mi tía Tona? ¿Quién podría ser tan discreta y tan buena, como Huisa, que jamás me eche al rostro la burla que sufrí y la afrenta que sufro aún? No sé si Huisa me podrá querer...; pero otras que saben cuánto quise á la Rulla, no lo olvidarían nunca...

Huisa, sí; porque también deseará olvidar ella... ¡Quién sabe! La desgracia atrae, une... ¡quién sabe! ¿Por qué no he de ser yo quien recoja «la herencia» del tío Pelegrí? Otro recogería sólo las cosechas, la alquería, las tierras... Yo solo soy quien puede recogerlo «todo»... la hacienda y las lágrimas; la riqueza y el duelo que llena la alquería y cae como una sombra sobre las dos mujeres, tan solas, tan abatidas...; una de ellas próxima á la muerte... ¡No vivirá muchos años la tía Tona! ¿Qué hará Huisa más sola aún, sin «un hombre» á su lado, que estime de ella algo más que los bienes? «Aquéllo» pasó junto á ella sin tocarla, sin mancharla... ¡Diría «la huerta» lo que quisiera... pero él se casaría con Huisa... y ¡juraba por Cristo..! que la haría feliz.

Pasado algún tiempo después del encuentro de Tonet con la tía Tona, ésta halló ocasión oportuna, hablando de cosas relativas á la hacienda, para insinuar hábilmente á su hija, que «la casa no andaba bien; allí hacía falta un hombre... En jornales se iba mucho dinero...; los jornaleros trabajaban cuando querían y como querían... No era posible seguir así...» Huisa bajó los ojos y no contestó. ¿Para qué? Harto sabía ella lo que pasaba... y también sospechaba quizá la consecuencia que su madre quería deducir de aquellas premisas... y calló. El cúmulo de pensamientos que acudió atropelladamente á su imaginación, entremezclándose con los recuerdos de hechos añejos y recientes; su dicha truncada, los planes amorosamente concebidos y

bárbara y traidoramente deshechos... todo, todo la confundió impidiéndole contestar.

Pero cuando su madre, después de otro encuentro con Tonet, no tan casual como el primero, le dijo apretándole las manos contra su enflaquecido seno y mirándola dulcemente:

—¿Y si hubiera... un hombre—y subrayó estas palabras,—¡muy bueno! que quiere y que puede hacerte feliz aún, casándose contigo... tú, qué dirías, hija mía?

—¡Madre!—contestó, y en su voz había tanta desesperación como dolor...—¡Yo no he de casarme nunca...!—y dejó caer su cabeza sobre el pecho de su madre para que ésta no viera su llanto.

Pasó algún tiempo más sin que la pobre madre se atreviera á insinuar otra vez á Huisa, la idea de su casamiento; pero estando una noche acostadas hablando, después de haber apagado la luz, de la marcha anómala que seguían los trabajos agrícolas en la alquería, apuntó otra vez la tía Tona aquella atrevida idea... Huisa calló. Pero su madre, que oía su respiración un poco agitada y esperaba otra negativa, antes de que ésta se formulara, soltó á boca de jarro esta pregunta:

—¿Y si fuera Tonet, tu primo... el hombre que quiere casarse contigo?

La pobre muchacha no respondió: la emoción ahogaba su voz y suspendía su pensamiento. No supo qué decir. «No podía despreciar á un hombre tan formal y tan bueno; ella le quería como un her-

mano; mucho, pero como hermano nada más... No sabía si aun estaba enamorada del Judas que la vendió... pero sí que su corazón destilaba sangre por la herida abierta todavía.» Su madre, que la oía llorar silenciosamente, siguió hablando de la falta que en la alquería hacía Tonet; realzó los méritos del mozo y terminó así:

—¿Has pensado bien lo que pasará cuando yo me muera? ¡No quieres casarte! ¿Qué harás sola en esta casa tan grande... sin un marido que defienda tus intereses, tu vida, tu honra si alguien la amenazara? ¿No vale más dejar las cosas bien arregladas... antes de que me lleven á descansar junto á tu padre...? No me duele nada; estoy bien; pero por dentro parece que vaya deshaciéndose algo... como en una casa vieja cae hoy una teja, mañana se desquicia una puerta, se resquebraja un muro, se pudren las vigas y el día menos pensado viene toda abajo...

Huisa protestó de aquel cuadro desolador, que dibujaba su madre, con un silencioso y apretado abrazo y muchos y muy tiernos besos. Al amanecer se durmieron rendidas de luchar con su propio pensamiento.

Todo el día siguiente anduvo Huisa por casa silenciosa y triste, con los ojos enrojecidos y con expresión pensativa, meditabunda. Siempre que su madre, aprovechando los momentos en que estaban sólas, le preguntaba:

—¿Qué digo á Tonet? ¿Que espere? ¿Que pase un poco de tiempo más?—Huisa no podía ocultar su

emoción y esquivaba dar una respuesta categórica.

En esta situación transcurrieron muchos días, durante los cuales debió de sufrir bastante la infeliz huérfana, luchando con el deseo de complacer á su madre, con su propio interés y con su propósito de morir soltera, «de no ser de nadie». Creía que no podía sentir amor más que por «aquél» á quien se lo juró... Lloró mucho; meditó mucho también y cuando su madre volvió á preguntarle amorosamente, qué contestaba á Tonet, desgarrándose el corazón, sintiendo algo así como la muerte moral de su sér y de su amor, dijo cerrando los ojos y con acento de quien pronuncia su propia condena:

—¡Dígale... que venga... Seré su mujer!—y no se atrevió á pronunciar el nombre de su primo. Aun no podían sus labios...

Un año después se casaron. Más parecía entierro que boda... Les apadrinaron la tía Tona y el padre de Tonet; y casi solos, sin más cortejo que sus próximos parientes y amigos más íntimos, regresaron de la iglesia al amanecer y entraron en la alquería, contenta la tía Tona, satisfecho Tonet, apesadumbrada y abatida Huisa...

Ya tenía aquella casa un amo inteligente y trabajador como quien más lo fuera. «Ahora verán las gentes de lo que es capaz un hombre»,—pensaba Tonet. Y las tierras rindieron más y las cosas volvieron al ser y estado en que estaban antes de morir el tío Pelegrí. Y Huisa, viéndole acudir á todos lados sin olvidarla á ella nunca,

sonreía y confesaba á su madre «que se había equivocado al creer que no podría amar á Tonet. Era bueno; la adoraba; nunca dejó de poner de su parte aquello que podía contribuir en poco ó en mucho á que ella fuera feliz y no había más remedio que quererle. Tonet había conquistado su alma por la sola fuerza del amor; sin imponerse, sin rogar, sin exigir; demostrando que quienes habían nacido, como ellos, para amar, debían ser felices... y que Dios aprieta en algunas ocasiones, pero no ahoga en todas...»

Hablaban de estas y otras cosas, relacionadas con ellas, madre é hija y explicaba así Huisa sus ideas:

—Creo, madre, que Tonet nació para mí y Dios me lo dió aunque por diferente camino del que debió de ser. Creo que no hay otro como él y yo soy muy feliz amada por hombre tan cabal. Él lo sabe y me corresponde con amor cada día más grande, porque sabe también que ya nada lo rompe... sino que se afirmará más... ¿se lo digo?—y el rubor le hizo bajar la voz.—Pues porque á su tiempo... ¡será usted otra vez abuela...!

Estrechamente abrazadas las sorprendió Tonet, el hombre que tan recios puntales supo poner á aquel edificio deteniendo su ruina... y los tres se confundieron en el mismo abrazo.

Cuando Carmela y Rafel supieron el casamiento de sus hermanos, se quedaron suspensos un breve rato mirándose. Carmela, conmovida y confusa,

besó á su hija que tenía dormida en brazos y murmuró:

—Me alegro con toda mi alma... Es una solución acertada... Aun pueden ser felices y lo serán. ¿Verdad, Rafel?

Éste no contestó al pronto; pero dejó en la carita de su hija, un beso, en el mismo sitio en que lo dejaron los labios de su mujer, y como quien ha hecho largo y maduro razonamiento, dijo pausadamente:

—Ni les quise mal ni les deseo más que venturas... ¡Como me hirió mi hermano, me pudo matar... pero no le guardo rencor! Yo no pensé nunca en jugarle una mala pasada; me tocó disputarle á él tu amor ¿y cómo había de ser? Se lo hubiera robado al más pintado, más pronto y mejor. Luché por hacerte mía... lo demás me importaba poco. ¿A quién había que quitarle la Rulla? ¿A él? pues á él. ¿A otro? pues á quien fuera. Dios que sabe que lo sucedido no fué por el gusto de burlarle y escarnecerle... sabe también que me importa poco que la gente piense de nosotros lo que quiera. Si yo supiera que tú eres mala, no me hubiera casado contigo... Honrada eres, por eso no has podido ser más que de un hombre: mía. Bien pagada tenemos nuestra locura con lo que hemos sufrido desde que mi hermano... me destrozó el brazo; pero si algún remordimiento quedara por allá dentro, esa noticia lo desvanece. A mí también me alegra esa boda; para ser nosotros completamente felices, era

menester que lo fueran ellos también... y lo serán. Tonet es muy «hombre» y Huisa merece que la quiera... Pero—y miró con infinito amor á Carmela;—por muy felices que sean, no lo serán tanto como nosotros. Dí, ¿no es verdad... Rulla? ¡Nos cuesta mucho... y muy cara la dicha!

La Rulla asintió; complacíala saber cuán grande pasión cabía dentro de aquel pecho animoso, y más, mucho más, en aquella ocasión en la cual veía, con la boda de su hermana, acallados sus únicos remordimientos é inquietudes.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

Nido deshecho... nido levantado.

I

Cuando Tonet dejaba la faena, al dar las doce en el campanario del Cabañal y entraba en la alquería, solía encontrar gateando por el suelo, bajo el emparrado, á un rapazuelo, bronceado como él, que al oirse nombrar desde lejos por su padre: «¡Pelegrinet!» se incorporaba presuroso y corría hacia él tambaleándose, con los brazos extendidos, las manos llenas de tierra y expresando su alegría en el brillo de sus ojos y en las borrosas é incoherentes sílabas que pronunciaba atropelladamente, al aferrarse á las rodillas de su padre.

Tonet levantaba á su hijo y entraba con él al hombro dando voces, pidiendo la comida para «dos hombres que venían de ganársela». El pequeño imitaba las voces de su padre con su lengua estropajosa y ¡menuda zaragata se armaba en la alquería al entrar «los hombres de casa», como decían Huisa y su madre!

Creció el mocosuelo y ya solía alejarse un poco de la alquería buscando á su padre... Comenzaba á curtirse su piel y cada día era su rostro más pare-

cido al de Tonet; pero tenía peor genio que éste: era mal sufrido, voluntarioso y travieso...

Si alguna vez, al regresar Tonet del trabajo no veía asomarse por los pilares del emparrado á su hijo, poníase triste y huraño, pues sabía por qué no salía á su encuentro Pelegrinet. Y al llegar á la alquería le encontraba jugando con una linda chiquilla un poco mayor que él, de ojos rasgados y garzos, vivaracha y parlanchina. Era Carmeleta, la hija de la Rulla y de Rafel, que iba á ver á su abuela y á jugar con su primo. Reñían y hacían las paces cien veces en una hora. Pelegrinet era un diablillo difícil de manejar y ella una mangoneadora sin igual; poco, pues, duraba entre ellos la armonía y el sosiego.

Tonet no lo podía evitar: al ver á la niña caía una sombra sobre su corazón; nublábase su alegría y la arruga que comenzaba á señalarse en su entrecejo se marcaba con mayor relieve. Aquella criatura inocente, evocaba en su memoria tristísimos recuerdos que él creía sepultados ya... y sufría.

Sus amores grandes, sin límites, eran su mujer, su hijo y la anciana Tona. En ellos estaba concentrada su dicha; «¿por qué venía aquella chiquilla á turbar su paz? No la odiaba, pero deseaba que no viniera á la alquería: era un elemento extraño, ajeno; era un gorrión que no nació en su nido; que no cubrió él con sus amorosas alas; no comía granito á granito el trigo que él llevaba al agujero en que anidaban ellos. ¿Qué venía á hacer en él?»

II

Pasaban los años y la tía Tona, fuerte y animosa, se mantenía en pie sin que se notara en su privilegiado organismo síntomas ó indicios de ruina próxima. El tiempo respetaba, sin herir ni maltratar con sus terribles zarpazos, su hermoso cuerpo.

Sobre su frente, surcada por pálidas líneas azuladas, caían sus blanquísimos cabellos partidos en dos bandas, que se recogían sobre las sienes en dos rizos. Su rostro, blanco y transparente como el alabastro, no tenía ninguna arruga. Sus ojos conservaban la dulce expresión con que miraron siempre á su enamorado Pelegrí. La nariz recta y afilada iba adelgazándose imperceptiblemente. Su boca, siempre dulce, siempre expresiva, sonreía mostrando sus dientes blancos, menudos y apretados.

Había sido muy hermosa la abuela y como raro prodigio se conservaban todos los rasgos típicos y característicos de su belleza sin que el tiempo ni el dolor les hubieran alterado. Su rostro parecía iluminado por una luz pálida, como de luna, luz triste y melancólica... y no parecía reflejada, sino que irradiara desde adentro... Pero esta dulce claridad no lograba disipar las sombras que obscurecían el brillo de sus negros ojos que cada día amanecían más tristes... Bajo las negras tocas de la viuda latía un corazón, cada día más débilmente,

apagándose como una brasa entre cenizas... y nadie, al ver como sonreía á sus hijos y besaba con amorosos extremos á sus nietos, diría que en aquel corazón habían heridas incurables, abiertas y profundas, manando sangre, hieles y lágrimas... La deshonra de su hija...; el crimen de disparar un hermano sobre otro...; la muerte del amado compañero de toda su vida... todo era para ella un mundo de dolores y tristezas que pesaba sobre ella como una montaña de granito...

«¡Parecía un castigo!» A los sesenta años era aún hermosa. Conservaba Dios su cuerpo para la muerte, como el de un elegido; con toda la frescura y belleza de una virgen purísima, sana de cuerpo y de alma. Y en aquel cuerpo incólume, venerable, hermoso, hizo el dolor su nido, pero haciendo para ello pedazos su corazón, marchitando su alma. Para ella era un remordimiento, un motivo más de pena, aquel odioso beneficio, aquel maldito privilegio que le concedió la naturaleza y que muchas mujeres envidiaban.

«¡Oh! Si ella pudiera arrancar aquella vestidura carnal... arrojarla al suelo, pisotearla, ajarla...; y cebado en ella el encono que por ella misma sentía, decir, satisfecha, ya acallado su rencor: ¡ahora es mi cuerpo imagen de mi alma dolorida! Antes me cubría una máscara; bella si queréis, pero máscara al fin, porque ocultaba lo que hay en mi sér de maltrecho, de caduco, de ruinoso.»

Sus hijos no sospechaban siquiera la existencia

de las continuas cavilaciones de la tía Tona y creían que era feliz como ellos. «Ella no podía ya serlo... Faltaba á su lado «su Pelegrí» y aunque tenía á Huisa, faltaba su otra hija, aquella que fué la prometida de Tonet; porque la mujer de Rafel no era «su Rulla» era otra... era la que fué causa de todas las desdichas que cayeron sobre la alquería...» Y aunque sonreía cuando estaba entre sus hijos y charlaba con sus nietos, su padecer no tenía fin ni descanso... Llegó á tener miedo á su propio pensamiento, cuando éste se fijaba tenazmente sobre algunos hechos de su vida pretendiendo sutilmente penetrar en ellos, analizarlos, deducir de los mismos consecuencias disparatadas, ilusorias... y como su cerebro estaba en continua excitación y no podía gozar más que de un corto y fatigoso sueño, el tormento de la anciana era cruel.

Dormíase al amanecer, rendida, atontada, vencida en la lucha que sostenía con su imaginación para abatir el vuelo de esta incansable viajera... Era igual que apagara la luz ó que la dejara encendida toda la noche... Los recuerdos de su niñez surgían ante sus ojos con toda la vida y el color que tuvieron; unían se á ellos los de las recientes desventuras que trocaron los destinos de sus hijas... Daba un salto atrás, merced á sus poderosas alas, «la loca», y llegaba á la época de sus amores con Pelegrí, el hijo del tío Marianot; veía la oposición tenaz de sus padres que querían casarla con el famoso «Estudiant», aquel zagalote desgarbado...

Después... después su boda, su luna de miel, eterna y dulcísima, tranquila, que duró hasta que los hijos crecieron y la fatalidad armó el brazo de Tonet... «¡Dios lo dispuso así...!» Hasta entonces no supo lo que eran esos disgustos que matan ó hacen enloquecer... Rezaba para distraerse de aquellas continuas visiones y cortaba sus rezos otro vuelo de su imaginación... Sus nietos aparecían ante ella, con sus gracias y sus naturales inclinaciones... «¿Será Carmeleta como su madre? ¿Será otra Rulla? ¿Para su madre... será un castigo? Tal vez no... ¿por qué había de serlo? Es buena; habladora; inteligente y traviesa; pero no tiene malos sentimientos, no revela instintos perversos... ¡tampoco era mala mi Carmela... su madre! Pero tropezó con Rafel y... ¿Y mi Pelegrinet? Ese sí que es listo y bueno y trabajador... ¡Será otro Pelegrí, como el mío!, ¡Es fruto de buenas ramas! Huisa es una cordera... Tonet un santo». Cogía á obscuras la calceta; sentábase en la cama y febrilmente poníase á trabajar, contando los puntos, llevando la cuenta con escrupulosidad, para distraerse de sus cavilaciones... y solía Huisa encontrarla al día siguiente, al entrar á darle los buenos días, caída fuera de la almohada, la calceta á un lado y sudando copiosamente.

Alteróse su buena costumbre de madrugar; pero esto no extrañó á sus hijos. Y cuando ojerosa y avergonzada salía de su cuarto, poco antes ó después del almuerzo, la embromaban cariñosamente

tachándola de dormilona. La abuela callaba; estaba pensativa unos momentos y luego comenzaba sus habituales faenas sin prisa, ordenadamente, como siempre.

Notaron que había disminuído algo su apetito, pero lo atribuyeron á que se levantaba tarde y no se alarmaron. Más adelante advirtieron que la abuela padecía distracciones, faltas de memoria: equivocaba nombres, trocaba las ideas, confundía un hecho con otro. Lo atribuyeron á achaques de su avanzada edad y redoblaron sus atenciones con ella, mimándola extraordinariamente; le quitaban la faena, cuando ella obstinábase en trabajar. Tonet y Huisa le decían:

—¿Quiere trabajar? Ya le daremos faena cuando haya... Pasee, distráigase, coma... y no se preocupe de nada más.

Poco tiempo después comenzó á manifestarse cierta incoherencia en las ideas que expresaba... y entre ellas y los actos que ejecutaba no existía ninguna relación. En la alquería temieron por la razón de la abuela, al observar aquellas pasajeras aberraciones de su entendimiento que ellos llamaban «manías».

Soñaba y luego pretendía que la vida real había de ser una prolongación de sus ensueños, y al chocar con la áspera realidad quedábase triste y se aislaba de todos... Cruzaban fugazmente por su cerebro algunas ideas extravagantes... que por fortuna no dejaban rastro en él... Creía sentir sensa-

ciones que no existían y ante los esfuerzos y explicaciones de sus hijos, acababa por reconocer que fué alucinación de sus sentidos y sonreía tristemente... Ya no volvió á ser expansiva y alegre como antes.

Cuando menos lo esperaban, salía de casa diciendo que iba á dar recados, que luego resultaban imaginarios... Y cuando aquellos accidentales é intermitentes desórdenes mentales fueron acentuándose, dijo un día con un aplomo que dió miedo á Tonet, «que le buscara hombres á jornal, para enviárselos á su marido porque *allá ya segaban...*» Otra vez dijo «que había hablado con su Pelegrí, que éste le preguntó por sus hijas y que ella le contestó *que se había muerto una...*»

A todo esto, iba de aquí para allá con la calceta en la mano sin escapársele un punto. Tenía siempre dos ó tres comenzadas: una «para hacer pierna», seguida, casi sin mirar, para la noche; durante el día otra, «para partir talón», era más entretenido; otra comenzada... y así iba alternando en ellas según le parecía. Conservaba su amor al trabajo y á la limpieza para todo y para ella misma. Admirábanse sus hijos de que razonando tan bien, el punto de partida de sus raciocinios fuera falso, y de que sus facultades afectivas no se perturbaran y amara con la misma intensidad que siempre á todos los suyos.

Como sus perturbaciones mentales no eran continuas ni hacían daño á nadie, Huisa y Tonet lleva-

ban con resignación y amor aquella cruz, no muy pesada, pero sí muy dolorosa para ellos.

Entreteníase mucho con sus nietos contándoles cuentos en los que mezclaba recuerdos propios con relatos ajenos; pero venía la racha del delirio y exclamaba:

—¿No sabéis «la novedad?»

—No, abuela, ¿qué es? ¿Qué pasa?—decían sus nietos acercándose más á ella.

—Pues... pero no lo digáis. *Esos* no creen nada de lo que les digo... Pero es verdad... ¡Atended! La Virgen... me ha dicho que esté lista, que vaya despidiéndome de mis chiquillos.

—¿Adónde te vas, abuela? ¿Me llevarás contigo? —interrumpían Pelegrinet y Carmeleta.

—¡No, tontos!—replicaba ella.—Me llama la Virgen ¿sabéis? porque ya tengo, como ella, siete puñales agudos clavados en el corazón, y como no hay espacio para más... ya no tengo nada que hacer aquí abajo...—Los muchachos reían haciendo gestos de asombro y moviendo gran algazara.

—No os ríais,—añadía ella abrazándoles y acercando su boca al oído de aquellos lindos diablillos.—Me llama la Virgen también,—y hablaba con misterio;—para tenerme á su lado haciendo calceta para su hijo Jesús. ¡Pobre! Como se lo quitaron todo el día que le clavaron en la Cruz, aun anda descalzo por allá arriba... La Virgen no puede hacerle calceta porque no tiene bastante tiempo para secar la sangre que mana de las heridas de su hijo,

que tiene un brazo destrozado y chorreando sangre, de un trabucazo que le pegó un hermano suyo... ¡No! esperad, no fué así... Él, Jesús, era bueno... él fué quien castigó al otro, al malo y le pegó un tiro á Rafel...—»

Con ojos espantados, desmesuradamente abiertos, la oía Carmeleta, la hija de la Rulla, mientras Pelegrinet, muerto de risa, se iba á referir á su madre «los cuentos de su abuela».—Relacionaba sus manías con sus recuerdos y sufrimientos y como quien posee la verdad única, absoluta y está ufano de poseerla, disputaba fieramente y regañaba con quien se empeñaba en desvanecer sus quimeras y delirios oponiendo á ellos razones y hechos. La dejaban por no irritarla más y entonces era cuando solía reconocer su error y callaba avergonzada.

La Rulla, que no iba á la alquería desde que Tonet entró en ella, tuvo noticia de la enfermedad de su madre y pidió á su hermana que la trajeran al pueblo y la dejaran en su casa unos días. Huisa la complació; al ver Carmela á su madre tan cambiada, tuvo una pena inmensa. No estuvo muchas horas allí: antes de caer el sol ya estaba la anciana en la alquería. Escapóse, aprovechando un momento en que Carmela se separó de ella. Rafel no la llegó á ver.

En medio de tanta ruina dos cosas se conservaban en ella intactas, incólumes: su maravillosa hermosura y su corazón. En su alma, muerta para todo, menos para el amor, guardaba las imágenes

de las adorables cabecitas de sus dos nietos y manaba inagotable y copiosa la fuente de sus delicados sentimientos. En su rostro, al que no afeaba una arruga ni la más leve mancha, no se notaba otro signo de su demencia, que la extraordinaria fijeza con que miraban sus grandes y siempre hermosos ojos...

III

De este modo transcurrían los días en la alquería, cuando he aquí, que aparece junto á ella otro grande enemigo, poderoso, insaciable, irresistible... al que no podían hacer frente sin sucumbir y á quien había que ceder el paso, batiéndose en retirada, para no ser arrollados por él. Venía de muy lejos; se detuvo cerca del viejo caserón resoplando, jadeante y amenazador é iba á avanzar, destruyendo el nido con tanto amor levantado por aquellas infelices gentes, atemorizadas y perplejas ante peligro tal. Hablando claro y en prosa llana: el trazado de una vía férrea, la primera que cruzaría la huerta, exigía la demolición de la alquería, previa la consiguiente expropiación. Aunque los raíls pasarían rozando, sin tocar casi, el edificio, necesitábase todo el solar para terraplén y cuneta... Y era preciso derribarlo; se iban aproximando las brigadas, los terraplenes estaban ya cerca y ten-

díanse ya los raíls sobre ellos; sólo faltaba aquella expropiación para terminar é inaugurar la primera sección de la línea de Valencia á Sagunto... Pocas semanas después dejaban la alquería, vacía y triste, para siempre.

Huisa lloró al salir de ella, y su madre, muda y recelosa, observó asombrada, con las pupilas dilatadas y la boca contraída con una mueca espantosa, cómo salían de la vieja alquería, atravesaban la huerta y entraban en otra casa desconocida, que no decía nada á su perturbado pensamiento ni á su corazón.

Las gentes de la huerta á quienes expropiaban sus barracas y alquerías y parte de sus campos, maldecían aquellos nombres: *Sagunto... Tarragona*, como si ellos fueran la palabra maravillosa, el conjuro ante el cual caían con estrépito casas y chozas y se abrían zanjas en las tierras cultivadas. Maldecían el dinero que les daban «en cambio de lo que les quitaban»; pero los viejos lo metían en una media, que rollada y atada fuertemente escondían en lo hondo del arca... Sólo andando el tiempo «se reconciliarían con aquellos doblones y los considerarían como suyos.» Se dió el caso en un labrador—, «el tío Cubells,»—de caer gravemente enfermo, por el disgusto que le causó ver hollados sus campos y maltratadas sus cosechas... Tuvo que ir á verle «el amo» de las tierras,—tras los santos óleos,—á consolarle y persuadirle de que aquellas expropiaciones eran precisas por utilidad pública.

Pareció conformarse; pero cuando aquel buen señor le hablaba del progreso y de la civilización con entusiasmo, le contestó, con palabras entrecortadas por la fiebre:

—*¡Cregam, siñor amo...! ¡Eixos dinés son del dimoni! ¡Están malahits! ¡Gástesels pronte!*—Y todos, con mirada hostil y ceño torvo, contemplaron á las brigadas que avanzaban en su obra devastadora, llenando de cascote los campos, arrasando los sembrados... «¿Qué les importaba á ellos eso de unir Valencia con Sagunto y Tarragona por una línea férrea? ¡Que fueran por otro lado, por donde no hubiera barracas ni tierras de labor! ¡Tierras sagradas por el trabajo fecundo y amoroso de cien generaciones que las regaron con su sudor, ahora profanadas por el pico y la pala de aquellas gentes sin entrañas, que hablaban un dialecto distinto al suyo! ¡Que fuera el ferrocarril por la playa... allí no había más que arena improductiva, que no tenía amo!»

Tonet fué quien menos sintió la mudanza. «La Alquería de Chenovés fué cuna de sus primeros ensueños y esperanzas y fosa de ellos... Junto á sus muros, cometióse la traición más negra que pueden cometer una mujer adorada y un hermano querido... Allí también permitió Dios, que su razón se cegara un momento y su mano vertiera su propia sangre al verter la de su hermano... Ahora,—lejos de aquellos tiempos, lleno su corazón por otros sentimientos y enterrados aquellos amores,—no comprendía cómo por una mujer, ¡aunque fuera la

Rulla! se podía matar y convertirse Abel en Caín... ¡Ah! Allí también le enseñó Huisa que sólo son felices los que son buenos y honrados...; ¡allí nació su hijo...! Al venir abajo el vetusto caserón convertido en polvo, desaparecería el mudo y sombrío testigo de una infamia; pero también el lugar de sus puros amores, el nido donde fundó una familia... ¿Pero qué importaba? Algo había que sacrificar.»

Les habían pagado bien la expropiación y con aquel oro podía levantar otra alquería en el mejor punto de sus tierras, construirla á su antojo y orientada á su gusto. Vivían en casa de los padres de Tonet y saldrían de allí cuando la nueva alquería estuviese terminada.

¡Qué alegría tan sincera, tan franca sintió cuando comenzó la obra! Apenas paraba en casa; tenía casi abandonadas las huertas. Iba al río con sus carros para escoger la arena que había de amasarse con la cal; á Aldaya, á las mismas fábricas de ladrillo para traerlo de la mejor clase; á «la peaña» (almacén de maderas), acarreando las vigas y cuartones. Desde los pedruscos de los cimientos hasta las rosadas y blancas tejas de la cubierta todo lo acarreó Tonet, todo pasó por sus manos. Cuando no había que traer materiales ó piezas de carpintería, cogía el pico ó la paleta y ayudaba á los albañiles; empuñaba la sierra y con ardor febril trabajaba al lado del carpintero. Tenía prisa de guarecerse en su nido propio... y trabajaba «como un negro» día y noche. Cuando se iban los operarios

siempre tenía algo que disponer, para que al día siguiente hubiera faena preparada y seguida. Su afán no era sólo ahorrar jornales, sino tiempo; «el tiempo valía mucho oro...» y aquel hombre inteligente y trabajador contemplaba con alegría y orgullo cada día, al salir el sol, cómo la nueva casa subía, subía, como si por arte mágica, invisibles obreros laboraran toda la noche para él... Una mañana veía los sólidos muros al nivel de los álamos que los cercaban y al día siguiente ya estaban algunas varas más altos que aquellos árboles.

Si su mujer le reconvenía porque trabajaba excesivamente, replicaba:

—Calla, mujer. Ahora es cuando menos debes quejarte... porque trabajo para tí y para nuestros hijos. Quiero tener pronto una casita nuestra, solo nuestra, que no hayamos de partir con nadie, como hemos partido el dinero que nos dieron por la vieja alquería..., y de la cual no nos echará nadie... ¡Aguarda!—exclamó sonriendo;—¡como no venga otro ferrocarril!—Huisa le miraba complacida, satisfecha porque poseía aquel corazón de oro.

Aun no estaba derribada completamente la vieja casa y ya se alzaba la nueva, blanca, linda, un poco más pequeña que aquélla; de un solo piso, con su emparrado sostenido por blancos y cuadrados pilares, unidos por un banco de ladrillo; con su pozo á un lado; rodeada de frondosas plantaciones de frutales y campos, siempre verdes, siempre ale-

gres... y enfrente de la otra, cuyo derribo avanzaba.

Y tomaron posesión de su casa un domingo,—después de misa,—que fué día memorable para aquella familia y para aquel hombre que seguía su camino sin desfallecimientos, sereno y altivo; venciendo flaquezas si las habían; arrollando obstáculos si se presentaban; luchando siempre por la vida contra el terruño, contra los hombres, contra las malas pasiones, contra todo. «Mientras un aliento le quedara y una mano tuviera útil, debía luchar sin tregua y trabajar sin descanso. ¿Le arrebataban la hembra elegida? ¡Pues otra más hermosa y buena le ayudaría á fundar una familia, dándole más de lo que le quitaban: hijos como Pelegrinet, que continuaría las honradas tradiciones de los Albors y los Chenovés! ¿Le deshacían el nido, destruían aquellas vetustas paredes, casi sagradas, veneradas por las generaciones que se cobijaron en ellas, y en las que estaba escrita toda la historia de una raza de héroes del trabajo? ¡Pues á levantar otro, á construirlo con sus encallecidas manos, sobre la misma tierra que regaba con su sudor y le sustentaba y á cuyo regazo iría á gozar del último y más tranquilo sueño, después de cumplido su deber!»

Así es la raza que puebla, como una gran familia, la huerta valenciana: con el pensamiento llega, toca á las nubes en sus poéticos ensueños; con las manos abre y desgarra la tierra, bajando hasta sus entrañas para fecundarla con infatigable labor que

se continúa á través de días, de años y de siglos enteros. Ama, como los ángeles aman; cuando toca dar la vida, la da. Odia también como odian los ángeles rebeldes, y hiere y mata si la pasión le ciega y se lo manda... Así es esta raza sufrida y generosa y así será mientras quede uno solo de ella.

IV

Desde que vivían en la nueva alquería agravóse la dolencia de la tía Tona. Cada vez estaba más convencida de que sus alucinaciones eran hechos verdaderos, ciertos... Decía que había visto y hablado al tío Pelegrí y que la había reñido porque consentían que derribaran la alquería. «¿No vés—decía que dijo su marido,—que van á encontrar los huesos del francés que mató mi padre, el tío Marianot, y enterró bajo los cimientos... y nos van á perder á todos?» Tomaba á cualquier viejo por el tío Pelegrí... Todos los síntomas anunciaban que el momento de la explosión de su delirio se aproximaba; y esto que por instinto sospechaban sus hijos, lo confirmó el médico quien recomendó un gran cuidado con ella, que la vigilaran, que no la contrariaran, pues cualquier emoción ó contrariedad determinaría la declaración violenta de su completa locura. Su sueño era más desordenado é inquieto; sus manías más frecuentes y absurdas.

Se escapaba, aprovechando un descuido y se iba á ver como derribaban «su casa». Siempre eran «su casa» aquellos irregulares paredones que la piqueta iba demoliendo y desmenuzando con terrible y dolorosa lentitud. En sus momentos de lucidez recordaba la infeliz que allí entró «de novia», allí amó, allí concibió y nacieron sus hijas... De allí se llevaron, dentro de un negro ataúd, á su Pelegrí y con él, su alma dolorida...

Si la invadía el delirio, increpaba á los obreros; apostrofábales porque no suspendían el derribo y les amenazaba con llamar á su marido y á sus hijos para que les hicieran abandonar aquella faena. Sobrevenía una tregua en la lucha formidable que sostenían su razón y su locura; tras la vehemencia venían la calma y el sosiego; sentábase en una piedra y lloraba silenciosamente, contemplando el horrible destrozo de «su casa», sin moverse hasta que venían á buscarla.

«Cada viga que caía con gran estrépito, levantando nubes de polvo, arrastrando con ella cascote y ladrillos... era una parte de su sér que se derrumbaba igualmente. Cada pilar que venía al suelo deshecho en pequeños fragmentos, era también algo de ella, muy íntimo, muy querido, que venía á tierra hecho polvo, desvaneciéndose para siempre, sin dejar rastro ni memoria... Había amado mucho dentro de aquella casa y había sufrido mucho también allí, entre aquellas paredes, que gentes feroces, sin entrañas, echaban abajo indiferentemente,

cantando á veces, maldiciendo otras, cuando un cascote caía sobre su cabeza ó un clavo desgarraba sus carnes, sintiendo sólo el propio dolor, ajenos completamente al de ella...»

Acabó por ir todos los días, dos y tres veces y más. Sus hijos no se oponían, temerosos de irritarla y porque repararon que cuanto más iba por allí, eran menos frecuentes sus desvaríos.

A veces, ya anochecido, vagaba como un fantasma de cabellos blancos y rostro pálido, por entre las hogueras que encendían los obreros para alumbrarse y mitigar el fresco de la noche... Surgía como una visión entre los montones de tierra y ladrillos, de traviesas y raíls, con evidente peligro de caer en una zanja ó morir aplastada por las maderas y pesadas barras de hierro que apartaba con sus manos blanquísimas, para pasar... Los capataces, enterados de su tranquila manía, la hacían retirar, y respetuosos y compadecidos la acompañaban hasta la alquería de Tonet Albors;—que así la llamaban todos.—De la «alquería de Chenovés» pronto no quedaría más que aquella sombra que de noche, en pleno día, ó al amanecer, rondaba las ruinas, inspirando dolorosa lástima al obrero que, al levantar el pesado pico, veía su blanca y descolorida cabeza por encima de un montón de hierros y maderas, mirándole fijamente con aquellos ojos que parecían salirse de las órbitas.

Su palidez iba siendo amarillenta. Había adelgazado mucho, pero aun era bello aquel rostro ve-

nerable como el de una santa. Su boca habíase hundido un poco; su nariz y sus orejas delgadas y transparentes, parecían de cera; los pómulos y la barbilla, al adelgazar, se pronunciaron algo más. Sus ojos grandes y obscuros brillaban con extraordinario fulgor: parecía que toda la vida de aquel organismo se había concentrado en ellos. Miraba con fijeza y después de clavar aquella mirada penetrante un largo momento en quien le hablaba, balbuceaba torpemente algunas palabras, de las que sólo se percibía un sonido borroso y tenue.

No podía andar ya; sentada en una silla de brazos pasaba los días y las noches; sentía horror á la cama. Desde su asiento miraba á la cerrada puerta de la alquería con insistencia, y tan fijamente, que diríase que deseaba taladrarla, para que su deseo y su pensamiento salieran veloces por allí. Cuando la abrían era grande su alegría y pedía que la acercaran á ella.

Después de unos días de ausencia entró el médico á verla y se asustó. Tonet y Huisa se extrañaron y dijeron que aquel día estaba mejor. Los anteriores sufrió una postración alarmante; tuvo algún desmayo... Pero ahora, parecía revivir; había fuego y vida en aquellos ojos: hablaba más claramente; hasta tenía más apetito... El médico no se tranquilizó; recetó... por recetar algo, recomendó mayor cuidado y vigilancia y salió. Bajo el emparrado, seguro de que Huisa no le oía, dijo á Tonet:

—Avisen á toda la familia... Dios, compadecido

de ella, quiere atajar los terribles pasos de otro mal mayor y apagará su vida antes de que venga el completo aniquilamiento de esa inteligencia... Adiós, adiós,—y se fué preocupado. Sin embargo, se equivocó; así al menos lo creyeron todos.

La enferma mejoró mucho. Se levantó de la silla; dió algún corto paseo; no mostraba repugnancia á la comida ni aversión á la cama y volvió á la vida normal, y á su manía de rondar la derribada alquería, contemplando durante horas enteras el derruído solar.

V

Avanzaba el invierno, frío y triste. Los días eran cortos y tres brigadas trabajaban en las obras de la vía, alternando durante las horas en que era más intenso el frío. Descansaban tan sólo desde media noche hasta el amanecer.

Una madrugada, al ponerse al trabajo, encendieron las hogueras y á sus inciertos resplandores vieron á la anciana sentada en el suelo, inmóvil, reclinada sobre un trozo de muro, con la cabeza baja. Pensaron que estaba mirando los azulejos que aun cubrían el piso de lo que fué alcoba nupcial, y sonrieron con amarga sonrisa. Llamáronla cariñosamente y como no contestara, dudaron... ¿Dormiría? Acercáronse á ella, la tocaron... Su cuerpo estaba

rígido, yerto. Tenía el rostro blanco, blanquísimo; las orejas y las manos, amarillas y transparentes... Pusieron la mano sobre su corazón: ya no latía... Estaba fría como la nieve...

Y creyeron que había muerto de frío...

Cabañal (Valencia), Agosto-Septiembre de 1903.

POST SCRIPTUM

Al ir á cerrar el libro, la conciencia me tira de la manga y en su descargo quiere que diga yo, algo de lo que «los dos» convinimos que se dijera en un prólogo que debió llevar esta novela. Desistimos del prólogo porque si éste es de mano ajena: «no es prologuista lo que se buscó, sino *botafumeiro,*» suelen decir los maliciosos; y si el prólogo es del propio autor, ¿qué dirá de su libro que no lo diga éste mejor y más claro que él?

Explicada la causa de mi antipatía á «la funesta manía del prólogo», y teniendo algo que decir de mi libro,—que mi conciencia imperiosamente quiere que se diga,—yo, que quiero estar en paz con ella, cojo la pluma y espero que dicte:

—«Aquellos que balbucearon sus primeras palabras en un dialecto; que oyeron mecer su cuna al ritmo de canciones cantadas en lengua regional; que en sus juegos de niño, en sus amores de adolescente y en el trato diario con las gentes, en la edad madura, hablaron y dijeron lo que sintieron, en habla distinta á la castellana... no pueden nunca hablar y escribir con perfección, ni tal vez medianamente, en esta lengua. Sus obras, pensadas en el dialecto nativo son fatal y necesariamente... «traducciones» hechas mentalmente por el propio autor, conforme va escribiéndolas ó «intentando» escribir, en castellano. ¿Qué más diré para que el lector discreto me

entienda, el crítico severo desarrugue el ceño y el benévolo me diga si debo ó no seguir *traduciendo?* Pocas palabras más.»

«No escribí esta narración en la dulce lengua valenciana, por el temor de que no la lea nadie de fuera de la *terreta;* y lo intento en la noble habla de Castilla, primero, porque ví que otros que mamaron con la leche el castellano, lo hicieron tan mal ó peor que yo...; y en segundo lugar para que, sea como fuere, sepan, los que no la conocen, cómo piensan, aman y obran en la tierra levantina.»

«Perdone, pues, el amigo Aristarco los errores, vicios y *lapsus* que en la forma, en la vestidura con la cual encubrí la desnudez de mi obra, encuentre su espíritu culto y severo. En cuanto á lo demás...»

Pero la conciencia se calla; espero...; no, no dicta más. Cállome yo también entonces... y como creo bastante lo dictado, igual que el cosechero del cuento, guardo la pluma «para mejor ocasión».

B. M. S.

Octubre de 1905.

ERRATAS QUE SE HAN ADVERTIDO

PÁG.	LÍN.	DICE	LÉASE
21	21	y fué á sentarse	y se sentó
28	29	y valor	y valer
30	11	sobre la obscuridad	sobre la obscura
64	18	para llevar	para soportar
91	24 y 25	los tuvieran ya criados y ellos, los viejos tuvieran	tuvieran ya criados á sus hijos, y ellos, los viejos, tiempo
96	21	ricas joyas?	ricas galas?

ÍNDICE

	Página.
CAPÍTULO I.—La trilla.	5
» II.—La alquería de Chenovés.	33
» III.—«La Rulla».	93
» IV.—Los dos hermanos.	107
» V.—«Malas lenguas».	113
» VI.—«Vicaria mors».	143
» VII.—«La plega».	149
» VIII.—Nocturno	155
» IX.—¿Caín?.	165
» X.—Antecedentes.	199
» XI.—Consecuencias..	231
» XII.—En el camino de Algirós.	249
» XIII.—Dios aprieta, pero no ahoga. . . .	255
» XIV.—Nido deshecho... nido levantado. .	263
Post scriptum.	285

ACABÓSE LA IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO
EN VALENCIA, EN LA IMPRENTA DE DOMÉNECH Y TARONCHER,
CALLE DE D. JUAN DE AUSTRIA, IX,
EL DÍA XII DE OCTUBRE
DEL AÑO
MCMV.

ANGEL AGUILAR, Librero-editor
CABALLEROS, 1.—VALENCIA

LA RULLA

POR

B. MORALES SAN MARTÍN

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
101975B
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
1941 L

Un volumen en 4.°, de 288 páginas, 3 pesetas

Juicios de algunos críticos

...«LA RULLA, la novela valenciana que acaba de publicar MORALES SAN MARTÍN, es una hermosa obra, la obra de la fantasía y del corazón de un verdadero artista.

...Como Stendhal, el autor de LA RULLA, con trazo vigoroso, con estilo sobrio y enérgico, extiende los colores de su pintura exacta y precisa sobre las animadas escenas de la novela, vivas y nerviosas, desnudas de la hojarasca profusa que suele confundirse con la riqueza de léxico y la abundancia de verbo.

...Es MORALES SAN MARTÍN un naturalista convencido en lo que se refiere al procedimiento; no hay, pues, que decir si será LA RULLA trasunto de la realidad. La solicitud esmerada con que traslada á sus cuartillas la escena que ha visto; el cuidado con que sabe reproducir los rasgos de un carácter, estudiando los gestos de cada personaje, su vocabulario especial; la evocación afortunada siempre del medio que rodea á los actores de cada episodio que se relata, es saber tan difícil que sólo lo consiguen los privilegiados...

...LA RULLA es una novela en que ha de hallar el público verdadero deleite...

...La tesis de la obra,—si la tiene y maldita la falta que le hace—no puede ser más vigorosa y legítima: el principio spinoziano de la superioridad de la pasión sobre la moral; la victoria, en esa lucha, de la pasión eterna que se enciende en nuestra sangre y con su latido anima nuestra existencia y la del mundo.»

A. SOTILLO ARENAS.

(La Correspondencia de Valencia).

2 edición, 2 pesetas

40 X 111

...«LA RULLA, es sencillamente una de las mejores novelas regionales que se han publicado. Valencia cuenta desde hoy con un nuevo novelista que ha de darle días gloriosos.

...LA RULLA, tiene un sabor local en sus páginas, respírase en ellas un ambiente de amor, de cariño á *la terreta,* que encanta. El autor pinta de mano maestra el carácter del pueblo valenciano describiendo maravillosamente la huerta y sus costumbres, deleitándose al referirnos las malandanzas de «Carmeleta», las cuitas de «Tonet», los trampantojos de «Rafel»..... «Rafel» es el arquetipo del joven meridional; uno de esos mocetones bronceados, de hombros anchos, inteligentes, hermosos, producto de una raza con perfecciones carnales, que sorprenden y hacen pensar en los mancebos griegos esculpidos en el Partenon ó en los jarros pompeyanos..... Es el personaje de la obra... Sólo con la figura de «Rafel» es bastante para consolidar la fama de novelista del Sr. MORALES SAN MARTÍN.....

Carmela, «LA RULLA» original y feliz creación, enamora, seduce, atrae con fuerza irresistible. Aquella mujer hermosa y fascinadora, altiva, dominante, es una sublime rebeldía en medio de la vulgaridad.....

...Y cuando cae semeja á «Nausicaa» ó «Afrodita», en un amanecer primaveral, en el campo, chocando suavemente sobre el tronco de un manzano en flor, que suelta una lluvia de pétalos blancos».....

JULIO MILEGO.

(El Radical).

«LA RULLA es una buena novela.....No hay en el lenguaje que emplea el señor MORALES SAN MARTÍN refinamientos, exquisiteces, quintas esencias y virtuosismos de escritor modernista... La naturalidad y sencillez campean en sus páginas..... Hay en la novela páginas muy hermosas, como la descripción de la boda de los padres de «LA RULLA». Semeja este capítulo un cuadro de Agrasot con las típicas labradoras ataviadas al estilo clásico. A los jóvenes rusiñolescos quizás se les antoje esta pintura anticuada. Yo confieso que me ha parecido de perlas.

Otras muchas bellezas encierra el libro en cuyas páginas brilla una encantadora ingenuidad. El Sr. MORALES SAN MARTÍN es un notable novelador, que ama á su tierra como pocos, y la describe con cariño.»

CONSTANTINO PIQUER.

(El Demócrata).

...«A MORALES SAN MARTÍN sí que lo debemos incluir en la pléyade de los novelistas valencianos, distinción bien apreciable, porque ellos son pocos..... Para mí es muy simpático el nuevo novelista, porque veo en él, hace tiempo, un escritor, un poeta y un artista, de los pies á la cabeza. Es un enamorado de la belleza, un *cavalier servant* del ideal. Profesa al arte un culto religioso y absorbente. Pero no deja correr la pluma, ni la fantasía: lo escribe todo, pensándolo bien..... y para escribir una novela genuinamente valenciana, ha querido presentarnos exacta, fotográficamente, á nuestros campesinos, que cree mal comprendidos y quizás calumniados por novelistas fantaseadores y efectistas.

...Ha querido poner todo el interés de LA RULLA en la pintura de los caracteres, en la exposición de los sentimientos y en el conflicto dramático que de su natural desarrollo resulta.....

«LA RULLA», la figura principal de la novela, buen tipo, bien hallado y bien descrito. De belleza severa y arrogante, inteligente y altiva, concentrada y algo triste, contrasta con su hermana, sencilla, natural y más buena que el pan. Igual contraste en el carácter de los novios. «Tonet», el prometido de «LA RULLA», es un joven formal, trabajador, hombre de bien á carta cabal. El otro, «Rafel», más alegre que unas castañuelas, es un completo «tarambana». Está bien trazado este cuarteto,... y el proceso del galanteo muy bien descrito.

Ya se aproximan las bodas; no se ve nube alguna en aquel cielo de amor. Y de pronto viene el conflicto tremendo, tremendísimo, completamente inesperado. Es un rayo que cae cuando en el cielo no se ve la tempestad.....

...Encuentro muy hermosos, muy exactos, muy humanos, todos los siguientes capítulos, hasta el final de la novela. Dada la horrible situación creada, todo lo demás es lógico; la ráfaga de tragedia que destruye el idilio de la alquería de Chenovés, impresiona y llega á dar escalofríos al lector, y aunque algún arreglo tienen al fin,—naturales y bien traídos,—aquellos desaguisados, esa nota trágica pone un grandioso fin á la novela, con el derribo de la alqueria (para construir el primer ferrocarril que cruza la huerta) y la muerte, entre sus escombros, de la tía «Tona», la madre, la vieja de la casa, que trastornada su razón, vagaba como un espectro sobre aquellas ruinas».....

TEODORO LLORENTE.

(*Las Provincias* de Valencia).

...«El distinguido escritor DON B. MORALES SAN MARTÍN ha publicado una interesante novela de costumbres valencianas, titulada LA RULLA; en ella los personajes y los episodios son de una realidad encantadora.

LA RULLA merece entusiastas aplausos de la crítica. Comenzada la lectura de este libro, no habrá quien no la siga con positivo y creciente interés.»

(*El Liberal* de Madrid).

«. . . . . .

...La narración, aunque un tanto lenta, es interesante, las descripciones, bellas y exactas, y las costumbres están presentadas con arte y con amor.

No es el SR. MORALES SAN MARTÍN un novelista vulgar: sabe interesar al lector y comunicarle la emoción honda que él, el autor, siente al evocar la vida pintoresca, patriarcal, y laboriosa de los huertanos de Valencia.»

ZEDA.

(*La Epoca* de Madrid).

EN PREPARACIÓN

AGUAS MUERTAS

(CUENTOS)

TIERRA LEVANTINA

(NOVELA)

Interesante estudio de costumbres marítimas y de un drama pasional, originalísimo, TIERRA LEVANTINA, será digna de la reputación literaria del autor de LA RULLA, «profundo observador de la vida humana», como acaba de proclamar unánimemente la crítica, al juzgar la última novela del señor MORALES SAN MARTÍN.

Imp. Doménech y Taroncher, D. Juan de Austria, 9.—Valencia.

SEMPER RESURGAM